

Mercedes Ballesteros



EL CHICO



Mercedes Ballesteros nos ofrece en este libro dos novelas cortas, *El chico* y *Eclipse de tierra*, en los cuales se aprecian las extraordinarias dotes de observación de la autora y su fina sensibilidad al tratar el tema de los niños.

OceanofPDF.com



Mercedes Ballesteros

El chico

Áncora & Delfín - 284

ePub r1.0

Titivillus 08.10.2022

OceanofPDF.com

Título original: *El chico*
Mercedes Ballesteros, 1967
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

El chico

EL CHICO

Primera parte

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

Segunda parte

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

ECLIPSE DE TIERRA

I

II

III

IV

V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII

OceanofPDF.com

EL CHICO

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

I

Sonaron los golpes en la puerta, como estaba convenido, y el chico dio un brinco en la cama, sobresaltado, sin tomar aún el hilo de la realidad. Le cogió la llamada en pleno sueño, en mitad de una pelea con «el gafas», al que tenía bajo su rodilla, casi sin resuello, de bruces en los adoquines de la calle.

Volvió a repetirse el golpeteo y se oyó la voz del vecino al otro lado de la puerta:

—¡Las seis!

—¡Ya voy, ya! —respondió el chico saltando de la cama.

Terminó de espabilarse al contacto frío de los baldosines con los pies descalzos. Recogió del suelo la americana, que se echara encima la noche anterior para abrigarse y que se le escurrió a medio sueño, se calzó en chancletas y, separando la cortina de percal que dividía las dos únicas habitaciones de la vivienda, pasó a la cocina.

Trepó al fogón para subir el ventanillo y aspiró hondo por la nariz el aire húmedo de la amanecida. Luego abrió el grifo del agua y, medio encaramado en la pila, comenzó a lavotearse.

«Lo principal es que te presentes bien aseado», le habían dicho en su nueva colocación. Ya la noche anterior se estuvo fregando pies y rodillas con el estropajo, pero no era tarea para una sola vez. Se restregó con ahinco, hasta dejarse las piernas enrojecidas, y luego metió la cabeza debajo del chorro, estremeciéndose todo, dando diente con diente al sentir el agua helada.

Empezaba a clarear.

Sobre la cómoda encontró el vaso de leche con malta que le dejó su tía, antes de irse al puesto del mercado. También le dejó un bocadillo de sardinas envuelto en una hoja de periódico.

Se puso los pantalones, que le colgaban demasiado anchos de los tirantes, se estiró el jersey, con el que había dormido, se calzó y se puso el chaquetón que le apretaba la sisas y le quedaba raquítrico. Echó una mirada al espejo, se frotó los dientes con un pedazo de toalla que colgaba de un clavo y salió al descansillo.

Llamó a la puerta de al lado.

—¡Doña Reme, la llave!

La echó por debajo de la puerta de la vecina y comenzó a bajar de tres en tres los escalones.

Iba contento, estallando de un contento que le subía como burbujas por todo el cuerpo. ¿Le darían ya el uniforme? ¿Cómo sería? ¿Tendría botas? Martín, el de la Milagros, que era recadero de una agencia de viajes, tenía bicicleta y botas altas, como de militar. Él ya se imaginaba que no había por qué pensar en bicicleta. Su puesto no era de recadero, sino de botones en un gran hotel. No necesitaba ir de un lado para otro; si acaso, darse alguna carrera para avisar un taxi. Pero lo de las botas entraba en lo posible.

—¡Qué hermosa era la vida! Tal vez no lo formuló así, tal cual, pero su sentimiento era ése. Era una plenitud, un gozo tan grande de que las cosas hubiesen sucedido como habían sucedido. Pensaba, como en un pasado remotísimo, en los tiempos en los que ayudaba a su tía en el puesto del mercado. ¡Quita de ahí esa banasta! ¿No ves que se despachurra todo el género? ¡Contra con el crío! ¡Hay calabacines! ¡Calabacines! ¿Quién me lleva estas cebollas? ¡Berros! ¡A peseta el manojo!

La voz de su tía, enronquecida de gritar, se confundía con el vocerío del mercado.

—Acércate a la carnicería a que te cambien estos veinte duros. ¡Cuidado con perderlos!

La advertencia contenía una amenaza.

—¡Botijeroooo! ¡Botijos!

En verano iba el botijero, con su borriquillo panzudo, y el chico se le acercaba y le acariciaba las orejas peludas. Y le hablaba y le miraba a los ojos, grandes y turbios, y le entraba risa y contento de verlo y tocarlo.

—Tía, ¿le puedo dar al burro una zanahoria?

—¡No, si encima tiene una que mantener al borrico! ¡Anda y que lo mantenga su dueño!

Pero su dueño no le daba zanahorias, que era lo que más le gustaba al borrico, y entonces iba él y le daba un manojo. Eso sí, de las dañadas.

Sin embargo, en conjunto, la vida del mercado no le gustaba. Era cosa de mujeres, de mujeres que le manoseaban y le pellizcaban la cara.

—¡Qué majo se está poniendo el crío de la Nieves!

Entonces él apretaba los puños y tenía ganas de ser un hombre mayor y feo, para que no le dijese aquellas bobadas.

... ..

Ya en la calle se subió el cuello del abrigo hasta las orejas, porque el viento de noviembre le hacía sentirse como desnudo. Al tacto contó el dinero en el bolsillo: dos treinta. Si perdía una perra chica tendría que andar kilómetros. Apretó las monedas en el puño cerrado.

Se cruzó con el carro de la basura y, por primera vez, no envidió al perro orejudo, ni al borrico, ni todo aquel boato que hasta el día anterior se le hacía tan deseable.

—¡Adiós, chico! ¿Dónde vas con esas prisas?

—Voy a trabajar —contestó él refrenando el paso, para ver el efecto que producían sus palabras en la trapería. Y aún agregó—: al Excelsior.

—¡Ahí va!

La exclamación de la mujer, aunque no muy concreta, le satisfizo. Golpeó con el pie una lata vacía y siguió bajando la cuesta a un trotecillo ligero.

En la cola del 35 no había conocidos. No pudo pavonearse con nadie de su cambio de fortuna. A empujones se encaramó en la plataforma y abrigó la esperanza de viajar gratis, pero tuvo que desprenderse de una cincuenta y recontó la calderilla restante.

Sujetó el billete de ida y vuelta entre los labios, para no perderlo.

El aire le azotaba la cara. Era un aire jovial, luminoso, en el que brillaban puntitos de luz.

En la plaza de España echó una carrera hacia la boca del metro. ¿Se le habría hecho tarde?

—¿Me hace el favor de decirme la hora que es? —preguntó a un transeúnte.

—Ocho menos veinte.

¡Menos mal! Llegaría en punto. Si se retrasaba lo echarían, y adiós uniforme, y botas, y ochenta pesetas a la semana.

Tuvo que aguardar al jefe del hotel hasta las diez de la mañana. Hasta esa hora anduvo de un lado para otro, por las cocinas, encogido, incómodo, estorbando en todas partes.

—¡Quítate del paso!

—Es el chico del *hall*, que está esperando al jefe.

Él se había entendido el día anterior con la encargada, una mujer ya vieja, de aire adusto y de pocas palabras. Quedaba admitido en principio — frase cuyo significado no estaba muy claro para el chico—, pero tenía que dar su visto bueno el jefe.

Él se lo imaginaba como un jefe de *tebeo*, un ser de musculatura impresionante y posiblemente armado. Estaba empavorecido y canturreaba para espantar sus preocupaciones.

—¿No te puedes estar callado?

Era el repostero el que había hablado así. Un hombre gordo, sudoroso, que parecía hecho de manteca.

El chico se puso colorado y se replegó a un rincón.

—¡Quítate de ahí, panoli, que te vas a quemar el trasero! ¿No ves que es el horno del pan?

Se corrió hacia un lado, pero tenía tanto frío dentro del cuerpo que no le venía mal tostarse un poco cerca de la lumbre.

Había escaso trajín en la cocina a esas horas. Bajaban algunos camareros y recogían las bandejas de los desayunos. ¡Qué apetitoso todo y qué elegante! Como en las películas. La mantequilla en bolitas, la mermelada en sus platitos de cristal, el café oloroso y caliente.

Un muchacho gordinflón, como de su edad, con un delantal blanco atado a media cadera, secaba unos cacharros. Era el ayudante del pinche. Le

miraba a hurtadillas con una risita de pitorreo. El chico iba sintiendo que le llegaba a los puños el cosquilleo de pegarle y se contenía a duras penas.

—¿Por qué no te quitas la bufanda? ¿O es que tienes paperas?

El chico se puso encendido y se desanudó la bufanda de mala gana. Luego la estuvo enrollando, sin saber qué hacer con ella.

Pasaron casi dos horas hasta la llegada del jefe.

Contra todo lo previsto era un hombre menudo, de cara rubicunda, tan cruzada de arrugas que parecía una fruta pocha. Vestía de americana.

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

—Estás muy bajito; pareces de ocho.

—Pues tengo once cumplidos.

—Le estará grande el uniforme. Habrá que hacerle otro.

—Se le puede achicar.

La que había hablado era la encargada, que apareció, no se sabía cómo, de detrás de un *frigidaire*.

El chico le tomó tirria por lo que había dicho. ¡Ya sabía él lo que eran trajes achicados! Nunca se había vestido de otro modo: vestidos viejos que le regalaban a su tía, y ella, con cuatro cosicajos, se los enjaretaba a él de cualquier modo.

—El gorro le estará bien.

El chico pensó que era el momento de preguntar por las botas.

Él podría decir: «¿Cree usted que las botas me quedarán bien?»

Pero tenía la boca seca y no se atrevió a hablar.

—Los zapatos del otro...

Con estas palabras se desvaneció el bello sueño. ¡Zapatos!

—¿Sabes leer y escribir?

Dijo «sí» en voz tan baja que tuvo que repetirlo. Leer, leía de corrido, pero al escribir no sabía lo que le pasaba que le salían todas las palabras juntas.

La pregunta le dejó anonadado. Ahí podía estar la quiebra del asunto. No calculó que para el empleo le hiciese falta aquello.

—Es por si tienes que apuntar algún recado.

—Sí, señor.

—¿Qué dices?

—Que sí, señor.

La hiriente mirada del pinche gordinflón le quitaba aplomo.

El jefe le dio la espalda sin despedirse. La encargada le dijo:

—Luego, a las once, subes al guardarropa para probarte. Espérame aquí.

Cuando salió la encargada, el ayudante del pinche se le acercó.

—¿Sabes lo que le pasó al otro?

—¿A quién?

—Al otro botones.

Le había puesto una mano en el hombro y lo miraba con chunga.

—¡Deja al chico! —le reconvino el repostero.

—¡Pero si no le hago nada! Le estaba diciendo lo que le pasó a Pepito.

Que se murió.

Fijó sus ojillos malignos en la mirada trémula del chico, para ver el efecto de sus palabras y como esperando un comentario.

Pero el chico no dijo nada.

Pensaba: «El otro se murió». Se murió un chico como él. Él también podía morir. ¡Qué importante morir, como Pepito! Morirse como una persona mayor.

OceanofPDF.com

II

La niña, sentada en el *hall* del hotel, distraía su aburrimiento acercándose un dedo a la nariz para bizquear. Llevaba así más de una hora, bostezando a ratos, rebulléndose en el sillón, quitándose y poniéndose un zapato. No tendría más de seis o siete años.

El chico no había visto niñas así más que en las películas. Tan relimpia, tan peinada, con las trenzas rubias sujetas por dos lazos color celeste.

Se fue acercando a ella paso a paso. De pronto ella lo miró y sonrió. Al sonreír se le notaba una mella. Estaba cambiando los dientes. El chico le sonrió también y se acercó un paso más. Iba a decirle algo, pero le llamaron de otra parte. Tuvo que ir a buscar el periódico para un huésped.

Cuando volvió, la niña seguía en su sillón. Ahora podía acercarse y decirle algo. ¿Qué le diría? Le podría enseñar su cortaplumas. Seguramente que a ella le gustaría. Era un cortaplumas pequeño, de pasta marrón, que por una parte tenía una argolla. Él le había atado una cuerda a la argolla para que, al sacarlo del bolsillo, hiciera más elegante.

Volvieron a llamarle. Tenía que subir unas flores al segundo piso. Cuando bajó, la niña ya no estaba.

—En el hotel hay una niña —dijo a su tía aquella noche, mientras se desnudaba.

—Ya habrá más de una, digo yo. En un hotel así, con siete pisos...

—La que yo digo tiene trenzas y le falta un diente.

Su tía no le estaba oyendo.

—¿Tú me quieres decir qué haces con los calcetines? ¡Pero si cabe un puño por cada agujero!

—Es que ahora ando más.

—¡Ando más, ando más...! ¡A ver si es que se creen que con ochenta pesetas se pueden comprar calcetines un día sí y otro no! Debes de decir que te suban el sueldo, o se acabó. Porque entre el metro y la ropa, se va el jornal. Ya llevas tres meses y deberían de darte más. Seguro que a los otros

les pagan el doble. Es que tú eres un *pasmao* y te lo conocen en la cara. Deja que vaya yo un día...

—No, tía, no... ¡No hace falta!

El chico se aterraba ante la posibilidad de que su tía, que se gastaba ese genio y esos modales, se enfrentara con personas tan finas. Prometió tener más cuidado con los calcetines. Se sentía capaz de andar a punta de pies con tal de no perder su empleo. ¡Era tan feliz andando sobre las alfombras, viendo la gente bien vestida, metido en su uniforme que, después del arreglo, le sentaba tan bien! Lo que más le gustaba del uniforme era la palabra «Excelsior» bordada en la solapa. ¡La vida era tan maravillosa!

—¡Ochenta cochinas pesetas! —seguía quejándose la tía, mientras zurcía los calcetines.

—También están las propinas.

—¡Menudas propinas! ¡Si el día que más traes no llegan a los dos duros!

—Hay muchos extranjeros que, como no conocen la moneda, a lo mejor van y te dan sólo diez céntimos.

—¡Mira qué ricos! ¿Y cómo no se equivocan y te dan diez duros?

Una duda cruzó por la mente de la tía.

—A no ser que tú te los guardes...

Ante la mirada amenazadora, el chico se encogió y balbuceó torpemente una negativa.

Pero su tía ya había creído ver claro y se levantó como una furia, tirando a un lado el calcetín.

—¡Eso es lo que pasa, gandul, grandísimo gandul!

—No, tía, que le digo que no.

—¿Y ese *tebeo* que trajiste ayer?

—Ya le dije que me lo regaló el del ascensor.

—¡Y yo, idiota de mí, que me lo creí! ¡Y sabe Dios que otros gastos tiene el señorito! ¡Golfo, más que golfo! Una matándose para darle de comer y el sinvergüenza gastándose los cuartos.

El chico se tapó la cara, precisamente con el *tebeo*, para evitar los golpes. Pero la tía se lo arrebató de un manotazo y se lo rompió.

—¡Para que aprendas, condenado, granuja!

Le dio un tirón de un brazo y lo lanzó a un rincón de la cocina. Allí se estuvo él, acurrucado, oyendo la respiración jadeante de la mujer, que había vuelto a sentarse para seguir cosiendo. Dejó de insultarle y hablaba consigo misma.

—Mátese usted a trabajar, desriñónese toda su vida para este pago. ¡Hasta que un día reviente! Que es lo que haría falta. ¡Perra vida!

El chico había dejado de oírla. Tenía los ojos fijos en el ventanuco de la cocina, por el que se veía un trozo de cielo estrellado.

¿Cómo se llamaría aquella niña? Seguro que le habría gustado que le enseñara su cortaplumas.

... ..

Se guardó en el bolsillo los pedazos del *tebeo*. Faltaba uno, precisamente el de «Galería de hombres ilustres», que era de los más interesantes. Al chico le dejaba pasmado que hubiera tantos hombres importantes. Él habría querido ser uno de esos. Pero en su casa no había dinero para pagarse una carrera de hombre ilustre. Si acaso de santo, que tiene menos gastos.

En la parada del tranvía se puso a leer: «... los cristianos se hicieron fuertes cerca de la cueva de Covadonga. Iban al mando del heroico Don Pelayo...» Aquí faltaba un trozo de la página. ¿En qué acabaría aquello? ¿Llegaría Don Pelayo a vencer a la caterva de moros, o serían ellos los que ganaran? He aquí una duda que el chico no tuvo ocasión de disipar en toda su vida.

... ..

La niña, igual que el día anterior, estaba en el sillón, sola, como esperando a alguien. ¿A quién esperaba? ¿Por qué la dejaban así, abandonada? ¿Y si no tuviese padres? ¿Y si no tuviese a nadie en el mundo? ¿O sería una niña encantada, como las de los cuentos, y era preciso un talismán maravilloso para librarla del destierro de la butaca? (Los cuentos no son verdad). Si los cuentos fueran verdad el chico podría luchar con un gigante y atravesarlo de parte a parte con su cortaplumas. «Te doy la

mitad de mi reino por haber salvado a la princesa», le diría el rey. Y el chico llegaría a su casa y le diría a su tía: «Hoy no traigo propinas, pero tengo la mitad de un reino» (Claro que los cuentos no son verdad.) O tal vez habría un dragón con siete cabezas, echando llamas por los ojos. Él podría pescarle desprevenido y, con el cortaplumas... (Naturalmente que los cuentos no son verdad).

La niña, al verle, le sonrió como el día antes. Y él se acercó para decirle algo; pero no le dijo nada. Fue ella la que habló.

—Mira.

Y le mostró una ratita blanca que arropaba en su delantal.

—¿Es tuya?

—Sí.

—¿Me dejas tocarla?

La niña lo autorizó, siempre que lo hiciese con cuidado, porque la ratita era pequeña y se podía morir si se le apretaba mucho.

Hablaba ella torpemente el castellano. Era inglesa. Le preguntó al chico si él no sabía inglés.

—Sólo un poco.

Recordó unas cuantas palabras leídas en los *tebeos*: «browing», «all right», «sheriff» y «veranda», aunque sobre esta última palabra tenía sus dudas, pues no sabía si sería francés.

—¿A quién esperas?

—A mi papá. Mi papá es muy alto. Así...

—¿Tu cómo te llamas?

—Vi.

—Eso no es un nombre.

—Pues yo me llamo Vi.

—Te llamarás Vicenta y te dicen Vi para acabar antes.

—¡No: Vi, Vi, Vi! ¡Sólo Vi! —repitió la niña obstinada, pataleando con tal denuedo que su sandalia salió despedida cuatro metros.

El chico se la alcanzó. Quiso ayudarla a abrochársela, pero ella lo rechazó.

—Deja. Yo sé sola. Papá dice que las niñas se deben vestir solas.

—Yo también me visto solo.

—¡Claro! Tú eres un chico mayor. ¿Cuántos años tienes?

—Casi doce.

—¿Cómo te llamas?

Iba él a contestar pero un camarero le llamó.

—¡Eh, chico!

«Se llama chico», pensó la niña. Y siguió acariciando su ratita.

OceanofPDF.com

III

—Tiene una ratita blanca.

—¿Qué dices?

La tía, desde el fregadero, volvió la cabeza.

—Que la niña tiene una ratita blanca que es suya, y su padre es muy alto.

—¡Ah!

—Se llama Vi.

—¿La rata?

—No, la niña.

—Bájate esto —la tía se secó las manos en el mandil y señaló al chico la lata de la basura que tenía que llevar al portal—. ¡Y cuidado con tirar nada por la escalera, que luego van las vecinas y protestan y no me se da a mí la gana de que me llamen guarra por tu culpa! ¡Ala, espabila!

El chico corrió escaleras abajo con la lata de la basura. A cada brinco saltaba algún desperdicio y tenía que agacharse a recogerlo.

Era agradable salir de noche al patio y recibir el aire del relente. Las estrellas en lo alto y las luces de la ciudad en la lejanía. Todo tan a distancia, todo tan inasequible, y, sin embargo, bastaba con tomar un tranvía y un metro para meterse allí dentro, en el corazón de la ciudad.

Volvió a subir, despacio. En un escalón encontró una pela de patata, que seguramente perdió en la bajada. Por no volver otra vez al portal se la echó al bolsillo.

... ..

—¿Qué come la rata?

—Leche y *croissant*.

—¿Qué es *croissant*?

—Lo que se toma en el desayuno.

—¡Ah!

—Y también toma queso.

... ..

La encargada llamó al chico para reconvenirle.

—La capa no debes usarla más que para salir a la calle.

Porque desde el 15 de diciembre le habían dado una capa gris con vueltas verdes.

—Dentro del hotel, no.

—Está bien, señorita. Ahora me la quito.

¡Le hubiera gustado tanto que Vi le viera con la capa!

... ..

—¡Ahí va! ¡Si pareces un enano!

El ayudante del pinche, al verle con la capa, se desternillaba de risa y le bailaba la barriga bajo el delantal.

El chico notó que iba a echarse a llorar y le dio tanta rabia que se abalanzó sobre su enemigo para golpearle. El otro siguió riendo, mientras forcejeaban. Pero llevaba en la mano el cuchillo con el que pelaba las patatas y se hirió en un dedo.

—¡Animal! ¡Bestia! Mira lo que me has hecho.

Y mostraba la mano chorreando sangre.

—No he sido yo.

—¡Este escuerzo me ha dado una cuchillada!

Toda la cocina se alborotó. El chico estaba pálido, con el corazón en la boca. Todos se pusieron contra él. Sólo el repostero estaba de su parte.

—La culpa ha sido de este idiota, que la tiene tomada con el chico.

Pero el estado de opinión era favorable al herido, que se quejaba como un cochino.

Intervino el *maître d'hotel*. Según él, aquel era asunto para someter a la autoridad del jefe.

Cuando Adán tuvo aquellas palabras con el Ángel y se vio en la necesidad de salir del Paraíso con la cabeza gacha, debió de sentir algo muy parecido a lo que sintió el chico cuando el jefe le reconvino duramente y le

amenazó con expulsarle. Por fin se avino a aplazar tan drástica decisión si acaso volvía a repetirse algo semejante a lo ocurrido en la cocina.

El triunfo moral envalentonó al gordo y ya no paró en todo el tiempo de chunguearse del botones. Cualquier ocasión le parecía propicia. Le ponía la zancadilla para que tropezase, hacía mofa de su corte de pelo que —para ahorrarse el peluquero— era obra de su tía, no siempre afortunada.

Al principio el chico tenía que contenerse para no contestar a sus burlas con un bofetón, pero de pronto todo cambió.

... ..

—Tengo un enemigo —le comunicó a su tía, relamiéndose de gusto.

—¿Qué idiotez es ésa?

—Un enemigo gordo.

Todos los héroes tenían enemigos. El mismo Don Pelayo —que no se sabía bien en lo que paró, pero que no cabía duda de que fue un héroe— tenía a los moros. En la edad moderna, los moros muy bien podían ser sustituidos por los pinches.

Distintivo de los héroes era tratar a la chusma con altivez y menosprecio. Había una frase, que no recordaba bien si era de Roger de Lauria o de Búffalo Bill, que le confortaba grandemente: «Las injurias de la canalla no llegan nunca al corazón de los grandes hombres». La primera vez que se la dijo al gordo no pareció hacerle mucho efecto, pero el repostero, que le oía, le dijo reverentemente:

—Tú deberías de estudiar para maestro o para veterinario, porque eres muy listo y podrías llegar a donde quisieras.

¡Llegar a donde quisiera! ¡Pero si ya había llegado donde quería! ¿Es que podía haber algo mejor?

Los camareros bajaban las bandejas de los desayunos y se iban apilando cacharros en el fregadero. Entre las sobras vio el chico muchos pedazos de pan y de bollos.

—¿Cuáles son los *croisants*?

—¡Ahí va, no sabe lo que es un *croisant*!

El comentario era del enemigo. Pero ya un camarero le había contestado.

—¿Quieres uno?

El chico dijo que sí.

—Pues cógelo, anda. Este que está entero.

Subió al *hall* en una carrera. Llevaba el *croisant* en el bolsillo. La encargada le detuvo.

—¿A ver esos zapatos?

Él los mostró.

—Están sucios. Baja y pásate un trapo.

Ya se iba el chico cuando volvió a llamarle la encargada.

—¿Qué llevas ahí?

Había notado el bulto del *croisant*. Lo sacó del bolsillo y lo enseñó.

—Me lo dio Fidel, el camarero. Me dijo que podía cogerlo.

—¿Y no se te ocurrió nada mejor que guardártelo ahí, para mancharte de grasa el pantalón? ¡Condenado chico! Sois todos iguales. Cómetelo ahí abajo, si quieres, y sube en seguida con el calzado limpio. Son ya las nueve y esta mañana hay mucho movimiento. ¡Anda! ¿Por qué te quedas ahí pasmado?

Estaba él mirando hacia el *hall*. Vi le sonreía. ¡Habría sido tan fácil acercarse y decirle: «Toma, este *croisant* es para la ratita.»!

Se comió el bollo apresuradamente. No le gustó. Se le pegaba al paladar. Prefería el pan. Guardó una de las puntas, corruscante, y la escondió en el puño.

—Mira, le he traído esto a la ratita. Lo tenía entero, ¿sabes?, pero no me dejaron que lo trajese todo. Porque tiene grasa y mancha.

—Las puntas no le gustan porque están muy duras.

Puso el chico una cara tan desconsolada que la niña, que acababa de desayunar, que se había dejado medio desayuno porque nunca tenía hambre a esa hora, le dijo:

—Pero no importa. Dámelo. Me lo tomaré yo. Es igual.

... ..

—La niña se tomó el *croissant* que yo le di.

—Ve al lado y pídele a doña Reme que a ver si te puede dar un diente de ajo.

—La niña se tomó la punta del *croissant* que yo le di.

—¿Pero me has oído o no? ¡Pareces tonto!

—¿Qué decía?

—Que vayas a casa de Doña Reme y la pidas por favor un diente de ajo.

OceanofPDF.com

IV

«Copérnico. Célebre astrónomo. Nacido en 1472 y muerto en 1543».

No ponía más. Era una simple viñeta, con el retrato del tal Copérnico a dos tintas. Venía en la contraportada de un cuento.

—¿Qué es un astrónomo, tía?

—¿Un qué?

—Astrónomo.

—¡Si te hubieras aplicado en la escuela no tendrías que andar preguntando tanto! Anda, bájate a la casquería y te subes cuarto kilo de bofe.

Hizo el recado maquinalmente, sin estar en ello. Le iba dando vueltas a la palabra: «astrónomo». Era una palabra como misteriosa.

—¡Eh, chico, que te dejas la vuelta!

Subió despacio la escalera, con el paquete en la mano. Un goterón espeso le manchó el pantalón. ¡Y era el del uniforme! Apretó el paso. Dejó lo que traía en un rincón del vasar y corrió a la pila.

—¿Qué haces?

—Me estoy quitando una mancha.

Se le acercó su tía.

—¡Hay que ver cómo te has puesto! ¡No ves que así es peor, que la extiendes más! Trae acá. Mejor es que te los quites.

A fuerza de restregones salió la mancha.

—Ahora es menester plancharlos. Ponte los otros pantalones, que te vas a quedar frío.

Nieves pasó a casa de la vecina, doña Reme, que tenía plancha eléctrica. El chico se quedó solo al cuidado del puchero. Así como estaba, en calzoncillos, se acurrucó al lado de la lumbre. «Copérnico». Otro muerto. Casi todo el mundo se había muerto. Había muchos más muertos que vivos. ¿Qué era mejor: ser muerto o ser vivo?

Lo que estaba a la lumbre comenzó a hervir y a derramarse sobre el fogón que chisporroteaba. Llamó por el patio.

—¡Eh, tía, que el puchero está cociendo! ¿Lo desarrimo?

En casa de la vecina tenían la ventana cerrada y no le oyeron. Tomó la decisión por su cuenta y apartó el cacharro. Se quemó los dedos.

Mejor ser vivo. Porque los muertos ya lo han hecho todo y se quedan como «de más». Y estando vivo, en cambio, se puede hacer esto y lo otro, mañana y pasado mañana y más adelante y «cuando sea mayor»... «Copérnico. Célebre astrónomo». Se estremeció. Tenía los muslos helados, y las rodillas. Se puso los pantalones. ¡Qué pequeños le quedaban ya! «¡Menudo estirón ha dado el crío de la Nieves!» Eso decían. Pues sí, era verdad.

... ..

No tardó mucho en averiguar lo que significaba aquella palabra. El pastelero le sacó de su ignorancia.

—Astrónomos son los que estudian el cielo.

—Bueno, pero ¿el cielo cielo o el otro?

—No sé qué quieres decir.

—Quiero decir que si el cielo de nubes y rayos y estrellas, o el de Dios.

—No hay más que un cielo, digo yo.

—¡No, quíá! El que se ve es como quien dice el suelo del otro. Yo lo que digo es que si la astronomía trata de ángeles y de cosas de Iglesia o de cosas de lo otro.

—De lo otro. Verás, los astrónomos, por medio de aparatos, de anteojos enormes, que se llaman telescopios, pueden medir la distancia que hay de aquí a la Luna y ven de cerca a Marte y la Osa Mayor y saben cuántas vueltas da el Sol. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí.

Se quedó absorto. El girar de los astros. ¡Qué hermosura! Copérnico, el astrónomo, mirando la inmensidad de la noche y contando las estrellas.

En cuanto pudo se fue a buscar a Vi para contarle aquello. Pero Vi no estaba.

Anduvo todo el día como desconcertado, sin dar pie con bola, deseando que se hiciera de noche. Los astrónomos no podrían trabajar sino de noche,

que es cuando hay astros y estrellas. ¿Qué ocupación tendría Copérnico por el día? Lo bueno de ser astrónomo es que se puede tener un empleo las ocho horas reglamentarias y luego hacer astronomía por las noches. Porque a los astrónomos seguro que no les pagan. ¿Sería preciso hacer muchos estudios? No, seguramente no. Sólo mirar, mirar al cielo por las noches con aquellos anteojos, y fijarse bien en cómo giran y giran los astros.

... ..

—¿Te vas a bajar la basura de una vez?

—Ya voy, tía, ya voy.

Bajó al patio. Ya estaban allí alineados los desperdicios de todas las casas. Cajones, cubos, latas. Un olor pestilente, agrio.

El chico levantó la cabeza. La noche limpia, diáfana. Copérnico. ¡Qué gusto mirar a las estrellas, qué gusto saber el nombre de cada una! Y todo tan lejos. A miles y miles de kilómetros. La tierra también era una estrella y también estaba en el aire sin apoyo, sino dando vueltas como un trompo. Brillaría de lejos, relucirían como espejos las aguas del mar, y las montañas se verían pequeñas o no se verían siquiera. Parecería redonda como una canica. O tal vez desde otros astros, con anteojos mejores, se vería mejor, con todo detalle. Las calles, las casas, la gente incluso. ¿Y si lo estaban mirando a él? ¡Dios mío, si desde cualquier estrella le veían allí, en el patio, junto a la basura! Qué importaba. Ya se harían cargo. «No, qué va. No me ven». Miles y miles de kilómetros. No habría anteojos capaces. Verían la luz, sólo la luz de la tierra. Bastaba con eso.

La voz ronca de la tía sonó desde lo alto de la escalera.

—¿Quieres subir de una vez?

—Ya voy.

Llegó arriba jadeante, de tanto como corrió.

—¿Se puede saber qué hacías ahí abajo tanto tiempo?

—Estaba estudiando un poco de astronomía.

Lo entró a la casa de un empujón.

—De mí no te chunguas tú, ¿te enteras? Anda, desnúdate y a la cama. Cómo se conoce que no te pesa el cuerpo de estar trajinando todo el día.

Se acostó el chico en silencio. Pero tardó en dormirse. La claridad de la luna, entrando por el ventanuco, le daba en la cara. Y pensaba que, tal vez, en alguna estrella lejana habría un niño como él, acostado en una cama, que no podría dormirse porque le entraba un rayo de luz de la tierra. Y entonces fue y le sacó la lengua.

OceanofPDF.com

V

—Vete a la verbena.

Y su tía le puso cinco pesetas en la mano.

Ya en el portal alcanzó a oír a una vecina:

—A casa de la Nieves ha subido uno.

Sí, él lo había visto. *Uno* estaba apoyado en el quicio de la puerta, cuando él llegó de su trabajo, tapando casi toda la luz del hueco con la anchura de las espaldas. ¿Quién sería *uno*? Apenas pudo verlo, porque su tía se dio prisa en despachar al chico; pero le pareció hombre de alguna edad, de tez oscura, con vestido así como de forastero.

En la verbena se iban encendiendo las bombillas de colores y al chico le subía como un cosquilleo entre pecho y espalda, como una gaseosa también de bombillas de colores que le hirviera dentro.

—¡A dos pesetas el tiro! ¡A dos pesetas!

—¡Premio para la joven!

—¡Berlinesas, las ricas berlinesas!

El vocerío le aturdía.

Se paró en el puesto de *pim, pam, pum*.

—¡A real! ¡Tres pelotas a real!

Le hubiese gustado tirar, pero le entró vergüenza y se alejó.

Un timbre insistente lo llevó a la barraca del laberinto.

—¡Espectáculo internacional, por primera vez en España!

Voceaba una mujer con los pelos teñidos y un traje de lentejuelas. Se repetía la figura en multitud de espejos y su vestido despedía lucecitas temblorosas.

—¡A dos pesetas!

No sabía si decidirse. Apretaba el duro en la mano sudorosa. ¡Espectáculo internacional!... Se acercó a la diminuta taquilla.

La barraca era fascinante. Una vez dentro no se sabía por dónde salir. Dando vueltas y vueltas siempre había un espejo delante, que le devolvía su

imagen de improviso, o la imagen de otros, chicos y grandes, que habían entrado en el juego.

¿Y si no pudiera salir nunca? Una vaga zozobra comenzó a ganarle. Pero era una zozobra gozosa, emocionante.

Otra vez atrás, y de nuevo la imposibilidad de escapar. ¿Cuánto tiempo llevarían los demás allí? Se oían sus risas. A veces cerca, otras a distancia. Una niña gordita, que llevaban de la mano, rompió a llorar.

Anduvo aún mucho rato, cada vez más deprisa, más excitado, hasta que un tipo con chaqueta galoneada, que debería de pertenecer a la empresa, le mostró la salida.

Cuando estuvo fuera le dio pena que le hubiesen franqueado el camino. ¿Por qué no le habían dejado allí, en aquel mundo mágico?

Siguió de puesto en puesto, cada vez más ganado por el ambiente que le rodeaba. Se detuvo ante un artefacto lleno de buzones. Por 0,50 se podía saber el Porvenir. No sabía a ciencia cierta lo que significaba «el Porvenir», pero le pareció que debería de ser algo así como el mundo de los espejos del laberinto. Echó los dos reales y recibió un papel, cerrado como un telegrama. El vaticinio le dejó desconcertado: «Un largo viaje. Desavenencias familiares. Suerte en los negocios». ¿Qué querría decir lo de «desavenencias familiares»? ¿Acaso las regañinas y los lapsos que le propinaba su tía?

En una plazoleta, un poco aparte, se levantaba la gran noria, la rueda gigantesca que brillaba en la negrura de la noche. El billete costaba justamente 2,50, que era el dinero que le quedaba. Se acercó. Grupos de parejas se disponían a subir. Las muchachas reían, nerviosas.

—A mí me da miedo.

—Yo me voy a marear.

Y los novios, muy hombres, las animaban.

—¡Vamos, mujer, si no pasa nada!

En la escalerilla se agolpaba la ruidosa clientela.

El camarín de la tal rueda era de cuatro. Frente al chico se sentaron unos novios, muy apretados el uno contra el otro. El novio pasó el brazo por los hombros de ella que, medrosa, se apoyaba en él. El asiento de junto al chico quedó libre.

Se puso en marcha el artefacto. Dio una vuelta vertiginosa haciendo un ruido enorme y se paró arriba para que fuese subiendo más gente.

¡Qué lejos se veía todo! ¡Qué pequeño! La brisa se afinaba allí arriba y el perfume de las acacias subía limpio. Sería como ir en avión. Alcanzó a ver la pared parduzca de su casa y le hubiese gustado decirles a sus compañeros: «Allí vivo yo; aquel ventanuco da a la cocina». Pero a ellos ¡qué les iba a importar! Pensó que allí, detrás del cristal polvoriento, a la luz de la bombilla que amarilleaba desde lejos, estaría su tía con «uno» ¿Quién sería?

Se puso la rueda en marcha. ¡Qué ruido! ¡Qué emoción! Y miedo. Pero un miedo delicioso.

«¡Se va a acabar, se va acabar! ¡Ésta será la última vuelta!»

Cuando bajó anduvo un poco vacilante. Tenía que volver a casa. Ya no le quedaba dinero y, además, sería muy tarde.

Antes de abandonar la verbena volvió la cabeza para ver una vez más la rueda, girando, luminosa, en la negrura de la noche. ¡Qué raro ser ahora él, otra vez, y haber sido, momentos antes, el chico que subió a la rueda!

Cuando llegó a su casa, *uno* ya no estaba.

OceanofPDF.com

VI

—Mi mamá está en el cielo —dijo la niña, mirando al techo, como si la viera.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los que se mueren van al cielo. Si son buenos, claro.

—Claro.

El chico se quedó pensativo.

... ..

—Oiga, tía, ¿usted cree que mi madre estará en el cielo?

—¡Mira por dónde sales tú ahora!

—Pero ¿estará o no estará?

—¡Vete tú a saber!

—¿Era buena mi madre?

Nieves se acercó al chico. Lo sentó en sus rodillas y lo miró hondamente a los ojos, esos ojos negros y brillantes, con el iris blanquísimo, que nunca huían la mirada y eran limpios como la luz.

—Todas las madres son buenas —le dijo. Y lo soltó.

Un minuto después, de mal talante, recuperando su mal humor de siempre, le dijo:

—Tranca esa ventana, que se queda uno aquí pasmado con el frío que hace.

Pero el chico ya le había oído la otra voz, la voz suave y profunda con la que le dijo: «Todas las madres son buenas». ¿Por qué todas?

... ..

Conoció al padre de Vi. Era realmente muy alto.

—Este es el chico amigo mío, papá.

El señor alto echó mano al bolsillo y le dio un duro. El chico se puso colorado y vaciló antes de cogerlo. Por primera vez el dinero le pareció una

materia inmundada. Ni siquiera dio las gracias, de tan turbado como se quedó.

... ..

Se sentó al borde de la acera y fue rompiendo en pedazos una hoja de papel grasiento que encontró en el suelo, con los que se puso a hacer barquitos. Un diminuto arroyo de agua turbia los arrastraba, y él los seguía con la vista hasta que se perdían en la boca de la alcantarilla. Se acabó la flota de papel y se hurgó en los bolsillos, buscando algo. No tenía más que el billete de vuelta del tranvía. Tras una ligera vacilación lo tiró también. Era rosa y más ligero que los otros.

Volvió a pie.

El camino no se hace largo cuando se puede ir dando puntapiés a una cáscara de naranja, o rozando con el dedo en los muros de ladrillo para recibir un cosquilleo que recorre todo el brazo. Y, claro está, sin pisar raya.

Las gentes pasaban apresuradas a sus quehaceres o a sus diversiones.

—Mira ese chico —comentó una mujer, que iba al cine, colgada del brazo de su marido—. Seguro que lo han mandado a un recado urgente y fíjate la prisa que se da. Son todos unos golfos.

Pero el chico no tenía más recado urgente que vivir, ir paladeando a pequeños sorbos el sabor jugoso de la vida.

—¿Me echas una mano, chaval?

El chico, sin hablar, porque no era chico que hablase mucho, fue enderezando el neumático de la bicicleta, mientras el otro le echaba aire con la bomba.

—Gracias.

Y siguió su camino.

Iba anocheciendo. Era su día de permiso. «Libro un lunes sí y otro no», le había comunicado, ufano, a su tía.

El lunes era un día de la semana que hasta entonces no había notado, pero que de pronto cobraba un color especial.

Se paró frente al escaparate de una tienda de maquinaria. Y estuvo mirando las ruedas, los tornillos, las enormes tuercas metálicas. ¡Si él pudiese entrar algún día en un taller de reparación de automóviles! Un

conocido suyo, Vicente, el de la casquería, trabajaba en un garaje y él lo había visto muchas veces manipulando con el soplete de la soldadura. Tenía probabilidades de colocarse en la autógena. Quién sabe si él, un día... ¿Por qué no soñar?

Llegó a la casa y se encontró la puerta cerrada. Su tía se había olvidado de dejarle la llave.

Volvió de nuevo al arroyo y se encontró con «el gafas».

—¡Menuda capa te has echado!

—Es del uniforme.

—Yo, si quisiera, podría colocarme en el *Mesafon*, pero prefiero el trabajo de la obra. Es más de macho y no hay que vestirse de máscara.

... ..

—Nos vamos mañana. Volvemos a Inglaterra.

Durante el año que estuvo acudiendo a la escuela, el chico había oído hablar de Inglaterra, de Francia, de América, de países lejanos donde hacía mucho frío.

Le dio miedo de que la niña se fuese a un sitio así, no le fuera a pasar algo.

—No seas tonto, en Inglaterra tenemos una casa muy bonita, con jardín y gatos.

—¿También gatos?

—Y una tortuga. Bueno, la tortuga se murió, pero papá me ha dicho que, si quiero, me compra otra.

—¿Tú la querías?

—Regular. A las tortugas no se las quiere como a los gatos.

—Es natural.

Le llamaron para que fuese a comprar una medicina a una farmacia de guardia. Echó a correr, ahogándose, calle arriba. Tardaron en despacharle. ¿Y si, cuando volviera, ya Vi se hubiese marchado? ¿Y si no volviera a verla nunca?

En otra carrera llegó al hotel, casi sin aliento. Le dieron una buena propina por su diligencia. Se la metió al bolsillo sin mirarla.

—Vi...

—¿Qué te pasa, que estás tan colorado?

—He venido corriendo.

Se estuvieron un rato el uno frente al otro, sin decirse nada. Pasaron casi cinco minutos. Se estaban despidiendo. La niña vio de pronto a su padre, que la llamaba desde el arranque de la escalera, y se levantó.

—¿Quieres la ratita? —le preguntó al chico.

—¿Para mí?

—Sí, te la doy.

OceanofPDF.com

VII

Por época *de Navidad* llegó la gran propina.

Mucho había oído hablar el chico acerca de «la gran propina». Según el del ascensor, de quien más había que fiarse era de la que daban las ancianas señoras.

—Yo, a la edad de éste, que era un escuerzo, sacaba buenos duros de las viejas de la primera planta, que es donde hay más opulencia.

—Pues yo prefiero a los borrachos. A mí una vez uno...

—¡Los chinos, los chinos! ¡Esos sí que dan! ¿Te acuerdas de esos que estuvieron el mes pasado?

—Eran japoneses.

—Pues eso, japoneses. A mí me ha contado la señora Eusebia, la de los lavabos, que a ella...

—Pues yo a la del 24 la subí el periódico y me largó cinco duros.

—Será una tía...

—Eso digo yo.

Era la hora del almuerzo del servicio... El chico callado, oía a sus compañeros que se iban contando unos a otros el prodigio de «la gran propina». Algunos se vanagloriaban sin motivo, sólo por hacer rabiar a los demás.

El chico hasta entonces no había conocido cosa parecida.

Era en tiempo *de Navidad*.

... ..

Esa tarde un señor extranjero lo envió por un paquete de cigarrillos y, cuando fue a entregarle la vuelta de sus veinte duros, aquel señor dijo, como quien no dice cosa del otro mundo:

—Quédatela.

Tan parado se quedó el chico, con el rostro encendido de júbilo y vergüenza, que no supo qué decir.

—¿Qué esperas?

—Es que son ochenta pesetas, señor...

—¿Y qué, no las quieres?

—No, no es eso... Es por si el señor se pensaba que me había dado sólo cinco duros.

—Sí, eso creí —confesó el otro—, pero así otra vez me fijaré mejor, ¿no te parece? ¡Anda, guárdate ese dinero!

El chico se reprochó siempre haber estado poco expresivo con su benefactor. Él había leído *tebeos* en los que, en un caso así, el favorecido besa las manos del filántropo y hasta derrama lágrimas; pero él se azoró de tal modo que dijo «gracias», desmañadamente, y echó a correr.

Durante toda la tarde le estuvo dando vueltas a aquello. La idea de llegar a su casa y poner en manos de su tía las ochenta pesetas, tenía sus quiebras. De momento, muy bien, pero ¿y luego? Las diez, las veinte pesetas de todos los días, le iban a saber a poco.

Consultó con el chico del ascensor. Éste era partidario de callarse y no dar en casa ni un real.

—Los extras son los extras, ¡a ver!

La cosa era de mucho fuste y convenía someterla a un juicio más autorizado. Nadie mejor que el repostero. Era hombre de experiencia. Había estado en Barcelona.

La solución que aconsejaba la experiencia era la antigua fórmula del término medio. Ni darlo todo en casa, ni guardárselo todo.

—Te reservas... digamos un cuarenta por ciento.

—No se puede, porque no son cien pesetas, sino ochenta.

—No importa. El tanto por ciento se saca hasta de una perra gorda. Basta con quitarle un cero.

No especificó de qué modo se le puede quitar un cero a una perra gorda, pero hizo mentalmente el cálculo del caso.

—Le das a tu tía doce duros y te quedas con seis, ¿entendido?

Explicó también que era arriesgado presentarse con la dádiva íntegra en metálico y que lo mejor era que invirtiese su parte cuanto antes.

—Coges tus seis duros y vas y te compras lo que se te dé la gana.

¡Qué terrible problema calcular así, de pronto, qué era lo que más rabiosamente «se le daba la gana»!

¡Estaba el mundo tan lleno de maravillas que podían alcanzarse con treinta pesetas! ¿Seis duros de *tebeos*? ¿Seis duros de pipas? Apenas había nada inasequible.

Libraba esa tarde.

Había nevado días pasados y aún quedaban muchas manchas blancas al pie de algunos árboles. Daba gusto sentir crujir la nieve bajo los zapatos.

Iba andando sin rumbo fijo, parándose en los escaparates. La mano cerrada, dentro del bolsillo, sentía el cuerpecillo tibio de la ratita. «Es mía». Desembocó en la plaza Mayor. Se metió entre el gentío y fue de puesto en puesto.

—¡Musgo, musgo! ¡A dos reales el paquete!

—¿Quién me lleva el castillo de Herodes?

—¡Hay corcho!

—¡Molinos! ¡A dos pesetas el bonito molino!

Se quedó parado frente a un tenderete.

—¿Cuánto cuesta la cabalgata de los Reyes Magos?

—¿*Cuála*?

—Esa, la más pequeña.

—Cinco duros. ¡Por cinco duros la cabalgata completa!

Los Reyes, los caballos, los esclavos. Lo que se dice todo. ¿Por qué no?

Se estuvo un rato inmóvil, mirándola.

—¿Qué, te la llevas, chaval?

No se decidió. Fue a otros puestos.

—¡Serrín, hay serrín!

El chirrido de las zambombas y el griterío de los pregones llenaban la plaza.

Empujado por los grupos iba el chico de un lado para otro.

Vio otra cabalgata. Costaba igual. Y un portal de Belén por el mismo precio. «No, portal no. No tiene caballos, ni camellos».

Le desazonó de pronto la idea de que pudieran haber vendido *su* cabalgata. ¿Dónde era? No se orientaba bien. Empezó a palparle deprisa el corazón. ¿Y si ya no la encontraba?

Algunos vendedores empezaban a recoger sus puestos.

Anduvo de prisa, casi corriendo. No la encontraba. ¿No era al lado de aquella columna? No. Allí, junto a las ramas de acebo... Tampoco. ¡Dios mío!

Dio vueltas y vueltas. ¡La había perdido! ¡Y era ésa y no otra la que él quería!

Por fin se encontró delante de la que buscaba. No, no la habían vendido. Sacó el dinero y lo recontó.

—¿Me da esa cabalgata, me hace el favor? ¡No, esa no, la otra!

—Son iguales.

—No.

No lo eran. En la suya Baltasar tenía la capa verde, lo que era infinitamente mejor que tenerla roja, como el de la otra.

Recogió su compra.

El Misterio de la Epifanía envuelto en una hoja de periódico.

Al pasar por otro puesto vio, alineadas, varias estrellas de talco. «Tengo que comprar una».

Al ir a cogerla aflojó las manos, que llevaba medio agarrotadas de frío, y allá fueron Melchor, Gaspar y Baltasar, con camellos y esclavos, a estrellarse sobre las piedras.

—¡Menuda la has hecho, hijo!

Se quedó unos instantes sin aliento, clavados los ojos en el suelo.

Luego se agachó y recogió los pedazos. Baltasar estaba entero, y los esclavos, también. Los que habían salido peor parados eran los camellos. Envolvió los pedazos lo mejor que pudo.

... ..

—Melchor y Gaspar eran cojos, ¿sabe usted, tía?

—¿Qué dices?

—Nada.

Alineó en el suelo la cabalgata.

—Y los camellos no tenían cabeza, ¿verdad que no tenían cabeza?

VIII

Se oían las voces desde la calle, un griterío angustioso.

Subió el chico apresuradamente, sin resuello, y encontró abierta la entrada de su vivienda. Las vecinas se apretujaban en la puerta y vociferaban.

—Aquí está el chico.

—¿Pero habéis avisado a la casa de socorro?

—Anda, hijo, que tu tía se ha puesto muy mala.

Se abrió paso, jadeante, entre el barullo. Vio a su tía tumbada en la cama, con los ojos cerrados y respirando de un modo raro, con la boca abierta que dejaba escapar un ronquido.

—Trajinaba demasiado.

—Y con estos fríos...

—Y tanta miseria.

—¿Pero quién ha ido a por el médico?

—Bajó la chica del señor Antolín.

—Ya tarda.

—Se mataba a trabajar.

—Ya se sabe, una mujer sola...

—Yo, a la Nieves la apreciaba.

—Ella tendría esos prontos, y ese genio, pero era una buena mujer.

—Diga usted que sí, ¡y muy desgraciada!

El chico se había acercado a su tía. Le daba miedo verla así. Le parecía una extraña. La mujer entreabrió los ojos.

—Parece que ya vuelve.

—Acércala el agua, a ver si ahora la bebe.

El chico se aproximó al lecho y, tímidamente, puso una mano sobre la mano de la agonizante. Era una mano fría, endurecida. La estuvo mirando con una nube de llanto en la mirada. ¡Qué llena de grietas, de mordeduras de la lejía, con las uñas romas y amoratadas! Deformada por el trajín, por la lucha con la miseria.

—Ya está ahí el médico.

Las vecinas se atropellaban para explicar lo sucedido. Le había dado de pronto, en el puesto del mercado. Cayó redonda, con un temblor en todo el cuerpo. En la taberna le dieron aguardiente para reanimarla y, de momento, se había recuperado, pero a poco le volvió el mal y la trajeron a la casa en un *taxi*. En el *taxi* perdió el sentido otra vez, y entre cuatro tuvieron que subirla.

El médico, ayudado por doña Reme, incorporó a la enferma en el lecho y la estuvo reconociendo.

El chico espiaba la fisonomía de unos y de otros, y crecía su angustia.

—¿Alguno de ustedes es familiar?

Negaron las vecinas y señalaron luego al chico.

—No tiene sino a este chaval.

Un estertor más fuerte que los anteriores hizo estremecer la cama.

La mujer levantó la cabeza y clavó una mirada lúcida, desgarradora, en el chico. Movié los labios como para hablar, pero no pudo decir nada.

Cuando el médico le cerró los ojos, el chico se acercó a la muerta y rompió a llorar.

—Hay que sacar a este niño de aquí.

Las vecinas le rodearon, le acariciaban la cabeza, le decían frases que él no oía. Seguía zumbándole en los oídos el estertor que acababa de apagarse.

Las mujeres, en rápido conciliábulo, acordaron que el chico pasara a casa de doña Reme. La viuda tenía un sitio apropiado, entre la cocina y el fregadero, y la del segundo se ofreció a subirle un colchón.

Antes de salir de la casa, el chico volvió a acercarse a la cama de la muerta.

—Anda, dale un beso a tu madre, y rézala un padrenuestro.

Se formó una confusión de voces.

—¡También usted! ¿Para qué se lo tenía que decir?

—Pues yo creo que ha hecho bien.

—Se lo he dicho porque es ley de Dios que lo sepa; que una madre es lo que es, pese a lo que pese, y no es ningún niño de teta, sino un chaval que va para los doce años.

—Pues yo no le habría dicho nada. Cuando ella no lo hizo...

... ..

Subieron algunos hombres. Pablo, el del taller; el señor Antolín, el de la cacharrería, que se ofreció para ayudar al entierro con veinte duros. Doña Reme y la del segundo, que eran las que gozaban de posición más desahogada, prometieron también contribuir.

El chico seguía con los ojos fijos en la muerta. ¿Qué habían dicho? ¿Pero no era su tía? ¿De dónde sacaban ahora que era su madre?

—Usted, ocúpese del chico, doña Reme, que nosotras nos quedaremos aquí velando a la difunta.

... ..

El chico, sentado en el cuarto de la vecina, fijó los ojos en las baldosas desiguales y mochas, comenzó a oír, a través del tabique, bisbiseo de rezos.

—Nosotros la rezaremos desde aquí. Anda, persígnete.

La viuda dio media vuelta a un calendario con la imagen de San José, como para que el Santo los tuviera al alcance de su vista.

Rezaba el chico maquinalmente con voz apagada.

—¿Qué llevas ahí?

Mostró él la ratita blanca.

—¿Para qué la quieres?

El chico se encogió de hombros, sin contestar. ¿Para qué la quería? Para eso: para quererla.

—Esos bichos traen enfermedades.

... ..

A media noche se levantó el chico con náuseas. Le dolía la cabeza y todo le daba vueltas. Tenía la ropa pegada al cuerpo, empapada en sudor frío. Después de vomitar se sintió mejor.

—Eso es que con el disgusto te se ha cortado la digestión. Anda, acuéstate otra vez.

Se acurrucó en el jergón y se fue sosegando. El cuerpecillo de la rata, suave y templado, junto a su mejilla, le confortaba.

Al amanecer volvió a espabilarse. La viuda dormía, sin duda, porque no se oía ningún ruido. Salió al descansillo y pasó a su casa.

La puerta estaba abierta. No había más que una vecina velando a la difunta, una viejecilla que tenía un puesto de anises y chucherías a la vuelta. Se había quedado dormida, sentada en una silla baja, con el rosario caído en el regazo.

A la lívida claridad del amanecer, el rostro de la muerte parecía azul. Volvió el chico a sentir la misma sensación que horas antes, cuando la vio en la agonía. Era otra persona. Le habían atado un pañuelo, sujetándole las quijadas. ¡Qué raros los muertos! «*Son otros*».

Se espabiló la vecina y vio al chico.

—¿Qué haces tú ahí? Vete a dormir, muchacho, que yo no me muevo de aquí. No te la voy a dejar sola, descuida.

¿Por qué a los muertos no se los podía dejar solos? ¿No estaban solos de todas maneras?

Obedeció y volvió a casa de doña Reme. Dio de beber a la rata las sobras de un vaso de leche que le dio a él la viuda la noche anterior.

Se acostó de nuevo, pero ya no se durmió.

Comenzaron a oírse ruidos en la casa: abrir y cerrar de ventanas y voces que llegaban por el patio.

La del segundo hablaba por la ventana con la del bajo.

—¡Jesús, si parecía tan buena!

—Pues ya ve usted: de repente.

—¡Mejor la ha valido!

—¡Para la vida que llevaba!

Doña Reme se levantó.

—Tendrás que avisar al hotel para que no te esperen. Les dices que te se ha muerto tu madre.

—¿Por qué dice usted que mi madre?

—Porque lo era. Tú debes de saberlo.

—¿Y por qué me dijo ella que era mi tía?

—Cosas de la vida.

¿De modo que él tenía una madre? La tenía hasta el día anterior. ¡Qué raro! Y mientras la tuvo creyó que no la tenía, y ahora, que ya no la tenía,

se enteraba de que la había tenido. Confusamente pensó que una madre es algo que no se tiene.

—Si quieres llamo yo.

—No, deje, doña Reme, ya bajo yo.

Y en medio de su pesadumbre, del malestar y el desconcierto creciente que le iban ganando el ánimo, sintió una rara alegría, un gozo inexplicable. Llamaría al Excelsior, pediría que le pusieran con el conserje, y le diría: «Anoche se me murió *mi madre*».

OceanofPDF.com

IX

Se había armado gran revuelo en la vecindad con el asunto del cuarto.

—Dicen que el casero va a pedir mil pesetas.

—Falta que se las den.

—A un extranjero.

—Pues algo debería de darle al chico porque se lo dejara.

—Una patada en el culo, eso le dará.

—Pues por la bajera que se quedó libre cuando murió el Laureano, le sacudió a la viuda cien duros.

—Tampoco un crío de once años tiene representación para una cosa así.

—Pues yo te digo que el cuarto de la Nieves, que en paz descanse, de que le den una mano de pintura, queda muy curioso.

A fin de cuentas no se le sacó nada al casero, porque la difunta le debía algunas mensualidades, y el niño se fue al cuarto de doña Reme que, a cambio de que le entregara el jornal, lo mantenía y se ocupaba de él.

—Tiene mucho corazón esa doña Reme. Ya ves, ella, ¿para qué quería echarse la carga de un chaval, tan ricamente que estaba con su pensión y sin preocuparse de nada?

La pensión que le daba doña Reme para vivir «tan ricamente» —la viudedad de su difunto, que fue empleado de telégrafos— apenas le daba para mantenerse pasando mil apuros.

El chico no notó casi el cambio. Tanto le daba seguir durmiendo en un jergón que en otro, o comiendo unas u otras lentejas recalentadas.

—El niño la hará a usted compañía.

—Eso sí.

Pero estaba doña Reme tan acostumbrada a la soledad, que el hecho de sentir por las noches otra respiración en el cuartucho contiguo, y por las mañanas otras pisadas en el suelo de la cocina, la trastornó un poco.

—No, si el crío no me da quehacer, pero como yo nunca tuve hijos...

A ratos la desazonaba pensar que el chico crecería, que tendría otras necesidades, que habría de vestir como un hombre, y fumar, y la casa se iría

llenando de hombre, quedando ella desplazada.

—Pero también será un apoyo cuando se haga usted vieja.

¿Cuándo se hace vieja una mujer viuda y sola y pobre? ¿No lo era ya?

—Claro que si la sale ingrato, que no sería el primer caso...

—Tampoco hay ningún papel de por medio. Si me sale golfo, con ponerlo en la puerta de la calle...

Pero ella calculaba que no sería así, que para cuando el chico tuviese edad de hacerse golfo, ella ya se habría encariñado con él, y le pasaría las faltas, y se dejaría maltratar. También la trató mal el marido —«que en gloria esté»— y ella se hizo a todo. Hasta le pegaba. Y entonces ella era bien joven, y fuerte, y se podía defender, y le vivía la madre, en Ciudad Real, que pudo haberse ido con ella. Pero no se fue, ni chistó, sino que se aguantó todo, y cuando el hombre enfermó —que se tiró más de un año trincado en la cama— lo cuidó como una madre, y le toleró los malos humores y las griterías y le lloró de veras cuando se fue al otro mundo.

—También son ganas de buscarse preocupaciones —le había dicho el casquero de la casa contigua, que era un viudo que andaba siempre ufánándose de que mejor se está solo que con compañía, mala o buena—. A fin de cuentas, el chico no es nada suyo.

¿Tendría razón? ¿Y si luego se arrepentía? ¿Estaría aún a tiempo de rectificar?

No lograba la buena mujer coger el sueño. Daba vueltas en la cama sin encontrar acomodo. Sintió ruido en el cuarto del chico. Se incorporó.

—¿Quieres algo?

—No, doña Reme; es que he ido a la cocina a beber agua.

—¿Y por qué no has dado la luz, hombre?

—No la fuera a despertar a usted...

No supo si fue el tono de voz del chico, o el leve chasquido de sus pies descalzos en las baldosas, o sabe Dios qué pensamiento que le cruzó por las mientes, pero fue el caso que se arrebujo bien en la cama y le vino el sueño porque ya tenía decidido, firmemente, sin lugar a dudas, que lo que era ella, al chico, no lo ponía en mitad del arroyo... «¡Quiá!»

Después de beber agua se durmió el chico, pero las primeras luces del alba lo despertaron. No era ventanuco, como en su antiguo cuarto, sino

ventana de dos hojas grandes que se abrían sobre los cipreses lejanos de la Sacramental.

—En mi casa tengo una luz que da gloria.

Sí, tenía razón doña Reme al decir eso, pensó el chico. Ese chorro de amanecer que le caía encima daba gloria de veras. ¿Pero la gloria no era cosa de muertos? «La Nieves, que en gloria esté». Eso sería morir: tener toda la luz, y el aire, y las estrellas al alcance de la mano. ¿O habría también un cielo para pobres, con cuartuchos míseros y fregaderos «atrancados»? ¿Y Pepito? ¿Dónde estaría Pepito, ese chico como él, el anterior botones del Excelsior, que se murió? Para los niños habría un cielo aparte, con puestos de helados y futbolín, pero todo gratis. Y se entraría por un laberinto de espejos, como el de la verbena. Pero todavía mejor.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

I

—¡Menudo estirón ha dado este chico! ¡Si estás hecho un hombre! Acércate a ver si hay para sacar del dobladillo.

La encargada del hotel lo iba zarandeando, para calcular qué arreglo podía hacérsele al uniforme de verano que se le había quedado tan pequeño.

—Habrá que hacerte otro nuevo.

Al chico le alborozó la noticia. Aquel traje le apretaba por todas partes.

El ayudante del pinche fue el primero en hacérselo notar:

—¡Mira que majo vas con el culo ceñido como un...!

Y largó el insulto.

Se revolvió el chico y le soltó un bofetón.

—¡Eso lo serás tú!

Comenzaron a pegarse.

Terció el repostero, que apartó de un empujón al gordo.

—¿Quieres dejar al chico?

—¡Pero si ha sido él el que ha empezado!

Se abrió la puerta y entró el jefe. Cada cual se fue a lo suyo; pero la expresión de los ojos del ayudante del pinche hacía entender que no había dado por terminada la reyerta. A la hora de salir esperó al chico en la esquina.

—¿Te vienes al solar de ahí atrás o tienes miedo?

No contestó el chico, pero siguió al otro hasta detrás de la valla que los ponía a salvo de fisgones. Se plantó espatarrado el gordinflón:

—Si te crees que te voy a aguantar que te las des de macho conmigo, vas listo.

Y le escupió.

Bajó la cabeza el chico y arremetió al adversario con arrojo. Al momento rodaron por el suelo bien agarrados. El ayudante se revolvía mal y

soltaba patadas al aire. El chico sentía un frenesí rabioso golpeando aquella mole blanducha. El otro, jadeante, se defendía con las uñas. Sintió el chico en los labios sabor a sangre y polvo. Logró el gordo voltearse y quedó encima del chico, ahogándole. Sólo entonces le llegó el resuello para insultarle. Al calor de las injurias se reanimó la rabia del chico, que consiguió zafarse.

Se estuvieron pegando un buen rato, ya ciegos de cólera. A ambos les flaqueaban las fuerzas pero ninguno quería ceder. Vino a unirse al combate un perrejo que guardaba la obra. Hizo presa en los calzones del gordo, arañándole el trasero. Se lo sacudió el muchacho como pudo y le largó una patada.

—¡Ahí te quedas, perro, más que perro, con otro como tú!

Y echó a correr.

El chico se sentó en el suelo, se ató un zapato que perdiera en la refriega, y se compuso la vestimenta lo mejor que pudo. El perro se le acercó a lamerle las rodillas ensangrentadas. Se miraron a los ojos, y se entendieron en su mudo rencor hacia el fugitivo. «Si yo tuviera un perro mío». Lo acarició.

A través de los huecos de la casa en construcción se veía el sol en el ocaso, que llenaba el cielo de colores de fuego. Y el chico sintió que ese momento, con el crepúsculo al fondo, y el silencio, y el polvo, y el perro y la sangre, era un momento muy raro, solemne y que era verdad que hubiese crecido, y que estaba «hecho un hombre».

... ..

Los chiquillos del barrio habían hecho añicos la luna del «Bazar Universal», tienda de poco más fuste que una cacharrería. No lo hicieron a posta, sino a tuertas, por darle de pedradas a un lagarto que por allí asomó.

Se juntó gente, llegó el guardia, y a todos los críos que pudieron pillar los arrinconaron al pie del escaparate siniestrado.

—Ese chaval es hijo de la señora Paula, la de la taberna.

—Ese pecoso es de ahí orilla.

—Aquél es de la colchonería de «Los Zamoranos».

Iban las comadres informando al municipal. Señalaron al chico.

—Ése no es hijo de nadie.

Se quedó él aparte, cohibido, como si las cosas del mundo no fueran con él. Luego se deshizo el corro, el guardia apuntó nombres, las mujeres se fueron a lo suyo y el del bazar pegó un pedazo de periódico en la tronera de su escaparate.

El chico no se movió. Seguía dándole y dándole vueltas a aquello. Y llegó la noche, y allí le cogió, en mitad de la plazuela. «Yo no soy hijo de nadie». Los árboles tampoco eran de nadie, ni las estrellas, ni las nubes, ni las piedras eran de nadie. Y no le dio asomo de tristeza, sino que cada vez se sentía más gozoso. Y se le fueron alegrando los adentros y hasta risa le dio. «¡De nadie, de nadie!»

Se sentó en el bordillo de la acera y se miró las puntas de las alpargatas, por una de las cuales comenzaba a asomar la uña del dedo gordo. «Mi dedo gordo no es de nadie».

La plazuela se iba quedando vacía. Y en alguna parte cantaba un grillo. Un grillo que no sería «de nadie», como él, sino que tendría dueño. «Yo quiero tener un grillo mío. Como la ratita de Vi».

Porque la ratita amaneció un día muerta. Cuando el chico tomó, aprensivo, su cuerpo con la punta de los dedos, notó que se había vuelto duro y sin calor. La había tomado en la mano, no sin cierto repeluzno, y la estuvo mirando largo rato.

—Está dormida. Mi rata está dormida. ¿Verdad, doña Reme, que mi rata está dormida?

—¡Tira eso!

Pero no la tiró. La metió en una cajita de hilos que pidió en la mercería y la llevó a enterrar a los desmontes. Se había cruzado con «el gafas», pero no le dijo nada. Porque «el gafas» no tenía por qué meter las narices en el entierro de su rata.

Después de la ratita no había vuelto a tener nada suyo; nada suyo vivo. Porque tener jerseys y calzoncillos, y zapatos no valía. Lo que valía era algo vivo.

Y de entonces había pasado ya tiempo.

—¡Chicoo!

La voz de doña Reme lo sacó de su arrobo.
—¡Ya subo!

OceanofPDF.com

II

Al llegar al portal de su casa se cruzó con un hombre alto, de tez morena, que ni siquiera lo miró. ¿Dónde lo había visto otra vez? Le pareció que lo recordaba. Pero ¿de dónde? ¿De cuándo?

—Pasa, pasa —le apremió doña Reme—. ¿No te has cruzado con uno en la escalera?

Entonces recordó. Era *uno*, aquel que una vez, cuando fue a la verbena, se había quedado hablando con su madre.

—Sí, en el portal.

—Vino a por ti.

—¿Eh?

—Sí, vino a buscarte.

—¿A mí?

—Ven, siéntate. Tengo que hablarte.

¿Para qué quería doña Reme hablarle sentado? ¿Qué pasaba? Algo relacionado con *uno*. «Vino a por ti». «¡No quiero, no quiero!» No sabía bien qué era lo que no quería, pero sabía de cierto que había algo en todo eso que él no quería de ninguna manera.

Doña Reme le estuvo hablando largo rato. Cosas extrañas. Palabras de esas que no se comprenden, como cuando el cura en la iglesia hablaba de los Gentiles y de la viuda de Jairo y de gente desconocida. ¿Qué tenía que ver con él? «La vida. El arrepentimiento». Eso, como cosas de iglesia.

Daba y daba rodeos la buena mujer antes de soltar lo principal. No sabía cómo llegar a la miga del asunto.

—Ya tienes doce años.

—Sí.

—Vas para trece.

¿Para decirle esa simpleza, que se sabía de memoria, lo había hecho sentar y le estaba hablando de cosas sin sentido?

—Tú ya sabes como yo te he recogido, sin que nadie me obligase a ello, y te he tratado como a un hijo.

—Sí, señora.

—Pero si viene quien tenga más derecho... ¡Qué digo derecho: deber! Eso: si viene quien tiene el deber de velar por ti...

—¿Quién? ¿Ése?

—Sí, ése. Ha venido del pueblo expresamente.

—¿De qué pueblo?

—No sé, de la sierra. Lejos.

Lejos. La palabra sobresaltó al chico. Siempre había pensado en «lejos», en ese mundo que estaba más allá de todo lo conocido, un lugar a donde calculaba que él no podría ir nunca.

—Te quiere llevar con él.

—¿Por qué?

—Ese hombre es tu padre.

Después que soltó la palabra que se le esquinaba, notó la mujer como si se hubiera quitado una carga. Espió con la mirada la reacción del chico.

—¿Por qué? —volvió él a preguntar.

—¿Cómo que por qué? Porque sí. Porque lo es. ¿O es que te creías que se nacía de nadie?

«De nadie, de nadie». «Ése no es hijo de nadie». Ya no.

—Son cosas de la vida, ¿comprendes? Los hombres, ya se sabe...

¿Qué era lo que se sabía? ¿Qué era lo que se sabía de los hombres que llegaban de lejos para llevarse a los chicos que no son hijos de nadie?

—Trae un papel que le firmó tu madre, que en gloria esté.

—Ya.

—Parece que en vida de ella te quiso llevar, pero ella no lo consintió. «Si un día yo faltó», le dijo. Y por eso ha vuelto.

—Ya.

—Siempre estarás mejor con un padre que mire por ti que conmigo. Sin contar con que no ando buena y cualquier día te ibas a encontrar con el día y la noche.

—Ya.

—Deberías de alegrarte. Ya ves, a otros, los echan al mundo y luego, ni acordarse.

«Los echan al mundo». A él lo había echado al mundo *uno*, aquel hombre alto, de hombros anchos y gesto serio. Se imaginó como si lo hubiese echado desde lo alto de la noria de la verbena; como si lo hubiese arrojado al barrio, a la casa, al cuartucho sin luz donde vivió con la madre.

—Dice que mañana volverá para verte. Primero quería hablar conmigo.

—¿Y me llevará mañana?

—Eso no lo sé. Ya hablaréis los dos.

No, él no hablaría. No podría hablarle a ese hombre de fuera que lo había echado al mundo. Le dejaría a él que dijera lo que le diese la gana.

—Bueno, ahora...

Se levantó doña Reme.

—Voy a aviar la cena. Mira, pásate ahí al lado y le dices a la vecina que si te puede dar una ramita de perejil.

—Voy.

Pasó a la puerta contigua, dio el recado, volvió, pero no tenía el pensamiento en lo que hacía, sino que se le había ido lejos, lejos, a ese pueblo que no sabía cómo se llamaba, a esa serranía desconocida a donde iba a llevarle *uno*.

No se durmió hasta que clareaba el día. Se asomó a la ventana. «Esta ventana es una gloria». Se acordó del atardecer de dos días atrás, cuando se pegó con el ayudante del pinche. Era el mismo sol, pero entonces estaba encarnado, cercano, sofocante, y le sabía la saliva a sangre, y el perro le miró. Y ahora el sol parecía lejanísimo, entre las nubes plateadas.

Alargó el brazo en el aire y se vio los arañazos en los que se habían cuajado unas costrillas diminutas. Las fue levantando con la uña. Sangraban. Y miró su sangre, y el cielo, y la neblina que se pegaba a los tejados, y le vino un gozo intenso, que casi le ahogaba, porque todo ello, no sabía por qué, significaba la misma cosa: «¡Pero chico, si estás hecho un hombre!»

III

Doña Reme se pasó un buen rato revolviendo en el talego donde había metido los pocos objetos que encontró en la cómoda de casa de Nieves. Después de dar al trapero la mayor parte del mísero ajuar de la difunta, escogió unas cuantas cosas variadas: un espejo, un rosario, dos abanicos, una cajita de madera con avíos de costura, unas agujas de hacer punto, varias tarjetas postales y algún retrato. Eso era precisamente lo que buscaba ella. Le parecía regular que el chico llevara consigo un retrato de la madre, si es que lo había entre aquel revoltijo. Lo encontró. Aunque de más joven que cuando llegó al barrio, se la podía reconocer. Era una fotografía pequeña, como de carnet, y en ella Nieves presentaba un semblante sonriente y atractivo. «¡Lo que hacen las fatigas!» Ese gesto se lo había borrado la vida de trabajos y privaciones.

—Hijo, guárdalo con cuidado, que es lo único que te queda de tu madre.

Miró el chico el retrato. En las mientes le había quedado sólo el recuerdo de la mujer muerta y no lograba imaginársela como cuando vivió.

—No se parece.

—Pero es ella. Sólo que de más moza.

—Eso será.

—¡No lo vayas a extraviar!

—Descuide.

Y lo guardó muy cuidadosamente en el atadizo de sus tebeos.

—¿Cuándo dijo que vendría?

—A eso de las cinco.

—Pues ya son casi las seis.

¿Y si no viniera? ¿Y si lo *echara* al mundo otra vez, sin acordarse de él?

—¿Tienes ganas de verlo?

Se encogió de hombros el chico. De verdad no lo sabía. Se sentía como atemorizado.

Adivinando sus pensamientos, doña Reme le dijo:

—Parece buen hombre, a pesar de los pesares.

—¿Qué pesares?
—Nada, una cosa que se dice.
Una pausa.
—Ya no es muy joven.
—¡Ah!
—Sobre los cuarenta o así, vendrá a tener.

... ..

Las vecinas acechaban a las puertas de sus cuartos para conocer al padre del chico. Desde que el hombre apareció en el portal empezaron los cuchicheos.

—¡Ese es!
—El chico se le parece.
—¡Quite usted, un chaval tan finito se va a parecer a ese hombrón!
—Muy viejo para la Nieves, que en paz descanse.
—Tampoco era ella muy moza cuando murió.
—¡Toma si lo era! Lo que es que no lo aparentaba por el poco cuidado que tenía de su persona.
—Una mujer que no se gastaba en ella ni cinco.
—Que no se echó la permanente en los años que la tengo conocida.
—*Na* más al trajín, al trajín...
—Para criar al hijo, y que ahora venga el tío este con sus manos lavadas a llevárselo.
—Ya se lo quiso llevar en vida de ella, que yo los sentí hablar por el patio el día que él vino. «Donde vaya mi hijo, voy yo», le decía la Nieves. Pero, por las cuentas, él sólo quería al chico.
—Pues ya se ha salido con la suya.
—Para mí lo que va buscando éste es un mozo que le haga el trabajo, allá en el campo, ahora que él va para viejo.
—¿Trabaja la tierra?
—Eso parece.
El hombre subía despacio, haciendo crujir los escalones a cada paso.

Se paró un momento frente a la puerta cerrada. Al otro lado le esperaba su hijo. «¡Qué raro!» Golpeó con los nudillos y al momento doña Reme le franqueó la entrada.

—Pase, pase usted. Le estábamos esperando.

Al contraluz de la ventana distinguió la figura del hijo. «¡Qué raro!» No se le parecía en el porte, ni tampoco salía a la madre, que fue mujer de buena talla y cuerpo macizo. Le cruzó la idea de que saldría a la madre de él, una levantina muy fina de talle, blanca y de ojos claros. Sí, se parecía a ella. Cuando el chico levantó hacia él la mirada fue como si viese otra vez los ojos de la madre, tan luminosos, que él mismo le había cerrado, hacía ya tantos años. «¡Qué raro!»

—Éste es el chico.

Le pasó una mano por los hombros, desmañadamente, sin llegar a abrazarle.

El chico no dijo nada. Tampoco el hombre hablaba.

—¿Se quiere sentar?

—¡Hace un calor!

Se sentó con las manos en las rodillas.

—Si me diera una poca de agua...

—Anda, tráete el botijo.

El chico lo miró beber. Tenía una garganta recia, curtida, con las venas abultadas. Llevaba puesta una camisa de tirilla, sin cuello, una camisa muy limpia, a rayas blancas y grises, de tela basta.

—Donde esté el agua de Madrid...

Alargó el botijo al chico y se lo quedó mirando un momento.

Otra vez los ojos, aquellos ojos que volvían a abrirse, como resucitados.

—¿Qué, te vienes conmigo?

—Claro.

—¡Ni claro ni oscuro! Por la fuerza no te he de llevar.

El chico no había pensado en eso. No se le había ocurrido la posibilidad de escoger. ¡Él, qué sabía!

Doña Reme miró a uno y a otro. Se había pasado la noche desazonada, con la idea de la soledad, dándole vueltas a mil ideas encontradas. Y ahora parecía que se abría una rendija, no sabía si para bien o para mal.

—Yo, ya ve, lo poco que pueda darle... —dijo por decir algo.

Pero el chico ya había tomado su decisión. Fue de una manera fulminante, irrevocable. Hasta ese momento todo lo acontecido en esos días: la llegada de *uno*, su inesperada paternidad, la idea del viaje, eran como cosas borrosas, como sueños vagos, en los que apenas se presta atención porque no quieren decir nada real y concreto. Pero de pronto notó que se iría con aquel hombre, que le seguiría siempre, y que nada ni nadie lograría ya retenerle. Fue cuando miró sus manos. No había reparado en ellas porque casi no se atrevía a mirarle, pero de pronto sus ojos descubrieron dos manos grandes, callosas, de nudillos gruesos, de uñas romas y cubiertas de un vello rojizo. Y comprendió, sin formularlo, qué quería decir la palabra padre, qué era la paternidad, qué era la orfandad, qué era todo eso que hasta entonces no había significado nada. Un padre era esas manos.

Pero seguía sin decir nada.

—Es muy formal —dijo doña Reme, para llenar el silencio—. Yo, de que lo tengo conmigo, no puedo decirle que me haya dado un disgusto, ni una mala contestación.

—Mejor es así.

Pesaba el calor. Una mosca fue a posarse en el papel pegajoso que colgaba junto a la ventana. Se oyó el batir estremecido de sus menudas alas. Tanto era el silencio.

—¿Qué? —volvió a preguntar el hombre.

—Usted dirá cuándo nos vamos —contestó el chico.

Pareció que la fisonomía del hombre, tan hermética, iba a abrirse en una sonrisa, pero no llegó a sonreír.

—Pasado mañana sale el coche, a las diez y media.

—Bueno.

Se levantó el forastero y se despidió hasta el día siguiente, que volvería a pasarse por allí. Al irse apoyó la mano en el hombro del chico y el chico notó que era bueno, que era raro y bueno, sobre el hombro, la mano del padre.

IV

—No voy a mandar al chico sólo con la muda, llena de remiendos.

—Pero, tal como está todo, doña Reme, buenos cuartos la va a costar cualquier cosa que le compre.

—Ya me las arreglaré. En último caso le saco a plazos lo que sea.

Y así lo hizo.

Por primera vez en su vida se vio el chico poseedor de dos mudas nuevecitas, unos vaqueros y un jersey, también nuevos, y unas botas de becerro. Para estas últimas había dado el dinero el padre.

—Necesitará calzado fuerte, que aquello no es de calles asfaltadas, como Madrid, sino monte.

Las ráfagas como de pesadumbre que le cruzaban de vez en cuando, se borraron ante la perspectiva de pisar monte con sus botas.

Le habría gustado ir con sus botas al *hall* del Excelsior, todo cubierto de alfombras y losas de mármol, y decirle al del ascensor: «Llevo este calzado porque me voy al monte». Pero ya no le daba tiempo. Sin contar con que el día anterior se había ido a despedir, y la escena le había dejado un sabor un poco ácido.

—¡Ah! ¿Pero tú tenías padre?

—Sí, señor —contestó al repostero.

—Como nunca le tienes nombrado...

—¡Será un embuste! —terció el ayudante, y se echó a reír.

Pudo haberle pegado, incluso allí mismo. Ya no tenía porqué temer a que le despidieran. Y, sin embargo, no le pegó. Como si no le hubiese oído.

Aún alcanzó a oírle, cuando salía, otra cuchufleta.

—¡Recuerdos a papá!

Pero tampoco reaccionó, sino que siguió adelante. Y era porque aquello: el hotel, el gordo, la cocina, ya no tenían nada que ver con él. Ya él no era el botones del Excelsior, sino un chico que se iba, lejos, con su padre.

«De todos modos, debía haberle pegado».

... ..

Pasado un puente las casas se iban espaciando. Quedaba atrás la mole conocida de la ciudad y, al frente, se divisaba el ámbito dilatado del campo. ¿Llegaría un momento en que se acabasen las casas y todo fuese tierra? «La tierra es un planeta que gira alrededor del sol». Lejanos recuerdos de la escuela. Ahora lo entendía. Madrid, con sus cines y sus rascacielos, parecía imposible que fuese a zarandearse por los aires, pero el campo sí. «Esto es el planeta».

Hubiera querido decirle al padre algo de lo que pensaba, pero no se atrevía a hablarle. Tampoco hablaba el hombre, tampoco sabía cómo entablar conversación con el chico. ¿Qué cosas se les dicen a los chicos? Y había, sin embargo, algo que le urgía contarle. Pero habría tiempo. El camino era largo.

Miraba el chico, de reojo, el perfil del hombre, tan serio. «Voy a preguntarle cómo se llama». «Ni siquiera sé cómo se llama». ¿Cómo habrían de ser sus relaciones con él? «Honrar a padre y madre». ¿Qué cosa sería honrar a aquel hombre en el futuro? Seguramente dejar que le pegase cuando le viniera en gana.

Llevaban a sus pies el equipaje de ambos: un maletín de fibra muy golpeado, y el lío donde le había metido sus cosas doña Reme. Reconoció la tela del envoltorio. Fue una bata de su madre, floreada, en la que el dibujo se veía ya borroso. Años y años la llevó sobre su cuerpo, años de trajín, de hincarse de rodillas para fregar el suelo de la cocina, de bajar al puesto del mercado, de recoserla de noche. A distancia, en la plazuela, reconocía a su madre por aquella bata de flores. Otras veces veía balancearse la bata en las cuerdas de tender sobre el patio, inflada por el viento. Y ahora estaba allí, rodando sobre el planeta, camino de no sabía dónde.

... ..

—Al coche bajará a esperarnos Andrea.

—¡Ah!

—¿Sabes quién es Andrea?

—No señor.

—¡No me digas señor, contra, que soy tu padre!

—Sí.

—Andrea es mi mujer.

—¡Ah!

—No es menester que la digas madre, porque no es nada tuyo.

—Sí.

—Pero, eso sí, tienes que respetarla como si lo fuera, porque es el ama de la casa.

El chico no contestó.

—¿Me estás oyendo?

—Sí, padre.

—¡Cómo no dices nada!

¿Qué iba a decir? ¿Qué iba a decir de esa Andrea a la que tendría que respetar y que no era nada suyo?

Volvieron a callar. Apretaba el calor. El chico, que no había dormido apenas la noche anterior, comenzó a notar sueño. Con el balanceo del coche se iba golpeando la frente contra el cristal. Por fin se quedó dormido.

Se volvió el hombre a mirar al niño. «Ya es un mozo». También con los ojos cerrados seguía pareciéndose a la abuela, a esa abuela que no conoció, que no conocería nunca, que nada supo de la existencia del chico y se fue al otro mundo ignorante de que dejaba en él a una criatura que tanto se le asemejaba.

Colgaba una mano del chico, menuda y sucia, sobre sus rodillas. «¡Si hasta en las manos se le parece!» Antes no había reparado. Las manos de la madre, alargadas y pulcras, porque fue de familia de huertanos hacendados y nunca tuvo que hacer trabajos groseros. Él mismo, de muerta, se las había cruzado sobre el pecho y eran finas y delicadas, como manos de niño. A la muerte de la madre vino la ruina de la familia. El padre, holgazán y manirroto, despilfarró la hacienda y vivió lo justo para dejarlos casi en la miseria. Luego cada hijo tiró por su lado. Los dos mayores se fueron a América. De la familia, que fue numerosa, sólo vivía él. «Bueno, y el chico». «Los palmeros», porque tejían palmas. Pero dejó el oficio y únicamente le quedaba el nombre. Antonio «el Palmero».

A una sacudida del autobús se despertó el chico.

—Has echado un buen sueño. No sé cómo puedes con este traqueteo.

Respondió el niño con una sonrisa. Dejaba ver sus dientes blanquísimos, un poco apiñados.

—¿Quieres ya el bocadillo?

Habían comprado en un bar, antes de partir, unos bocadillos de chorizo.

—Gracias, todavía no tengo gana.

—Pues yo sí.

Empezó el hombre a mordisquear el pan con avidez, y el chico, al verlo, sintió que a él también se le abría el apetito, pero no se atrevió a decirlo.

—El camino por aquí es feo.

Hablaba el padre con la boca llena y al masticar se le marcaban dos venas gruesas en la frente.

—Pero pasado el puerto es otra cosa.

El chico habría querido decirle que aquel camino feo le gustaba mucho, que la tierra, los trigales ralos que dejaban a la orilla del camino, los matojos quemados por el sol, le iban gustando más que las calles de la ciudad y que sentía prisa por pisar el monte con sus botas nuevas y trepar por los árboles y mezclarse a todo eso que era el planeta.

En Venturada se paró el coche a recoger a dos viajeras. Una joven de mejillas encendidas acompañada de una vieja de luto con pañuelo a la cabeza. El padre las saludó como a conocidas.

—¿Qué, de Madrid? —le preguntó la vieja.

—Sí.

—Ya me dijo la Andrea, ya.

Y la vieja miró al chico, que comprendió que aludía a él.

—Es muy majó.

—La que está muy guapa es la Engracia.

—La llevo a Aranda a que se coloque. Las jóvenes, ya se sabe, no aguantan el campo. De que levantan un palmo ya quieren correr mundo.

—Haces bien, di que sí —el padre se dirigía a la muchacha—. El monte está bueno para las cabras, y para uno que ya...

Siguieron de charla, pero al chico se le había quedado el pensamiento prendido en aquella frase del padre: «para uno que ya...» ¿Que ya qué? Lo miró de soslayo. Hablando con las conocidas se había animado un poco su

semblante, pero continuaba con algo serio, taciturno, que llevaba como pegado a su fisonomía, una mirada, un gesto de la boca, que descubrían claramente aquello tan obscuro: que el padre era un hombre *que ya...*

OceanofPDF.com

V

Al llegar a Buitrago se detuvo el autobús para que almorzaran los viajeros. Estaba el pueblo en fiestas. Entre el bullicio destacaban los colorines de los trajes de las muchachas. Iban ellos endomingados, y se veían más morenos, más requemados por el sol inclemente del campo, en contraste con las camisas blancas, relimpias. Se bailaba en la plaza. El chico, sin notarlo, iba marcando el compás del pasodoble.

—Anda, échate cinco pesetas a la tómbola.

Se abrió paso entre el gentío y compró los boletos.

—Tome usted.

—No hombre, si son para ti. A ver si has tenido suerte.

Los fue abriendo muy emocionado. «¡Mira que si me cae una *bici*!»

Pero no fue una bicicleta, sino un tubo de pasta para los dientes, lo que le tocó.

—Vamos a comer.

Entraron en una tasca. El comedor se mantenía en penumbra por el calor. Olía fuertemente a pescado frito.

—Vamos a esa mesa, debajo del ventilador.

Pidió el padre tortilla y sardinas y ambos comieron en silencio con buen apetito. La moza que les servía les ofreció arroz con leche.

—¿Quieres tú? Yo mejor tomo fruta.

—Yo también.

El chico prefería el dulce, pero le parecía bien comer igual que el padre.

—De aquí a Boceguillas ya no quedan sino cuarenta y cinco kilómetros.

—¿Ahí vamos?

—Al mismo Boceguillas no, a un pueblo que le dicen Arredondo, al pie de la sierra.

—¡Ah!

—No te creas que es un pueblo como éste, con tanto personal. Aquello es otra cosa.

—Ya.

Hizo una pausa el hombre, lió un cigarro y dijo luego, casi como si hablase consigo mismo:

—Yo casi lo prefiero. O vives en una capital como las personas, o mejor en mitad del monte.

Y sus ojos se habían fijado en la punta del cigarro encendido y así se estuvo unos instantes, absorto. El chico notó que en ese momento el hombre estaba solo.

—¡Hala, vamos ya!

Se acercó al mostrador, pagó y salieron.

El interior del autobús estaba caliente; la gutapercha de los asientos quemaba.

—¡Ya podían haberlo puesto a la sombra, me ca...!

—De que echemos a andar se refresca.

Fueron subiendo todos y reanudaron la marcha.

Recorrieron un gran trecho en silencio. A la altura de un pequeño arbolado habló el padre:

—Este campo de por aquí es muy bueno. Fíjate, fíjate el pan y el centeno... ¡Menuda!

El chico miraba, pero no distinguía las siembras.

—Un cachico así, como un pañuelo, de esta tierra, vale doble que media fanega ahí arriba.

—Diga usted que sí.

Había terciado en la conversación un viejo que ocupaba el asiento de junto al padre, al otro lado del pasillo.

—¡Y pensar que hace diez años se podía comprar toda esta loma por dos perras gordas!

—Para haber tenido los cuartos... —comentó el padre.

—Ya hubo quien los tuvo, ya. ¿Conoce usted al *Petardo*, que le dicen? El hijo de la Paula la del Molino.

—No.

—¡Si les tiene usted que conocer! ¿No es usted de Cerezo?

—No, señor.

—¡Ah, le tengo a usted confundido con otro! Perdone.

—No hay de qué. Ya sé quién dice. Un tal Lucas.

—Ése.

—Dicen que nos parecemos mucho.

—¿Le toca a usted algo?

—¡Quiá! Una casualidad.

—Lucas Ariño. Así, al pronto, me pareció... Pues, como le decía, el tal *Petardo* llegó aquí con una mano delante y otra detrás. Que lo digan los que le vieron llegar, como yo. Y en unos años: que aquí compro, que aquí vendo, que me traigo ganado de no sé dónde... *Forrao*, lo que se dice *forrao*. Y en pocos años. Que no es como en mis tiempos, que primero que se amasaba una fortuna se gastaba la vida de un hombre. Hoy, ¡quiá! Todo deprisa, deprisa, que para mañana es tarde.

Se dio el padre una palmada en el muslo como todo comentario.

Siguió el viejo:

—Le traté algo cuando vino al pueblo, que entonces buscaba el arrimo de los que éramos de aquí, pero de que le han pintado bien las cosas ya no me habla.

Rió el viejo con una risa carrasposa, y los ojillos vivaces y malignos se le llenaron de lágrimas.

—Eso tiene el llegar a mis años. ¡Lo que se aprende!

—Diga usted que sí —contestó el padre, sin prestar ya atención al viejo. Parecía que fuese una conversación que no le interesara, o que, por algo, le produjera disgusto.

—Yo soy de Requena —seguía el vecino, gustoso de la charla—, pero me tengo pateado todo esto no sé las veces. Trabajo el esparto.

—Ya.

—Digamos que trabajaba. Ahora casi todo lo lleva mi yerno. Tengo una hija casada en Burgos. A él tiene usted que conocerlo, «el Riojano», le dicen, hijo de los dueños de una alpargatería según vas de la calle Laín Calvo a...

—No conozco a nadie en Burgos. Voy poco.

—¡Ah, ya!

Miró el viejo de soslayo al hombre, como extrañado de que viviendo cerca de la capital, la frecuentase poco. A lo mejor lo decía para cortar la conversación. Había gente que no gustaba de la charla. «¡También hay

gustos!» «¡Cuánto mejor se hace un viaje de conversación que callado como un poste!» «Parece que se te acortan las horas». Probó por otro lado, a ver si lograba interesar a su vecino.

—¿El chavalico es suyo?

—Sí.

—Eso me pensaba, aunque no se le parece.

—Sale a mi madre, que en paz descanse.

El chico dio un respingo. «¿Ah, sí? Mira que raro».

—Yo sólo tengo una hembra. Y cinco nietecicos que caben bajo un canasto.

Una pausa.

—¿No tiene más que éste?

Por un momento el chico contuvo la respiración, espiando la respuesta del padre, pero el padre no contestó. Momentos después se echó la boina sobre los ojos y fingió dormir. Que era fingido el sueño lo notó el chico al momento.

«Eso es que no quiere hablar con el viejo». Y también él se hizo el dormido. A poco se durmió de veras. Hasta Castillejo, donde volvió a parar el autobús.

Se acercó un muchacho vendiendo refrescos. Compró el padre dos limonadas y le dio una al chico.

—En un cuarto de hora están ustedes en Boceguillas —dijo el vecino, reanudando la conversación.

—Sí —contestó el padre.

—Ya se nota otro fresco de que se pasa Somosierra.

—Sí.

Parecía que a medida que se acercaban al final del viaje el padre se fuese metiendo más en sí mismo. El vecino acabó por no intentar sacarle una palabra más del cuerpo.

—¿Baja alguno en Boceguillas? —preguntó el conductor.

—Sí, yo —respondió el padre. Y corrigió en seguida—: nosotros. En el cruce para Arredondo.

Paró el autobús al lado de una casucha, la única, en mitad del campo, sobre cuya puerta se leía un cartel desteñido: *Cantina*.

Apoyada contra el muro una sola persona, una mujer. Joven, morena, de cejas negras y espesas y ojos pequeños. «No es nada mío», se dijo el chico.

OceanofPDF.com

VI

—Éste es el chico.

La mujer lo miró y lo remiró de arriba abajo.

—Majo sí es.

—Vamos —ordenó el hombre.

Cogieron por un sendero a campo traviesa. Crujían las hierbas secas a su paso.

—Acostumbrado a los madriles, esto te va a parecer, lo que es: una m...

—dijo Andrea, volviéndose al muchacho.

Había cogido ella el bulto de la bata. Le pareció al chico como si aquella extraña llevara en brazos a su madre.

—Deje usted, yo lo llevo.

Anduvieron un rato en silencio.

—Echarás de menos la capital.

—No.

—¡Anda que no! Yo ya se lo dije a tu padre. Ese chaval no aguanta aquí ni una semana.

—¿Te callarás?

—¡Ya me callo, ya! ¡Jesús, qué genio traes!

Llegaron a un caserío miserable, de adobe, al pie de la sierra.

—¡Aquí tienes la Cibeles!

Y se rió la Andrea, señalando hacia un caño de agua al que acudían algunas mujeres con cántaros.

El grupo de vecinas se apiñó a comentar la llegada del chico, sin quitarle ojo. Al paso les saludaron. La más vieja gritó:

—¡Ya tiene usted un mozo, Palmero!

El padre no contestó y siguieron su camino. Cruzaron una plazuela, orillaron los dos escalones de la ermita y, en un recodo que formaba una cerca de piedra, se detuvieron. Olía a estiércol.

Empujó el padre una empalizada y entraron en el corral. Llegaba hasta ellos un murmullo extraño, como gorgoteo de agua o quejido de bestia. Al

acercarse a la casa dejó de oírse.

La última luz de la tarde ponía reflejos rojizos sobre la fachada de adobe. Era una casucha miserable, de puerta angosta y una sola ventana.

Al lado del umbral vio el chico un cochecillo de niño, muy viejo, dentro del cual manoteaba una criatura.

—Tu hermana —dijo la mujer. Pero lo dijo de un modo raro, irritado, con saña.

Se acercó el chico. Era una niña muy mayor para estar en aquel coche. Podría tener como cinco o seis años.

Marido y mujer entraron en la casa y el chico se detuvo a mirar a la niña.

—¿Cómo te llamas?

La niña, con la cabeza medio caída sobre el pecho, no parecía oírle.

—Oye, ¿que cómo te llamas?

Asomó Andrea la cabeza por el hueco del ventanuco.

—Oiga usted, ¿por qué no me contesta?

—¡Vamos, tú! ¿Pero no ves que es idiota?

Una sensación extraña, dolorosísima, le turbó los sentidos. Era como frío por dentro, como miedo. Se acercó más al coche. Entonces la niña lo miró, con una mirada vaga, y sonrió. Al sonreír babeaba.

Notaba el chico que le temblaban las piernas, que se le pegaba al cuerpo la camisa empapada en sudor frío.

—¡Hala, entra ya! —gritó la mujer.

El chico se detuvo aún un instante, la mirada fija en la hermana, y, antes de entrar, sacó del bolsillo el tubo de pasta de dientes que le había tocado en la tómbola y se lo dio a la niña.

OceanofPDF.com

VII

El chico se rebulló en el catre que le habían puesto en la cocina y tardó unos segundos en recordar que dormía en sitio nuevo. De un brinco se puso en pie y, descalzo y en calzoncillos como estaba, salió al corral. En el silencio inmenso de la amanecida se oía el canto seco de las cigarras. Detrás de las lomas comenzaba a clarear el resplandor del sol.

No tardó en unírsele el padre, ya vestido, con el pelo canoso chorreándole agua.

—Te vas a quedar frío así. Anda, ven a lavarte.

Y lo llevó a una pila detrás de la casa. El agua se sacaba de un pozo.

—No se te ocurra beber. No es potable.

Al entrar de nuevo en la casa encontraron a Andrea que calentaba leche en la cocina. Iba desgredada y en bata, chancleteando con las alpargatas por las que le asomaban los dedos.

—Buenos días.

—¡Buenos días, hombre! ¿Qué, se ha descansado?

—Sí, señora.

—¡No me digas señora! Andrea me llamo.

Llenó dos tazones de leche y los puso sobre la mesa. El hombre sacó pan de una alacena.

—Hala, vamos a desayunar. Siéntate aquí.

Padre e hijo se sentaron frente a frente. El chico, aunque no tenía costumbre de ello, echó migas en la leche como vio que hacía el padre.

En un rincón, cerca de la lumbre, habían puesto a la niña sobre una estera. Se arrodilló la mujer a darle el desayuno. Le daba el pan y la leche a cucharadas y cuando la criatura se negaba a abrir la boca le tapaba la nariz con dos dedos. Medio desayuno se lo derramó por encima del trapo que usaba a modo de servilleta.

Andrea se bebió su tazón de pie, apoyada en el quicio de la puerta.

—Ahora vendrás conmigo a llevar las cabras —dijo el padre.

—¿Qué cabras?

—¿No las has visto? Según se entra, en el corralejo de aquí orilla.

—¡Ah!

Terció la mujer.

—¿No se lo habías dicho, verdad? —Se volvió al chico—. ¿No sabías que venías de cabrero? Tu padre te ha traído engañado.

—Él ha venido porque le ha dado la gana, ¿te enteras? Y me parece a mí que lo que es bueno para el padre tiene que serlo para el hijo. ¿O no?

—¡Esto no es bueno para nadie!

—No hagas caso. Oyendo a la Andrea no parece sino que aquí nos morimos de asco. Cabrero, sí, ¿y qué? ¿Qué tiene de malo? No soy criado de nadie. Las cabras son mías. Y esta casa, y este cacho de tierra también son míos.

¿También la tierra? Al chico se le llenó la cara de luz. El planeta tendría miles y miles de kilómetros; pero había un pedazo que era de su padre. Miró al hombre con admiración, casi con arrobó.

—¿Y el pozo también, padre?

—También.

La tierra y el agua. ¿Qué más podía quererse? La Andrea no sabía lo que decía. Las mujeres, ya se sabe, no entienden. O estaría de broma.

Fueron al corral y el chico vio el pequeño rebaño. Seis cabras negruzcas y dos cabritillos.

—Toma —y el padre le alargó una varita de fresno—. Vamos.

Cogieron un sendero estrecho, monte arriba. Miraba el hombre a las nubes.

—A la tarde lloverá. Pero ahora el calor va a apretar de firme.

¡Cómo le gustaba al chico que su padre supiese cuándo iba a llover y cuándo haría calor! En las ciudades no se saben estas cosas.

Seguía el chico al hombre, que de vez en cuando se paraba a esperarle.

—Ya te irás haciendo, ya, a andar por estos caminos.

—Sí, padre.

—Si vas a ver, es más fácil que andar por Madrid con tanto automóvil y tanto jaleo.

—Sí, padre.

Llegaron a un altozano desde el que se divisaba un pequeño valle y, a lo lejos, otro pueblo. Fueron a sentarse en unas rocas salientes que ofrecían mediano acomodo. Mucho rato se estuvo el hombre callado, puliendo a punta de navaja una rama de alcornoque. De pronto dijo:

—No hagas caso a la Andrea. Anda amargada por eso de la niña.

—¿Qué le ha pasado para estar así?

—Es de nacimiento.

—¿Y no se curará?

—¡Quiá!

Volvió el hombre a su silencio. La mirada perdida en el horizonte, la boca apretada, el labio inferior y el mentón un poco salientes. De vez en cuando tiraba una piedra en el fondo de la hondonada.

—El *Galán*, de que tiraba una piedra, corría a por ella.

—¿Quién?

—Un perrejo que tuve.

—¿Ya no lo tiene?

—No.

—¿Qué le pasó?

—Se ahogó.

Después de un silencio:

—Era más vivo que una zorra.

—¿Y cómo se ahogó?

—En la charca. Detrás de casa. Para mí que me lo ahogó un hijo de... Porque era muy listo para haberse caído solo al agua. Y que los animales tienen mucho instinto.

—¿Por qué le ahogarían?

—Vete tú a saber. Por mala sangre. Hay mucha gente mala. Di tú que no sé quién fue, que si llego a saberlo...

Se calló el hombre de nuevo. El chico se quedó pensando en el perro. ¿Cómo sería? Se lo figuraba negro, lanudo, revoltoso. «Yo lo llamaría ¡Galán, Galán!, y él vendría corriendo».

—Oiga, padre, ¿por qué hay gente mala?

No contestó el hombre. Se le quedó mirando y sonrió. Fue la primera vez que le vio sonreír. Y la única.

Cuando regresaron, Andrea les esperaba a la puerta de la casa, junto al cochecito de la niña. Cogió un cántaro que había en el poyete de la entrada y se lo alargó al chico.

—Anda, ves a por agua.

El padre le indicó el camino.

En la fuente encontró a varias vecinas. Tal vez las mismas que vieran el día anterior, a su llegada. Una le habló.

—¡Pronto te pone a trabajar la madrastra! —Y volviéndose a las otras —: Es el chico del Palmero.

El cántaro lleno pesaba mucho.

—Así no lo puedes llevar, hijo. Apóyalo en la cadera.

—¡Cómo se ve que no tienes costumbre!

Entre unas y otras le enseñaron cómo había de cargar el cántaro. Les dio las gracias y cogió el camino de regreso. Dejó a sus espaldas el murmullo de voces de las mujeres.

Antes de llegar a la casa oyó el llanto de la niña. Era un llanto normal, como el de todos los niños, y le dio alegría de que fuese así.

Se acercó al coche.

—¿Qué le pasa?

Andrea se encogió de hombros al tiempo que recibía el cántaro.

—Vete tú a saber.

Salió el padre de la casa.

—La has pegado.

Andrea no respondió.

—¿La has pegado, di? —insistió el hombre, colérico.

—Bueno, sí, ¿qué? ¿No es mi hija? ¿Y sabes lo que te digo? Que el mismo médico lo dijo, que a estas criaturas hay que darlas algunos azotes para enseñarlas. Que son, mal comparado, como los animales. Y si soy yo la que carga con ella justo es que la enseñe, ¿no? Que si fueses tú el que la tuviese que limpiar la...

Dejó el cántaro en el suelo y lió a la niña en un trapo. Al volverla vio el chico que tenía marcados en la nalga los cinco dedos de la madre.

—¡Ni sé para qué la cambio la enagua!

VIII

Tres semanas llevaba el chico en el campo y ya le parecía como si aquello hubiera sido su vida de siempre. Aprendió a ordeñar las cabras, a despachar a las mujeres que venían a buscar leche, a llevar el rebaño a pastar por atajos y vericuetos que le enseñara el padre.

Con la proximidad del otoño los días se iban haciendo más cortos y refrescaba a la noche.

—¡Ya verás el invierno, ya vas a ver! —le decía la madrastra como una amenaza—. Aquí te quedas tieso de frío y toda la leña es poca.

—A sus años no se nota el frío.

—¡Anda que no! ¿Pues qué años tenía el pastorcico que se murió en la Punta de Aires el año pasado con las nevadas?

—¡Cállate ya!

También las vecinas le hablaban del invierno como de un azote temible en aquellos montes. Siempre que lo encontraban en la fuente trataban de meterse en conversación.

—Tú no las contestes —le aconsejaba Andrea—. Esas lo que quieren es sonsacarte de nuestras vidas, pero con callarte, mejor.

También al chico le molestaba el fisgoneo de las mujeres, que le acosaban a preguntas.

—¿Estás a gusto? ¿Qué trato te da la Andrea?

—¡Ésa tiene la mano muy larga!

El chico procuraba no contestar a nada; pero las vecinas seguían hablando de él y de los suyos como si no estuviera presente.

—El tonto ha sido él de venirse a pasar miserias aquí, estando allá tan ricamente, que creo que le tenía recogido una viuda y no le faltaba de nada.

—Como que tú te crees que el padre no lo ha traído a la fuerza...

—A la que la ha hecho el apaño ha sido a la Andrea. Va a cargar al crío con todo el trajín. Si no, ya lo veréis.

—Bastante cruz tiene con lo de la tonta.

—¡Mucho que se ocupa de ella! Que tiene a la pobre criatura siempre hecha una guarra.

—Como se lo hace todo encima...

—¡Quiá! Si la tiene enseñada y lo pide, la inocente. Lo que pasa es que a veces la Andrea ni se entera y si ve que se lo ha hecho la pega a cegar.

—Pues será cuando no la vea el Palmero, porque él la tiene prohibido que la pegue.

—¡Pobre hija! ¡Mejor se la llevara Dios!

—Dicen que a la Andrea la ha dado por el vino. ¿Verdad, tú? —se volvió una al chico—. ¿Verdad tú que la ha dado por el vino?

—Yo que sé.

Pero sí que lo había notado. Cuando, a la tarde, se iba el padre solo sin decir a dónde, se echaba ella la siesta. «Estate al cuidado de la niña», le decía al chico. Y luego, al cabo de una hora o dos, se levantaba con los ojos enrojecidos y el habla pegajosa.

... ..

—¿Viste al Lucas?

—¿A quién?

—Uno de ahí abajo, de Fresno. Ayer le vi de subir.

—Me pensé que pasaría por tu casa.

Siguieron las mujeres hablando. ¿Dónde había oído el chico, antes, nombrar a un tal Lucas?

... ..

—¿Conoces la ermita?

—Por dentro no.

—Pues tendrías que verla, que *la Ratona* la tiene muy curiosa.

Ya sabía el chico quién era la Ratona. La única señorita del pueblo, «ni soltera ni casada ni viuda», según decir de las gentes, pues en su mocedad, ya lejana, casó con un escribano que se había hecho cargo de la partición de su herencia y que el mismo día de la boda la plantó «dejándola tal y como la encontró», sin que se hubiera vuelto a saber de él ni de los cuartos y

alhajas que se llevó consigo. Era fea, cincuentona corrida, menuda de cuerpo y muy relimpia, como correspondía a su rango. Mantenía con los del lugar un trato lejano y señoril.

—La Ratona es la camarera de la Virgen.

No se decía Misa en la ermita sino para la Ascensión, pero todo el año la señorita de Leiva —conservaba su apellido de soltera pese al efímero vínculo matrimonial— por mal nombre la Ratona, se cuidaba del minúsculo templo con algo de sacerdotisa pagana. A falta de los acostumbrados festejos de iglesia había ido inventando una liturgia particular suya, a cuyos rigores era de una fidelidad maniática. Honraba los aniversarios de su parentela conforme a un método riguroso. Como la tal parentela sólo se componía de difuntos, era al cuadro de las Ánimas al que dedicaba toda su atención y, por turno, les hacía ofrendas de flores o de ramazones secas, según las posibilidades de la estación. Hasta llegó a identificar con sus muertos los rostros casi monstruosos del cuadro que representaba el Purgatorio. Hincada de rodillas ante el pariente de turno enhebraba rosario tras rosario, indefinidamente.

Así la encontró el chico la tarde que se decidió a entrar en la ermita. Y se estuvo muy quedo observando el enorme cuadro, obra de un pintor siniestro de principios del XIX, al que no le quedó sitio en el lienzo para completar su particular concepción del Paraíso, del cual sólo se veían unas nubes azuladas por las que asomaban, a montón, los pies de los justos.

—Estos son los Apóstoles —le explicó la Ratona al chico, refiriéndose a un manojo de pies deformes, de los que no se veía arriba del calcañar—. Y éste —señalando a unas plantas enormes, aisladas— es el Señor.

Donde echó el resto de su inspiración el artista fue en lo referente al Purgatorio. Allí se veía a las ánimas (que, contra lo que creía el chico, no eran almas, sino cuerpos) en actitud orante, con la mirada en celestial arrobó, fija en los pies de los justos y sumergidos hasta la cintura en un baño de llamas de color naranja, más benignas, sin duda, que las otras llamas, cárdenas o amoratadas, que achicharraban a los condenados hasta el cogote. Éstos, en lugar de hacer oración, se retorcían y gesticulaban.

—Ves tú —dijo la Ratona al chico, señalando con un dedo a los impíos—, éste es el fin de los que pierden la pureza.

—¿La qué?

La Ratona le clavó una mirada de hiena, como si la hubiese ofendido.

—¡Bien se ve de dónde vienes! ¡No sabes ni qué cosa es la pureza!

Y le volvió la espalda sin contestarle.

Pero el chico se quedó pensando que sí que sabía lo qué era la pureza. Era todo eso que se dice sin comprenderlo: «Turrís davídica, spéculum justicie», cosas de las que sólo se entiende un poco. Eso era la pureza. No cosas cosas, como una mesa o un pan, sino cosas como de aire, que no se tocan.

Cuando un día, al morir su madre, oyó a aquellas mujeres de la vecindad que le estaban rezando, que una decía aquella retahíla mágica: «Domus aurea, federis arca», y las otras respondían como tontas: «ora pro nobis», tuvo noción de que, en hora tan solemne se había asomado a un mundo al que era necesario reverenciar, un mundo tal vez relacionado con la muerte, con «el más allá», con eso que se encontraba detrás de una puerta donde acababa todo lo conocido y daba comienzo «eso tú no lo entiendes». ¡Y la Ratona se había creído que él no sabía lo qué era la pureza! Por eso, cuando la tuvo de espaldas, le sacó la lengua y dijo para sí: «Stella matutina».

Porque él las sabía todas (letanías se llamaban), ya que doña Reme, viendo su capricho, había arrancado de un libro viejo la hojilla donde venían y se la dio.

Largo rato anduvo la vejancona revolviendo en la cómoda de la diminuta sacristía y el chico se sentó en el único banco y se estuvo mirando a la imagen de la Virgen, colocada en una esquina, con menos agasajo que el cuadro de las ánimas.

Era una Virgen pequeñita, con el niño en brazos. Lo que más le gustó al chico fue que tanto la Madre como el Hijo iban vestidos de verdad, con enaguas y todo, cuya puntilla les asomaba bajo el manto descolorido.

Entró una vecina en busca de la Ratona, para pedirle por favor una pastilla de aspirina para el marido, que había caído enfermo. Porque la Ratona, a falta de médico en el lugar, recetaba y suministraba algún que otro medicamento en caso de urgencia.

Al ver la mujer al chico en contemplación de la imagen, le habló:

—¿Te gusta la Virgen?

—Sí —contestó el chico, no muy convencido, porque el rostro de la Virgen, cetrino y cejijunto, era de una fealdad manifiesta.

—Guapa no es, pero, si vas a ver, las imágenes, contra más feas, más milagrosas.

Y lo dejó pensando en ese extraño axioma que le dio que meditar. ¿Estaría en la fealdad escondido el secreto de la pureza?

OceanofPDF.com

IX

Un día anunció el padre que tenía que ir a Burgos, para un papeleo referente a su pedazo de tierra.

Se hablaba en el lugar de que iban a expropiar algunos de aquellos campos para «la Forestal».

—¿La tierra, padre? ¿Le van a quitar la tierra?

El hombre apoyó su mano, pesada, en la espalda del chico.

—No pases cuidado. No me la voy a dejar quitar.

¡Qué bueno! ¡Qué bueno un padre que dice: no pases cuidado! Estaba segura la tierra. Tuvo la certidumbre de que estaba segura. Un padre es algo que no se deja quitar la tierra.

Apretaba ya el frío y toda aquella semana amenazó tormenta, pero ese día, a la tarde, salió el sol.

—Deberías sacar a la niña un poco, a que la dé el aire. También siempre aquí metida...

—¡Qué más la dará!

—El médico dijo que la convenía. ¿Para qué se la compró el coche, dime tú? Pues para eso, porque el médico dijo que era conveniente que se la sacase a pasear.

—¡Los médicos! Estás tú bueno con los médicos. Dicen por decir. Y porque parece que les gusta que te gastes los cuartos. Además, ya ves, ahora no puedo.

Porque Andrea, hincada de rodillas, estaba fregando los suelos y había removido todos los trastos para hacer limpieza. Que buena falta le hacía a la casucha, que más parecía pocilga de cerdo que habitación de personas, y hasta olía a suciedad.

—Que la saque ése.

Y señaló al chico.

Empujando el cochecillo llegó el chico hasta lo alto de una loma, tomando por el mejor camino, que era bien malo. Pero parecía que los

saltos que le hacían dar los alterones del suelo divertían a la boba, que entre risas y chillidos daba muestras de regocijo.

Paraba a trechos el chico para limpiarle las babas, que le tenían sollamada la barbilla. A veces, cuando se encontraba a solas con ella, se empeñaba en hablarle y en llamarle la atención. Le parecía que con mucho empeño podría sacarla de aquel estado tan miserable.

—¡Niña, niña! ¡Mira, mira qué perro!

Un perrejo canijo se les había emparejado, como sí fuera suyo. Cuando ladraba atraía la atención de la bobita, que alargaba la mano para tocarlo.

—¡Galán, Galán! —se le ocurrió llamar al chico.

—¡An, An! —gritaba la niña.

«Cuando vuelva le diré al padre que la niña ha aprendido a decir Galán».

Tiró una piedra a la hondonada y el perro corrió a traerla.

La niña, de bruces en el borde del coche, seguía los correteos del animal.

Corría el perro, brincaba el chico buscando piedras y la niña gritaba: «¡An, An!», poniéndose casi en pie.

Las nubes se habían disipado del todo y el sol era templado y pegadizo, como si hubiese vuelto el estío. Pero la luna ya asomaba tras una loma su redondel opaco.

—¡La luna y el sol juntos! ¡Mira, niña, mira! ¡Mira, Galán! ¡El sol y la luna juntos!

Y fue el chico y se acercó a la hermana, que no cesaba de agitarse de puro gozo, y abrazándola, le acercó la boca al oído y le dijo: «Turrís davídica». Y por si aún fuera poco, añadió: Copérnico.

... ..

De vuelta a la casa oyó las voces del padre y Andrea discutiendo.

—No quiero en mi casa un retrato de esa mujerona.

—El chico tiene derecho a guardar el retrato de su madre.

—¡Buena madre para ponerla en un cuadro!

—¿Te callas?

—¡No me da la gana de callarme! ¿Me estás oyendo? ¡No me da la gana! Ya ves que he consentido con que traigas al chaval, pero de la p... esa no quiero ni la estampa. ¿Te has enterado?

—¡Dame ese retrato!

—¿Lo quieres para ti? ¡La tía zorra!

—Repara en que está muerta.

—¡Bien muerta!

—Me lo das a buenas o...

—¡Buena hembra te buscaste! Negra como un tizón y más fea que...

—Buena hembra para echar al mundo un hombre y no...

—¿Me vas a mentar a la hija? ¿Me vas a decir que sólo te he servido para darte una hija idiota? ¡Dilo, anda, dilo! Si la hija ha salido como ha salido, la culpa es de tu casta, de tu casta podrida de borrachos. Que tu padre era un borracho, que yo lo sé, que los hermanos de tu padre eran unos borrachos. ¿Que no?

Llegó el chico empujando el cochecillo de la niña.

Andrea, jadeante, se acercó a la niña y la sacó del coche, apretujándola en un abrazo.

—Dale las gracias a tu padre, anda, dale las gracias por haberte traído al mundo.

Se entró en la alcoba con la niña y allí se estuvo sin chistar.

Padre e hijo, en silencio, se sentaron a la puerta de la casa.

Entraron ya anochecido.

—Acércame un poco de agua para lavarme los pies.

Los pies del padre, grandes, callosos, tan de hombre, en la palangana. Recordó el cuadro de la ermita. «Los pies del Señor». La espuma del jabón formaba como nubes. Los pies del Señor eran más grandes que los de los Apóstoles, más recios. Porque el Señor era más que los Apóstoles y que todos los santos, alguien tan superior que no podía llamársele de tú, ni siquiera de usted, sino de vos. «Vos, Señor».

X

A la mañana fue sólo con las cabras y sólo atendió a todo el quehacer porque el padre se había ido a la ciudad.

—Igual no vengo hasta dentro de un par de días...

Por eso, al regresar, le chocó al chico ver de lejos la figura del hombre, apoyada en el quicio de la puerta. Pero al acercarse notó que no era él. Se le parecía en el porte, hasta en la manera de apoyar la espalda en el muro, muy derecho, con la cabeza alta. Pero no era el padre. Andrea hablaba con aquel desconocido.

—Acércate, chaval.

Se acercó el chico y saludó desabridamente.

—De que encierres las cabras, ves a por agua —ordenó la mujer.

Así lo hizo el chico y cuando regresó con el cántaro lleno, todavía estaba el hombre. Ahora tenía en la mano un vaso de vino. Lo vació de un trago y se despidió.

—Adiós, Lucas —le dijo Andrea.

Y cuando dejó de verse al forastero, a la vuelta del camino, entró la mujer en la casa.

—Ahí tienes la comida —le dijo al chico, señalándole una olla en el fogón—. Yo no voy a catarlo.

Se metió la mujer en su cuarto y dio un portazo.

Se quedó el chico desazonado. Aquel extraño se parecía al padre. Diríanse hermanos. Pero había algo que hacía desaparecer toda semejanza. Lucas hablaba sonriendo, con un pliegue profundo a los lados de la boca, y el padre jamás sonreía.

Cenó y fregó su plato y su cubierto, como le tenía enseñado Andrea. Pasado un rato la niña se puso a llorar. ¿Sería de hambre? ¿Le habría dado de comer la madre?

Se atrevió a tocar a la puerta.

—Oiga, oiga usted...

—¡Entra!

Estaba Andrea echada en la cama, arrebujada en una manta.

—¿Qué pasa?

—Que digo que si habrá comido la niña, porque no para de llorar.

Se incorporó la mujer en la cama y vio el chico que se había quitado el vestido y llevaba sólo una enagua o camisa que le dejaba media pechuga al aire. Los ojos los tenía vidriosos y el habla torpe. «Está borracha».

—¿Qué si ha comido quién?

—La niña.

Apartó Andrea la manta y se vieron sus muslos morenos y las rodillas recias y ennegrecidas. El chico hizo ademán de retroceder.

—Te asustas, ¿verdad, rico?

Y lo agarró por la muñeca y tiró de él.

—¡Un hombre! ¿No dice tu padre que eres un hombre?

Sentía el chico, cerca, el olor de la mujer, a sudor y a brillantina.

—A tu edad... a tu edad... —se le trababa la lengua—. A tu edad los hombres corren detrás de las mozas.

Se puso en pie, perdió el equilibrio y fue a caer de bruces en la cama.

Volvió el chico a la cocina y vio que la niña, cansada de llorar, se había quedado dormida.

Salió a la puerta del corral. La tarde era oscura y ventosa. Al otro lado del camino estaba parado el perrejo que lo había acompañado con la niña.

—¡Galán, Galán! —llamó.

Pero el perro no acudió a su llamada.

... ..

A la mañana siguiente, temprano, sacó las cabras y echó a andar monte arriba. Los nubarrones de poniente presagiaban tormenta.

Cuando empezó a llover se refugió bajo el saliente de una roca, como el padre le tenía enseñado. «Aprovecharé un claro para bajar».

Casi toda la mañana estuvo lloviendo y el chico, aterido de frío por la quietud, se acordó de que el padre le había dicho que, en invierno, tendrían que encender hogueras para calentarse. «Cuando él venga».

Hacia mediodía escampó y emprendió el regreso. La tormenta de aire había desgajado algunas ramas. Las fue recogiendo. En el último tramo del camino corrió hacia la casa. Nada más llegar notó que salía humo por el ventanuco.

Entró presuroso. Se había prendido fuego a la estera, junto al fogón, donde estaba la hermana. La tomó en brazos.

—¡Andrea, Andrea! —gritó.

Las llamas habían prendido en las ropas de la niña. No había agua por allí.

Empujó con el pie la puerta de la alcoba.

—¡Andrea!

Andrea no estaba. Vio el cuarto revuelto, como desvalijado. En su angustia y su prisa, no vio el chico señales de que la mujer se había llevado todo lo suyo. Para no volver.

Corrió hacia fuera, buscando la charca de detrás de la casa. El viento avivó las llamas. Ya alcanzaba a las ropas del chico. Le pasaba por la mente, como pesadilla, el infierno aquel del cuadro de la ermita y los rostros gesticulantes de los condenados: todo era calor, y horror y dolor inmenso.

Empezaban a prenderse los cabellos de la niña cuando se zambulleron en la charca.

Un chasquido al apagarse el fuego al contacto del agua estancada. Y sabor a barro en los labios.

Quiso mover los pies, pero se le enredaban en las ramas y el barro. Gritó y se le llenó la boca de agua nauseabunda. Pudo escupirla y salir a flote, siempre con la niña en brazos, exánime. ¡Qué olor a podrido le llenaba los sentidos! ¡Si ganara la orilla! Pero no podía más. Cerró los ojos, cegados de barro y lágrimas. Volvió a hundirse y volvió de nuevo a la superficie, ayudándose con un solo brazo.

Entonces gritó y vio que una persona se acercaba corriendo. Era el padre.

El hombre se descalzó presuroso para tirarse al agua a salvar a los hijos. El chico alcanzó a verle los pies, grandes, recios, enormes. Y le entró gozo, le volvió el gozo limpio de toda su vida. El agua de la charca se había hecho

translúcida. ¿No estaba en el laberinto de los espejos? Ya no olía a podrido. Ya estaban ahí los pies del padre, al alcance de sus ojos. Fue lo último que vio antes de morir. Lo primero que vio, después de morir.

OceanofPDF.com

ECLIPSE DE TIERRA

OceanofPDF.com

I

Algunos decían que el pequeño Andrés soñaba despierto, pero no era verdad, puesto que nunca estuvo realmente despierto. Andaba como arrobado, en un duermevela cruzado de presentimientos y de vagos anhelos imprecisos. Iba como envuelto en nubes vaporosas, entre cuyos pliegues se producían sus prodigiosos encuentros.

En el ámbito particular de su mundo conoció a Livia Aivil, cuyo nombre y apellido, por dondequiera que se leyese, era igual, porque Livia Aivil era infinita y su fin era su principio, para volver a ser su fin y otra vez su principio y de nuevo su principio y su fin. La encontró y la perdió, como si hubiese huido para dar paso a la sílfide Carlota Pelín, pequeñita y redonda como un queso.

—Las sílfides no son pequeñas y gordas como Carlota Pelín —le decían.

—No importa —contestaba el pequeño Andrés—. Ella es una sílfide, una sílfide redondita y blanca como un queso.

Andrés era el último de la clase, pero al fin del trimestre hizo unos exámenes brillantísimos y ganó las mejores notas. Era un misterio. Era otro misterio. Todo, en torno al pequeño Andrés, era raro y prodigioso.

—Hace trampa —le delató Francisco—. Hace trampa porque tiene tratos con Santa Margarita María de Alacoque. Ella le hace cuántos milagros quiere. Yo lo he visto.

La acusación era muy grave, y pronto se unieron a Francisco otros muchos y fueron a ver al rector del colegio para acusar al pequeño Andrés de inteligencia secreta con la Divinidad.

El rector se negó a tomar en consideración la protesta. Estaba harto de reclamaciones. Ya tenía bastante con las constantes quejas de las madres de los alumnos sobre si había poca calefacción, o sobre esto y lo otro; pero que encima se viniese a acusar a un chico de valerse de milagros para aprobar el curso...

—Vivimos en un mundo demasiado materialista y corrompido para que sucedan esas cosas.

—El mundo estará corrompido —arguyó aún Francisco—; pero lo que digo del pequeño Andrés es cierto. Yo lo he visto.

—¿Qué es lo que has visto?

—Que hablaba, en la capilla, con Santa Margarita María de Alacoque.

—Y bien, ¿qué? ¿De qué hablaban?

—Se lo puede usted suponer, señor rector.

—¡Yo no me supongo nada!

—Le estaba pidiendo que le dijese las lecciones que le iban a preguntar. De otra manera no se comprende cómo el pequeño Andrés, que jamás estudia nada de nada, contestase a todo sin equivocarse una sola vez.

—Bueno, ¿y qué queréis? ¿Que lo mande a la cárcel? ¿Que mande a la cárcel a Santa Margarita María de Alacoque?

La comisión de estudiantes no había pensado en esta última posibilidad, pero, al oírla de boca del rector, la encontró muy aprovechable.

—Exigimos —dijo entonces Francisco, expresando el sentir de todos— que se expulse de la escuela a Santa Margarita María de Alacoque. Así comprenderá que no tiene por qué mezclarse en nuestras cosas.

Entonces el rector dio un formidable puñetazo en la mesa y voló por los aires una gran pila de papeletas de examen, que ningún alumno, enojados como estaban, se agachó a recoger.

—¡Muy bonito! Y otro día me exigiréis que quite de la capilla a San Luis Gonzaga y...

—¡No! —interrumpió Francisco—. San Luis Gonzaga es inocente.

—¡Basta! —rugió el rector—. ¡El que quiera aprobar, que estudie!

—No se trata de estudiar, sino de que ha habido «tongo».

—¿Sabéis lo que estáis diciendo? ¿Os atrevéis a acusar de haber hecho «tongo» a Santa Margarita María de Alacoque?

Se abrió la puerta y entró alguien. Alguien que no estaba tan airado como los allí presentes, sino con semblante apacible y manso.

—¿Se puede pasar, señor rector?

—¡No sé para qué lo preguntas, si ya estás dentro!

—Perdón, señor rector —dijo el pequeño Andrés, sin dejar su tono en do sostenido—. Llamé a la puerta y nadie me contestó.

—Bien, ¿qué quieres?

—Sé que han venido a delatarme mis compañeros.

Se armó un pequeño alboroto. Francisco, Juan y Jorge hablaron a un tiempo. Repitieron la acusación con ardor. Andrés escuchó atento, sin tratar de interrumpirles. Cuando hubieron concluido, avanzó unos pasos y se puso delante de la mesa del rector.

—Es cierto —dijo en tono mesurado—. Santa Margarita María de Alacoque me dijo una por una todas las lecciones que iban a preguntarme.

Durante unos instantes el griterío fue tal que no pudo entenderse una sola palabra. El rector trataba de poner orden sin conseguirlo. Por fin logró hacerse oír, hablando casi a alaridos.

—¡Fuera todos! ¡Fuera todos, menos Andrés!

Cuando se quedó a solas con el acusado se encaró con él.

—¿Sostienes lo que has dicho?

—Sí, señor rector.

—¿Te imaginas que voy a creerte?

—No lo sé, señor.

Hubo una pausa.

—Escucha —dijo entonces el rector—. Suponiendo que fuese cierto. Vamos..., suponiendo que tú te imaginaras haber oído lo que cuentas sobre las lecciones, ¿no comprendes que es una estupidez declararlo tan tontamente? ¿No te das cuenta de que con eso les das la razón a esos insensatos?

—Sí; comprendo lo que quiere decir, señor rector. Seguramente soy un idiota; pero no soy un mentiroso.

OceanofPDF.com

II

El cartero que iba al colegio no era propiamente un cartero. Se le seguía dando ese nombre por la fuerza de la costumbre, pero, en realidad, era una niña la que hacía ese servicio, porque su padre, el verdadero titular del cargo, de tanto ir y venir, subir y bajar, se había quedado inútil de las piernas. La cosa se habría arreglado buscando un sustituto, lo que hubiese sido una solución para todos, menos para el propio enfermo y para Regina, su hija, que con la sola pensión del retiro se habrían encontrado casi en la miseria. En cambio así, con las propinas que conseguía la chica cuando llevaba algún paquete, podían vivir decentemente.

El correo de la escuela solía ser muy numeroso. Andrés era el que recibía menos cartas. Era huérfano y se escribía sólo con su tío, padrino y tutor, Alejo Vidal, «el disoluto Vidal». Andrés lo llamaba así cuando pensaba en él, porque en cierta ocasión oyó que un grupo de señoras, en día de visita y creyendo que el sobrino no las escuchaba, dijeron la afrentosa frase, refiriéndose a su padrino. Encontró gracioso el apelativo. Le gustaba. Al pequeño Andrés le hacían gracia estas cosas.

Regina repartió en el patio la correspondencia y se dirigió a la verja de salida. Andrés, que no había tenido carta, salió con ella. Era jueves por la tarde y le estaba permitido bajar a la playa.

—¿Qué llevas en ese cesto, Regina?

—Llevo unas granadas.

—Nunca he comido granadas. Dame una.

—¡Ni lo sueñes! Son para mi padre. Me las ha dado una señora.

—En el camino te comerás una tú y no te importará quitársela a tu padre, y en cambio no quieres darme a mí.

—No me comeré ninguna —protestó la niña—; pero aunque lo hiciese, para eso soy la hija de mi padre y tengo derecho.

—Pero no harás una obra de caridad, sino una cosa egoísta. Si me la dieras a mí recibirías ciento por uno.

—¡Sí, sí... ciento! —la chiquilla rió haciendo mucho ruido, como hace la gente del pueblo—. ¿Quieres decir que si te doy a ti una granada voy luego a llevarle ciento a mi padre?

—Sí, eso.

Andrés entornaba los ojos para mirar a la chica, que seguía riendo.

—¿Qué me miras?

—Me estaba figurando cómo serás cuando seas viejecita. Los ojos te seguirán brillando como dos canicas, pero habrás pasado ya casi todo.

—¿Casi todo qué?

—Toda la vida.

Regina se puso seria. Había dicho Andrés la palabra «vida» con un tono de voz que la dejó como azorada.

—¿Cuántos años tienes ahora, Regina?

—Voy para once.

—¡No digas «voy»! Es una manera de hablar de paletos. Además, no sabes si vas o no vas. Puedes caerte muerta ahora mismo. Yo tengo doce.

Regina miró fijamente a Andrés. Recordó haberlo visto siempre así: serio, plantado, muy tieso, con las piernas abiertas y las manos en los bolsillos. Estaba igual que cuando, de muy niño, lo llevaron al colegio por primera vez, y ella entraba en el parque a perseguir a las palomas. Y como entonces también, le caía un mechón de cabellos oscuros en mitad de la frente. «Quítate ese mechón, que te pones bizco», le decía ella. Se lo repitió otra vez aquella tarde. Había crecido el chico en los últimos años. No había razón para seguir llamándole «el pequeño Andrés».

—Déjame al menos tocar una granada.

Cogió Andrés la fruta y la acarició con cuidado, como si acariciase la mejilla de un niño dormido. Luego la volvió a dejar en el cestillo.

—¿Sabes una cosa, Regina? Ayer me he encontrado con Livia Aivil.

—¿Quién es? No la conozco. ¿Es de aquí?

—No es de aquí. Es de otra parte.

—¿De dónde?

—De ningún sitio especial. De otro sitio.

—Pero ¿dónde vive?

—No vive.

—¿Qué estás diciendo?

Andrés se retiró el mechón de la frente con un gesto pausado. Levantó los ojos sobre la cabeza de Regina y miró al horizonte.

—Vivió. Vino en un barco y el barco naufragó en la costa.

—Pues entonces, ¿cómo dices que la viste?

—Vino esta mañana a recoger la cinta de su pelo...

—¡Tú lo que quieres es darme miedo, Andrés!

Andrés rió a carcajadas, hasta que le asomaron lágrimas a los ojos.

—¡Eso, eso era lo que quería: darte miedo!

Regina echó a correr por la playa. La voz de Andrés la alcanzó.

—¡Pero lo de Livia Aivil es cierto! —le gritó—. ¡Es verdad! Vino a buscar la cinta azul con que se sujetaba el pelo. Se la había llevado el viento. ¡Es verdad, Regina! ¡Créeme!

Las últimas palabras no las oyó Regina. Las oyó sólo Livia Aivil, que se acercaba en ese momento, brincando entre las rocas y buscando su cinta azul, perdida hacía más de cien años.

El pequeño Andrés era de tal manera que si le dicen que los burros vuelan se lo hubiera creído. Se lo hubiese creído por una razón sencillísima: porque él había visto los burros volar.

OceanofPDF.com

III

Regina siguió corriendo por la playa con su cestito de granadas colgado del brazo.

Los viajeros que llegaban por vez primera a aquel pueblo de la costa levantina, quedaban maravillados de su hermosura, del purísimo azul del cielo, de la transparencia del aire que brillaba como un cristal, de la luz radiosa que vivificaba los colores. Pero Regina no veía nada de todo esto. Había nacido allí y no se daba cuenta de la inmensa belleza que la cercaba. Pero la belleza, aún sin notarla, infunde una suerte de pavor cuando es tan radiante; filtra en el alma oscuros temores. Es como un peso que gravita sobre el corazón y lo oprime.

Las noches de invierno, el oleaje retumbaba en las rocas y el eco bravío del mar llenaba todos los rincones. Pero Regina no le tenía miedo al mar. Le tenía miedo a lo otro, sin saberlo. Miedo a la luz relumbrante de las tardes de estío, miedo al verdeazul translúcido del horizonte marino y a las estrellas que doraban las noches de primavera.

Mientras corría, dejando en la arena húmeda de la orilla las huellas menudas de sus pies, se sentía envuelta en esa sensación turbadora, mezcla de pavor y de inquieta delicia. Eso, ese anhelo escondido, esa plenitud que le llenaba el pecho como si fuese a rompérselo, debía ser lo que Andrés llamaba, tan serio, la vida.

Al llegar encontró a su padre, como de costumbre, de mal talante. No llevaba con paciencia, el pobre Dimas, su enfermedad. Sentado en una butaca todo el día, cuando no en cama, sin más distracción que leer y maldecir, no era vida para él, un hombre de menos de cincuenta años, acostumbrado a trajinar. ¡Y menos mal que tenía la lectura! Fue idea de Regina. Pasaban muchos periódicos por sus manos; era un dolor que el pobre enfermo no los gozara. Llegó a tener gran habilidad en hacer y deshacer los paquetes sin que se notase. Un día probó con una carta. Acabó por abrirlas todas. Regina despegaba los sobres a vapor. Sentía, al hacerlo, ciertos escrúpulos de conciencia. Consultó con Andrés.

—No te apures —le dijo el chico—; para los enfermos hay una tolerancia especial. ¿No has visto que incluso pueden comer carne los días de vigilia?

—¿Y tú crees que comer carne o leer las cartas de todo un pueblo es igual?

—Viene a ser lo mismo. Es una cuestión de matiz, y la Iglesia condena el exceso de escrúpulos. Puedes estar tranquila.

—No lo estoy.

—Pues entonces, ¿por qué no te confiesas?

—Por temor. Si resulta que es pecado, ¿qué hago? ¡No hay quien le quite a mi padre ese entretenimiento, y menos ahora que parece que vienen tan interesantes las cartas del boticario!

—Tienes razón. Es peligroso consultar —razonó el chico—. Esta es la clase de cosas que habría que consultar directamente con el Papa.

Por fin llegaron a una solución. Convinieron en que el niño se hiciese responsable de la falta, caso de que la hubiese. Mediante un trato amistoso, Andrés le «compró» a Regina su pecado.

—¡Padre —entró diciendo la chica—, doña Asunción me ha dado estas granadas para usted! Me ha dicho que le sentarán muy bien porque tienen muchas vitaminas.

—¡Vitaminas! —se quejó el enfermo—. Esa es otra patraña que se han inventado las señoras de la Conferencia para no darnos a los pobres más que tomates y porquerías. A mí lo que me vendría bien sería buenos filetes de lomo, y no vitaminas, que no es comida de hombres.

—No sea usted ignorante, padre. La grasa se la tiene prohibida el médico, ya lo sabe.

—¡También está bueno el médico! Ése es otro que tal.

Dio un manotazo a la granada abierta que le tendía su hija y los menudos granos rodaron por el suelo, espejeantes y apetitosos. La chica los recogió, sin chistar, y se los fue echando a la boca.

Dimas seguía vociferando. Cuando empezaba con sus maldiciones tenía para rato.

—¿Por qué no habla usted ya en valenciano, padre? —le preguntó la niña.

—¡Por que no me da la gana!

Regina calló. De muy chica recordaba que en su casa se hablaba el dialecto regional; pero luego, cuando murió su madre, que fue huertana del Palmar, el viudo, poco a poco, volvió al habla de los suyos, pues que era castellano, de Orillares, y llegó a Levante ya mozo.

—Al menos —se atrevió a decir la hija—, blasfeme usted en valenciano.

El padre no la oyó, o si la oyó le pareció tan estúpido aquello que no hizo caso, y siguió llenando de improperios a Santa Rita, a la que, no se sabía por qué razón, tomaba siempre como blanco de sus denuestos.

Regina se había aconsejado sobre el caso con Andrés.

—Santa Rita era italiana —le dijo el chico— y seguramente entenderá el español, que es muy parecido al italiano, pero en cambio vuestro dialecto no debe de ser tan conocido en el cielo. Aconséjale que blasfeme en valenciano.

La chica fue a la cocina a preparar la cena. Al cabo de un rato tuvo que pasar a casa de una vecina para pedirle un diente de ajo.

—¡Buena pedigüña estás tú también, hija!... —se quejó la viuda Sandrach, a cuya puerta había llamado—. Haces la plaza cogiendo de aquí y de allá, y luego se te olvida devolverlo.

—No se me olvida, no señora —replicó Regina—. Me acuerdo siempre.

—¡Me gusta el desahogo! ¿Y por qué no lo devuelves, entonces, guapa?

—Porque si no se lo devuelvo —contestó la niña, muy seria—, si me lo da de verdad, Dios le ha de devolver ciento por uno.

No oyó los insultos de la viuda Sandrach porque ya la llamaba su padre, del otro cuarto, con malos modos.

Después de la cena, ayudó a acostar a su padre y se llevó la vela a la cocina. Fregó los cacharros y, terminada la faena, puso la vela en una silla y se acurrucó en el suelo a leer «Genoveva de Brabante».

IV

Una semana después de comenzado el curso habían entrado en el colegio dos nuevos alumnos. Llegaron con retraso por que acababan de pasar las paperas. No obraron con prudencia al declararlo a sus futuros compañeros. Dos niños gorditos que entran en una comunidad de chicos hablando de paperas, tienen asegurada de antemano una popularidad desfavorable.

Eran hermanos y se llamaban Rafael y Pedro. El hecho de que el mayor de ellos, al dirigirse al más pequeño, le dijese Pipo, no hizo sino empeorar las cosas. Desde el primer día fueron los «pipos de las paperas». Si a esto se agrega que eran bastante zotes, se comprenderá cómo aquel curso estuvo caracterizado por una furiosa ofensiva de bromas y golpes dirigidos a los infelices gordos. Si al menos hubiesen sido estudiosos, podrían haberse acogido al bando de los empollones, capitaneado por Francisco; pero su doble condición de vagos e inocentes los colocaba irremisiblemente en una tierra de nadie, en una pequeña isla constantemente batida por dos cuerpos de ejército enemigos.

El día en que llegaron, Javier hizo una desafortunada tentativa de incorporarlos a sus huestes. Javier era el cabecilla de los indisciplinados (que casi todos repetían curso), y pensó por un momento utilizar a Rafael y Pedro como fuerza de choque. Pero hubo de desistir de su empeño cuando comprobó que los *pipos* eran llorones. En sus filas podía haber de todo —y de hecho lo había—, menos llorones. Los muchachos por él acaudillados se rompían piernas y brazos, se pasaban medio curso escayolados y aguantaban las pedradas a pie firme, respondiendo al dolor físico con la viril reacción de una palabrota, pero jamás derramaron una lágrima.

En el primer encuentro se vio a Pedro echando sangre por la nariz y llorando como un chiquillo. El hecho de que fuese en realidad un chiquillo, puesto que apenas acababa de cumplir los diez años, no podía admitirse como disculpa. Las ordenanzas de la cuadrilla de Javier tenían ciertos puntos de contacto con las del Tercio. «Mi gente tiene que desafiar a la

muerte», era el lema de su jefe. Ni Rafael ni Pedro estaban dispuestos a desafiar a la muerte.

Andrés había encontrado a los dos hermanos en el patio, terminada la batalla. Pipo gemía, mientras empapaba con un pañuelo la sangre que le manaba del labio, hinchado como una trompa.

—¡Nos las pagarán! —amenazó Rafael, con voz de trueno.

—No me parece que os las pagarán —le advirtió el pequeño Andrés—. Al contrario, os pegarán siempre y cada vez más. Ya han visto que pueden hacerlo, y malo es cuando se le coge el gusto a zumbarle a un chico.

—¡Vaya! ¿Ese es todo el consuelo que se te ocurre?

A Andrés se le había ocurrido otra suerte de consuelo para mitigar el infortunio de los dos chicos, pero juzgó que era prematuro hablarles de ello y que sería mejor esperar a que estuviesen en condiciones de comprenderle.

En todo caso, le pareció que les podía reconfortar bastante oír algo sobre el heroísmo y sobre la Patria. Por el hecho de estar estudiando el bachillerato, que era una actividad marcadamente pacifista, no debían desdeñar las glorias militares. Batiéndose como se habían batido ellos aquella tarde, dos contra siete, se había defendido Numancia y se había hecho frente a los franceses en el 2 de mayo. ¿Por qué no habían de poder ellos, en la medida de sus fuerzas, poner su granito de arena para afianzar el prestigio de la Infantería española?

Tanto cargó las tintas en su disertación, que cuando, unas horas más tarde, sonó una trompeta y fue arriada la bandera en el torreón del colegio, los dos hermanos, encendidos de fervor patriótico, tenían los ojos llenos de lágrimas.



De aquello habían pasado varios meses. No podría decirse que Rafael y Pedro, durante todo ese tiempo, se hubiesen portado como héroes. No. Generalmente se replegaban ante el peligro, corriendo como conejos; pero aún así habían alcanzado buenas pedradas y pescozones. Fue entonces cuando Andrés juzgó que era llegado el momento de hablarles de aquello que, a su modo de ver, debería constituir la meta de su vida.

Los encontró en el jardín, apartados de los demás grupos. La atención de ambos hermanos se concentraba en la contemplación de uno de los dedos de Pipo, hinchado como una patata.

—Le ha picado una avispa —informó Rafael.

—Lo que tienes que hacer —aconsejó Andrés— es morder con todas tus fuerzas hasta que salga el aguijón.

Pipo así lo hizo, pero no salió el aguijón, sino que, con el mordisco, le dolía aún más.

—Déjalo. Más vale así —dijo entonces el pequeño Andrés—. Esta noche te revolcarás en la cama como un gato rabioso, pero mañana se habrá pasado todo. Aguántate.

—¿Que me aguante hasta mañana? Prefiero ir a la enfermería a que me corten el dedo.

—Casi es mejor. El dedo cortado te dolerá aún más, y encima se te puede infectar.

Los dos hermanos miraron a Andrés con recelo. Hasta entonces era el único que se había mantenido neutral en las fricciones pasadas. ¿Qué podía haberle hecho cambiar de ese modo? Él mismo se lo dijo:

—He pensado que tal como están las cosas lo mejor que podéis hacer es seguir seriamente el camino del martirio.

—¿Qué dices? ¿Pero qué estás diciendo?

—Del martirio —insistió Andrés, con una voz emocionada y levantando los ojos por encima de las frentes de los hermanos—. Ya tenéis andado algo del camino.

Recorrió con la vista el grupo formado por los dos chicos e hizo un como recuento de sus cicatrices: las piernas cubiertas de costras y cardenales, las cabezas descalabradas, el gran chirlo que cruzaba la frente de Rafael.

—Hacedme caso: vosotros debierais dedicaros a mártires. Sería la única manera de que vuestros infortunios se os convirtieran en alegrías y vuestras derrotas en victorias. Por de pronto, yo que tú, Pipo, no haría nada con ese dedo. Deja al aguijón seguir su camino, y aguántate. Si te aguantas bien, es señal de que ya comienzas a ser un buen mártir.

Los dos hermanos no contestaron. No sabían si Andrés se estaba burlando de ellos. Tampoco él dijo una palabra más. Volvió la espalda y se alejó por el parque, en dirección a la verja de salida. Pasados unos instantes, el hermano mayor dijo al más pequeño:

—¡Anda, ven, vamos a la enfermería!

—Yo no voy.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana.

—¿Es que ya no te duele?

—Sí, me duele más.

—Y entonces..., ¿qué vas a hacer?

—¡Aguantarme, porras! —contestó el chico, con un gesto sublime.

OceanofPDF.com

V

El pequeño Andrés había cogido el camino de la ermita. Tenía que subir una gran cuesta por el camino del manicomio, una cuesta pedregosa y polvorienta, que un día fue carretera y que a la sazón tenía escaso tránsito. Había que torcer por un sendero a la izquierda para llegar a la ermita. Quedaba al fondo, mirando al mar como un buque varado, la mole blanca y azul de la casa de locos.

En un alto del camino, sentado sobre una piedra y con semblante preocupado, encontró a Javier.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Sin ser de los suyos, Andrés mantenía una sólida amistad con el jefe de los insurrectos, y, además, sentía la natural admiración que experimenta todo chico por el peor del colegio, y que rara vez suele experimentarse por el mejor.

—Sabotaje —contestó lacónicamente el chico.

Después de un silencio cargado de pesimismo, terminó la información.

—Garciaarena y Márquez están en la enfermería con anginas.

La noticia, en todo su desnudo dramatismo, explicaba con creces el gesto sombrío de Javier. Un delantero centro y un medio volante del propio equipo, lesionados en vísperas del encuentro con los de quinto, era un hecho tan tremendo que había que tener los nervios de acero, como los tenía Javier, para conservar una apariencia de serenidad.

—¿Y dices que ha sido sabotaje?

—Sí, verás... —El chico se animó contando lo pasado con ese calor que se suele poner al referir a los demás los atropellos sufridos—. Terminado el entrenamiento, el lunes por la mañana, los de quinto convidaron a Garciaarena y a Márquez a limón helado. En su vida los habían convidado ni a agua. Lo hicieron a posta.

La maniobra estaba clara. Lo inexplicable del caso era la inocencia, por no decir la estupidez, de la conducta de Garciaarena y Márquez, que habían caído en la trampa.

—¿Y no estarán buenos para el domingo? —preguntó Andrés.

—¡Qué va! Ha dicho el médico que tienen lo menos para cuatro días. Date cuenta: ¡limón helado, estando empapados de sudor!

—Y entonces, ¿qué vais a hacer? ¿Suspender?

—¡No! Eso querrían ellos, para decir que les tenemos miedo.

—Y es verdad que les tenéis miedo —dijo entonces el pequeño Andrés.

Y pensó en ese montón de carne humana que era Manolo Ordóñez, el delantero centro de los de quinto, a cuyo paso no volvía a crecer la hierba en los campos de deportes.

—Creo que estáis perdidos —comentó Andrés. Y después de una pausa, agregó en voz baja y melodiosa—: Cinco a cero.

—¿Qué dices?

—Nada. Pensaba en el marcador el día del partido.

Javier miró a Andrés y consideró a tiempo que era demasiado pequeño y débil para darle una bofetada.

—¡Se me ocurre una cosa!

—¿Qué cosa?

—Verás —empezó a decir Andrés—. Yo creo que podría haber una solución.

—¿Cuál? ¡Anda, acaba de una vez! —apremió Javier, impaciente. Llevaba horas dándole vueltas a su cabeza en busca de una solución sin dar con ella.

—Creo que tengo dos jugadores inmejorables para sustituir a los lesionados.

—¿Quiénes?

—Los Pijos.

En otra ocasión Javier se hubiese reído a carcajadas, pero los momentos eran demasiado patéticos para tomarlo a broma.

—¿Estás loco? ¿Esos gordos?

—Esos gordos son duros como el acero, cuando quieren.

—¡Sí, lo que pasa es que no quieren nunca! ¡Valiente idiotez se te ocurre!

—Te aseguro que debes probarlos. ¡Yo respondo de ellos!

—¿Los has visto jugar?

—No, no saben jugar. No han jugado nunca. Pero pueden aprender.

Javier quiso emitir una risa sarcástica, pero le salió una especie de relincho.

—¿Aprender de aquí al domingo?

—Horacio aprendió a tocar la flauta a los ochenta años —dijo Andrés.

La cosa no tenía la menor relación con el asunto, pero la cultura siempre hace su efecto y en esta ocasión impresionó a Javier unos instantes. Pero pronto reaccionó y volvió a considerar los hechos en sus verdaderas dimensiones.

—Patricio, el delantero del Játiba F.C., es bajito y un poco gordo —arguyó Andrés en apoyo de su proposición.

—¡Hombre, sí; pero Patricio es un jabato!

El honroso calificativo de jabato era uno de los muchos que no cuadraban a los «Pipos».

—De una cosa puedes estar seguro —concluyó Andrés, para dar por terminada la conversación—, de que Rafael y Pedro serían un estorbo horroroso en el campo enemigo y los jugadores no podrán dar un paso sin tropezarse con un chico gordo. Además, hay noventa y nueve probabilidades sobre una de que se batirán como panteras.

Habían llegado a la ermita. Javier se quedó a la puerta cazando lagartijas. Andrés entró solo.

VI

Andrés, una vez depositadas tres pesetas en el cepillo de las Ánimas — limosna muy relacionada con el éxito de los exámenes—, fue a arrodillarse en la capilla de Nuestra Señora de Gracia, Estrella de los Navegantes.

A un lado y a otro de la imagen colgaban los exvotos, llevados allí por los fieles acreedores de algún favor celestial alcanzado por mediación de la Virgen. Varias muletas, pies y manos de cera, algunos cabellos... Allí, en un rincón había dos trenzas castañas, ya medio apolilladas, sujetas en las puntas por dos lacitos mustios. Andrés las miró largo rato. Eran las trenzas de Regina. Y recordó una vez más la ocasión en que fueron ofrecidas.

Fue al principio de la enfermedad de Dimas. Comenzaba a estar imposibilitado de las piernas y cada día iba a peor. Regina ya se había hecho cargo del trabajo de repartir la correspondencia. Iba entonces de luto por su madre, muy arregladita, muy repeinadas sus dos trenzas, que le caían por la espalda hasta la cintura. Se le había puesto la cara triste y preocupada, y ya no perseguía a las palomas del parque dando brincos y riendo a carcajadas.

A Andrés fue a quien se le ocurrió aquello. ¿Por qué no ofrecía a Nuestra Señora de Gracia de los Navegantes sus dos hermosas trenzas para implorar la curación de su padre?

La niña aceptó el sacrificio, pero le faltaba decisión. Se ponía delante del espejo con las tijeras en la mano, pero no tenía valor.

—Yo quiero, ¿sabes? —explicaba a Andrés—, pero es como si alguien me sujetara la mano. Debe de ser el demonio.

—Yo te las cortaré.

Así se hizo. Para que la ofrenda fuese más lucida, Andrés dio el corte tan arriba que dejó a la chica pelona.

—Parezco un monaguillo —dijo ella cuando se miró al espejo.

—No, Regina —rectificó Andrés—; lo que pareces es Juana de Arco.

Fueron juntos a la ermita a entregar el exvoto. En un papel de seda, que había pedido en la pastelería de Varela, llevaba Regina envueltas las

trenzas.

Se arrodillaron y rezaron con fervor. Junto a ellos rezaba también una mujer. La conocían. Era Orosia, la del puesto de quincalla del barrio de San Diego. Habían oído decir que la hija se le estaba muriendo.

—Es Rosita, la pequeña —dijo en voz baja Regina—. Tiene una fluxión al pecho.

Siguieron rezando mucho rato. Hasta que cerraron la ermita.

Andrés, a medida que recordaba todo esto, seguía mirando los exvotos. Allí, junto a las trenzas de Regina, se veía un pechito de cera que ya amarilleaba. Era el pecho de Rosita, la niña del barrio de San Diego.

Porque Rosita se había curado prodigiosamente.

En cambio, el pobre Dimas cada día estaba peor.

—Se ha equivocado la Virgen —dijo entonces Regina— y le ha hecho a ella nuestro milagro.

Tardaron algún tiempo en averiguar toda la verdad sobre lo sucedido. Una vez, hablando entre sí Andrés y Regina, se habían confiado mutuamente ciertos detalles referentes a aquello.

—Yo recé también un poco por la niña —confesó Andrés.

—Y yo —dijo Regina—. Yo recé mucho por ella.

—Ya decía yo que la Estrella de los Navegantes no podía equivocarse. No debes tener pena. No es que nos hayan quitado nuestro milagro, sino que nosotros se lo regalamos.

Un rayo de sol, filtrándose por la estrecha ventana, iba a caer precisamente sobre las trenzas de Regina.

A Andrés le pareció que sucedía al contrario: que eran las trenzas las que resplandecían y que de ellas partía ese rayo de luz, que, a través de la ventana, se disparaba hacia el cielo.

VII

Javier tenía ya los bolsillos llenos de lagartijas y de piedras cuando Andrés se le unió al salir de la ermita.

La tarde era espléndida, el sol declinaba en la lejanía y unas nubes blancas, como inmensos milanos de pluma, cruzaban el azul del cielo hacia poniente.

Podían regresar al colegio a las nueve de la noche, con permiso especial, porque la mayoría de los alumnos habían salido en varios autobuses a visitar el castillo de Montesa y no volverían hasta después de esa hora.

—¿Te vienes conmigo al cementerio? —preguntó Javier.

—Vamos.

Muchas veces hacían ese paseo. Javier hombreaba con sus compañeros, contándoles que comía moras de una morera que crecía en el panteón de la familia Guevara y que sabían a muerte, o asustándolos con relatos macabros que se inventaba. Al pequeño Andrés, por su parte, le gustaba el ambiente recogido del camposanto, la sombra afilada de los cipreses, el insano aroma de las flores que se marchitaban sobre las tumbas.

Emprendieron el camino cuesta arriba. De vez en cuando se agachaban a recoger alguna piedra que se echaban al bolsillo. Como a todos los chicos, les gustaban las piedras extrañas y las guardaban como si fuesen tesoros.

La verja del cementerio chirriaba al abrirse y crujía la espesa hiedra que cubría la alambrada. Eran esos ruidos tan solemnes, para el ánimo de Andrés, que bastaban para turbarle el espíritu y agitarle el corazón.

El monumento más importante de la humilde necrópolis pueblerina era el panteón de la familia Guevara, levantado a principios de siglo en forma de templo con cuatro columnas, bajo el cual una enorme lápida figuraba un libro abierto. En este libro, y con letras de bronce, se leían los nombres de los Guevara y sus fechas de nacimiento y muerte.

Andrés casi se los sabía de memoria, y le parecía haberlos conocido: Don Gabino Guevara y Guevara, 1801-1850; Doña Prudencia Guevara y

Cuevas, 1830-1902; Angelita Guevara Monreal, 1845-1860... ¿Cómo sería esta Angelita Guevara y Monreal, muerta en la flor de su vida, con quince años? ¿Y por qué había más adelante, casi al final de la lista, otra Angelita Guevara, 1915-1930? ¿Quién era esta nueva niña de quince años repetida estampa de la otra de un siglo atrás? ¿Luego, no se moría de una vez si se quedaba la sangre, y el nombre y el recuerdo? El último enterramiento, el último nombre clavado en la piedra y aún reluciente y nuevo, era el de Narciso Guevara y Nonell, 1889-1960. Javier y Andrés recordaban haber visto pasar el entierro del viejo señor, seguido de todo el pueblo y de gente forastera.

Todavía quedaba sitio en las páginas de piedra del libro abierto para más Guevaras difuntos.

Andrés quiso pararse junto a la losa blanca, cuadrangular, rodeada de un pequeño seto sobre la que se leía una corta inscripción en grandes letras negras:

«A i sui figli, la patria lontana, 1853».

Fijándose, podía notarse que era de un mármol distinto al de las otras lápidas. No era piedra del país. Había sido traída de muy lejos, de las inmensas canteras de Carrara. Vino por el mar para honrar la memoria de unos náufragos italianos que perecieron en la costa levantina, hacía un siglo. Al chocar contra un arrecife se partió el barco y todos murieron. El mar devolvió los cadáveres, a excepción de uno.

—El cadáver de Livia Aivil nunca apareció —le dijo Andrés a Javier, cuando acabó de contarle aquello—. Todos fueron identificados y no faltaba sino la pequeña Livia.

—La devorarían los tiburones —dijo Javier.

—No, no fue eso lo que pasó. Livia Aivil se salvó del naufragio, probablemente, agarrándose a un ala de su ángel de la guarda. Ya tú sabes que los ángeles nadan estupendamente.

—¡No digas tonterías! La recogería algún bote. ¿Qué fue de ella?

—¡No te digo que nunca apareció...! No se ahogó. Vive todavía.

—¿Qué dices? ¿Pero no hace un siglo de todo eso que me has contado? ¡Más de un siglo: mira la lápida, ahí lo pone: 1853!

—¡Qué importa! —replicó Andrés—. En esto que te digo no entra el tiempo para nada. ¿Entiendes? Para estas cosas no existe. Livia Aivil es infinita. No hay cien años que valgan, ni doscientos, ni mil. Ella siempre es la misma. Eternamente. Y no se puede morir, ni ahogar, ni nada, porque nunca se ha de mover de su propio instante.

Javier se echó a reír.

—¡Qué idioteces se te ocurren!

Siguieron andando en silencio. Javier se limpiaba con el pañuelo las manos, tintas de moras, y leía en voz alta los nombres escritos en las tumbas. Casi todas estaban bien cuidadas, con sus plantas o flores, aseadas y relucientes, como de pueblo rico y piadoso que honra a sus muertos. Sólo una entre todas las lápidas aparecía abandonada, como si fuese de más de cien años, y no era tan antigua. Ya casi ni se leían las letras: Brígida Pelín, 1885-1961.

—Yo la conocí —dijo Javier—. ¿Tú no?

—Yo no: ¿quién era?

—¡Ah, es verdad! Se murió el invierno antes de entrar tú en el colegio. ¿Sabes cómo la llamábamos? La vieja maldita.

—¿Y eso, por qué?

Javier contó lo que sabía de la difunta Brígida Pelín. Fue durante veinte años la encargada del telégrafo y del teléfono del pueblo. Vestía de negro; era fea y sucia y mal encarada. De su mal genio hablaban todos y de sus desplantes y malos modos. No era de allí, ni de pueblo cercano, y jamás se le vio familia.

—Figúrate que a su muerte no se encontró en su casa más que un gato podrido.

—¿Qué dices?

—Sí, un gato asqueroso, disecado; pero tan viejo y sucio que hastaapestaba. Ésa fue toda su compañía mientras vivió aquí. Cuando íbamos a poner algún telegrama o a hablar por teléfono, ya sabíamos que nos esperaba alguna andanada de la vieja maldita. Era una solterona de un genio insoportable. A nosotros, a los chicos de la escuela, nos llamaba «esa canalla».

Javier se interrumpió para fijar los ojos en la piedra ennegrecida del sepulcro, como si a través de ella pudiese ver a la difunta.

—¡No sabes cómo era! —siguió—. Verde, con los dientes negros, el pelo ralo y pegajoso, las manos como de bruja. Se dejaba crecer la uña del dedo meñique y te aseguro que daba asco vérselo, amarillento y puntiagudo. Era tan roñosa que no encendía la luz eléctrica y se asomaba a la ventana a oscuras, de noche, con su cara flaca, que verdeaba a la luz de la luna, como una bruja. Dicen que no encendía fuego sino una vez a la semana, y que comía frío para no gastar.

Andrés miró largo rato, sobrecogido, la losa parda, abandonada, por la que corrían las lagartijas, y una compasión honda, desgarradora, le oprimió el corazón.

—¡Mira, un águila! —exclamó Javier.

Miraron al cielo. Un ave solitaria, que tomaron por un águila, cruzaba la inmensidad del espacio.

Comenzaba a anochecer. A la vuelta cogieron por las Bernardas para acortar camino. Al llegar a la puerta del convento vieron un paquete al pie de los escalones. Se acercaron.

—¡Mira, es un niño!

Ambos habían leído cuentos y novelas en los que pasaban cosas así; pero nunca hubiesen creído que pudieran suceder de verdad.

VIII

Javier, más decidido, cogió a la criatura para verla mejor. Un trapo rígido, sin duda despojo de viejo velamen marinero, envolvía el cuerpecillo medio en cueros. Manaba de la boca entreabierta un hilillo de leche de la postrer mamada.

—¡Qué salvajada abandonar así a un crío recién nacido! —protestó Javier, dejando el bulto otra vez en el escalón por miedo de que se le escurriera de las manos.

—No tendrá padres —dijo Andrés.

—¡No había de tenerlos! La perra de su madre le habrá dejado ahí de seguro.

—No tendrá padres —siguió afirmando el pequeño Andrés—. Será una sílfide. Tampoco tienen padres las sílfides.

—¡Cómo que no existen!

—Ya ves que sí. Aquí tienes a una: pequeñita y redonda como un queso.

—¡Ya empiezas a decir majaderías!

—Está dormida. A lo mejor todavía ni sabe que ha nacido.

—Los niños no abren los ojos hasta los ocho días, como los gatos —dijo Javier, dándoselas de entendido.

Andrés se agachó y tocó suavemente, con un dedo, la manita pequeña y lisa, y los ojos de la niña se abrieron.

—Nos está mirando.

—No nos verá. Ya te digo que los niños y los gatos...

—¡Déjate de niños y de gatos! —interrumpió Andrés—. Sílfide quiere decir especie de ninfa de forma aérea, que cruza los aires como genio benéfico para consuelo de los mortales. Lo he leído en el diccionario.

—¿Entonces tú te crees que esta niña ha venido a parar aquí por el aire?

—¿Por qué no? No hemos visto que nadie la trajese y la dejara en este escalón. Y seguro que ninguna persona sabe cómo ni cuándo ha llegado. ¿Por qué no puede haber venido por los aires? No veo la razón por la que tú

dices que la ha traído su madre. ¿Has visto a alguna madre por alguna parte? En cambio, acuérdate del águila.

—¿Me vas a decir que la trajo en el pico? Mira, Andrés, todo eso son fantasías tuyas, cosas que no pasan.

—Pasan, Javier, créeme. Pasan todos los días y a todas horas; pero no nos damos cuenta.

—¡Te darás cuenta tú, que siempre estás en las nubes!

—¡Si vieras la de cosas raras que cruzan por las nubes! —afirmó el niño muy serio.

—Bueno, pero algo tenemos que hacer, me parece —dijo Javier al cabo de un corto silencio—. Llamar a las monjas; entregarles la chica...

—Espera un poco; todavía no. Primero tenemos que... ¿No llevas tú ahí un calendario?

—Sí, ¿para qué lo quieres?

Andrés estaba muy serio y hablaba en un tono de voz pausado y grave, como siempre que tomaba una decisión.

—Vamos a bautizar a la niña.

—¿Nosotros?

—Sí. En caso de peligro o de urgencia, cualquiera que haya hecho la Primera Comunión puede bautizar.

—¡No digas memeces! ¡Ya la bautizarán en serio! ¡Ni la niña se está muriendo, ni Cristo que lo fundó!

—No sabemos si se está muriendo o no, y en cuanto a eso del Cristo que lo fundó, tampoco tienes razón. El que fundó el bautismo fue precisamente Cristo. Para que veas.

A Javier no le convencieron las razones de Andrés, ni mucho menos, pero le divertía acabar de pasar la tarde bautizando, a falta de cualquier otra diversión.

Andrés trajo agua en la tapadera de una caja de chinchetas que llevaba en el bolsillo, y comenzó a hacer los preparativos.

—Cógela tú en brazos —ordenó a su amigo.

—¿La vas a bautizar tú? ¡Ah, no! ¡Eso no! Aquí el mayor de los dos soy yo. Si alguien bautiza tengo que ser yo.

Andrés accedió. Pero Javier tenía que prometerle hacer muy en serio la ceremonia y decir textualmente las palabras rituales.

—¡A ver si te crees que yo no sé bautizar! —protestó el chico.

Pero así y todo se avino a hacer un a modo de ensayo preliminar. Ambos de acuerdo, comenzó la ceremonia propiamente dicha, una vez consultado el calendario.

Ya era casi de noche. En aquel rincón apartado, a las afueras del pueblo, no se oía más que el rumor del mar solemne y lejano.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo con el nombre de Carlota, Emilia, Silvana, Presbítera —dijo Javier con la voz ligeramente entrecortada por una rara emoción.

Andrés añadió una palabra:

—Pelín —dijo.

—¿Qué dices?

—El apellido.

—¡En los bautizos no se dice el apellido!

—En éste sí. Era lo más importante. Cuando se la entreguemos a las monjas tenemos que advertirles que la hemos bautizado con apellido y todo.

—¿Y por qué Pelín, precisamente Pelín, ese apellido ridículo y asqueroso de la vieja maldita?

—Por eso.

—Pero...

—¡Calla, que ya abren!

Habían tirado de la campanilla y se oía descorrer de cerrojos.

OceanofPDF.com

IX

Cuando, media hora más tarde, salieron del convento después de haber entregado el singular paquete y de dar cuenta de todos los pormenores referentes al bautizo, Javier volvió a preguntar:

—¿Por qué le pusiste lo de Pelín?

Y entonces Andrés le explicó las secretas razones por las que lo había hecho.

—Desde que vi la lápida de la pobre mujer pensé que habría que hacer algo por ella.

—¡A buena hora...! ¡A los tres años de enterrada!

—Siempre se puede hacer algo. Ya lo has visto.

—¿A qué te refieres?

Andrés no contestó, sino que, por su parte, hizo otra pregunta:

—¿De verdad dices que no tenía a nadie, lo que se dice nadie, ni siquiera una cuñada?

—¿Te refieres a la vieja maldita? ¡Nadie!... Cuando se murió tuvieron que repartir sus cuatro cacharos entre los pobres porque no se vio asomar por aquí a ningún pariente. ¡Claro que ni los pobres quisieron nada suyo! Al manicomio se llevaron sus trastos, por no tirarlos al mar.

Andrés pensó un momento en la siniestra herencia de la vieja Brígida Pelín; en el carricoche que subiría la cuesta del manicomio, llevando los miserables enseres malditos que ni los pobres quisieron para sí, y una angustia helada le subió al corazón.

—Todo el pueblo la odiaba —siguió Javier—. Hasta los perros ladraban al verla, tan fea y tan pringosa.

—Pues ahora ya se acabó todo eso —exclamó, tranquilo, el pequeño Andrés—. Es como si le hubiese nacido una hija, una niña gordita y blanca: Carlota, Emilia, Silvana, Presbítera, Pelín.

—¡Pobre criatura! ¡Sí que le has buscado buena parentela!

—Tampoco ella tenía a nadie. Estaba sola. Ahora ya tiene, por lo menos, una sepultura donde poner su nombre, y el de sus hijos, y el de los

hijos de sus hijos, como los Guevara. Ella limpiará la losa, pondrá plantas alrededor y lo cuidará y lo aseará, que buena falta le hace. ¿No te ha parecido que tiene aspecto de chica limpia?

Así fue cómo la vieja maldita, la aborrecida Brígida Pelín, vino a tener descendencia florida al cabo de tres años de muerta, cómo germinó de la fosa abandonada, de la negrura de la noche cruzada por el vuelo de aves de rapiña y de trasgos, un tierno brote de vida y de luz.

—Nada perece, nada se acaba ni se marcha definitivamente —pensaba el pequeño Andrés—. Unos años vienen después de otros y forman los siglos y los siglos.

Cerca ya del colegio se separaron los chicos. Llegaban tarde y tenían que disculparse por el retraso.

Javier echó a correr para llegar cuanto antes. Le importaba mucho evitarse sanciones en vísperas del partido. Andrés, a paso lento, continuó solo el camino.

Era completamente de noche. Una ráfaga de aire, violenta, le cruzó junto a la cara. No vio de dónde provenía.

—Debe ser que andaba todavía por aquí el águila aquella —se dijo a sí mismo—; el águila que trajo a la tierra el cuerpecito de la sílfide Carlota Pelín.

X

Los «Pipos» fueron a buscar a Andrés para darle cuenta de sus progresos en el áspero camino del martirio. A su propio juicio, los adelantos eran tan notables que podría decirse que se hallaban prácticamente a un paso de la perfección. Convenía tener en cuenta, claro está, que los tiempos no eran los mismos que en la época del emperador Diocleciano, el cual, con sus crueldades sin cuento para con los cristianos, había facilitado mucho las cosas a los mártires. En el mundo moderno, la tolerancia religiosa y la absoluta carencia de circo romano ponían incontables trabas a la realización de un plan rápido y eficaz para hacerse mártir; pero, así y todo, las cosas no podían haber marchado mejor.

Rafael, el mayor de los dos hermanos, exhibió una rodilla hinchada y totalmente cubierta de vendas.

—Derrame sinovial —declaró con un ligero aire de orgullo.

—Patada —concretó más el hermano pequeño.

—Es una lástima —dijo Andrés—. ¡Verdaderamente una mala suerte! Te dificultará mucho para correr en el partido.

—¿En qué partido?

—En el del domingo.

—¡Pero si yo no juego! —protestó el chico.

Andrés miró a ambos hermanos fijamente. En realidad, si se hubiese querido buscar dos ejemplares de muchachos cuyo físico no tuviese nada que ver con las condiciones exigidas por el más benévolo seleccionador para formar parte de un equipo deportivo de cualquier clase, esos eran los «Pipos»: gordos, bajetes, desmañados y casi siempre jadeantes, eran de esa clase de niños a los que los Reyes Magos siempre les traen un «puzzle» o un dominó, pero jamás una raqueta de tenis.

—Yo había pensado que jugarais para cubrir las bajas de Márquez y Garcarena.

La vanidad humana, hasta la de los pequeños aprendices de mártires, es sensible al halago. El hecho de que alguien los considerase capaces de

ocupar los puestos de dos de los jugadores más eminentes del equipo de Cuarto, en un encuentro de la importancia de el del domingo, no pudo menos de conmover a los chicos, pero había tal desproporción entre sus posibilidades deportivas y la absurda propuesta, que no pudieron por menos de protestar:

—¿Pero qué dices? ¡Si Javier te oyese creería que te habías vuelto loco!

—Javier ya me ha oído y ya se ha creído que me he vuelto loco; pero, por fin, he logrado convencerle.

—¿Convencerle de qué?

Los «Pipos» estaban tan aturrullados que no podían entender nada.

—Me he tomado la libertad de responder por vosotros —dijo Andrés— y de asegurarle que pelearéis como leones.

—¡Eso no! —protestaron, a la vez, los dos hermanos, abandonando en su acaloramiento la espinosa senda del martirio.

—¿No echabais antes de menos las atrocidades del circo romano?

Los «Pipos» reflexionaron un momento y llegaron rápidamente a la conclusión de que el circo romano podía considerarse como cosa de broma, comparado con lo que prometía ser el campo de deportes del colegio el próximo domingo. Estaban convencidos, y así se lo hicieron saber al pequeño Andrés, de que ni en las arenas del «Coloseo» había habido nunca tanto hule.

—Es una lástima; ahora todos dirán que os habéis vuelto atrás, que os habéis «rajado».

—¡Qué rajado ni qué demonio! ¡Si nunca dijimos que fuésemos a jugar!

—Lo dije yo por vosotros... Hasta os había buscado un apodo apropiado, como quien dice un nombre de guerra.

—¿Cuál?

—¡No vale la pena que os lo diga, puesto que nunca lo llegaréis a usar!

—¡Dilo de todas maneras! ¿Qué nombre era ése?

—«Los chacales de Mondoñedo».

Pocos son los chicos que pueden sustraerse al fino encanto de un apodo semejante. Los «Pipos», cuya familia era, en efecto, oriunda de la ciudad episcopal de Mondoñedo, no pudieron por menos de reconocer lo acertado del nombre de guerra ideado por Andrés y, en consecuencia, ambos

sintieron que su firme decisión de no jugar comenzaba a tambalearse. El pequeño Andrés así lo comprendió y juzgó oportuno volver a la carga suavemente.

—Los eremitas del desierto —dijo a modo de prólogo— se mortifican con largos ayunos, cilicios y flagelaciones, etc., etc. En fin, cosas que el reglamento del colegio seguro que prohibiría. Iguales inconvenientes nos salen al paso si tratamos de orientar el martirio en otro sentido.

Hizo una pausa para ver si los «Pipos» le escuchaban, y como los vio muy quietos y atentos continuó:

—Job se purificaba el alma durmiendo en un lecho de inmundicias; pero si vosotros hicierais otro tanto os echarían del colegio por puercos y no habríais adelantado nada. Yo no os digo que más adelante no estéis en condiciones de ir al desierto —les dijo en tono de aliento afectuoso—, pero las cosas hay que empezarlas poco a poco.

—¿Hay desierto todavía? —inquirió uno de los chicos, consciente de la endeblez de sus conocimientos geográficos.

—¡Claro que lo hay! ¿No lo habéis visto en las películas?

Sí, habían visto «Huracán en Arabia». Eso les animó.

—Pero de momento es necesario que os sometáis a una especie de noviciado. La perfección no es cosa que se logre de golpe y porrazo. Se precisan muchos golpes y muchos porrazos seguidos. Hay que probar el alma para ver si tiene el temple necesario.

Los «Pipos» adujeron que los golpes y porrazos, hasta la fecha, no los habían recibido en el alma, sino que, por el contrario, en su mayoría habían ido a parar al sitio que, a su juicio, podía considerarse más apartado del alma.

—¡No seáis brutos! El alma es lo que hay dentro del cuerpo. Si golpeáis un botijo y se rompe, ¿no veis que sale agua? Bueno, pues el alma es como el agua, y el cuerpo, el botijo. Tenéis que dejaros golpear por fuera hasta que el alma se os salga a chorros y sintáis que os refresca la carne podrida.

—¿Por qué podrida? —protestaron los chicos.

—Es lo que se dice siempre de la carne. No sé por qué, pero se dice y basta.

Andrés se había ido enardeciendo a medida que hablaba. Veía frente a sí a los «Pipos», botijos rechonchos y toscos, y no le costaba trabajo creer que dentro de ellos hubiese un manantial luminoso y excelso. En todos los cuerpos, incluso en el de los chicos brutos y holgazanes, Dios había puesto una fuente de vida perdurable, un hilillo transparente y puro de agua del Jordán.

Resultado de la conversación fue que los «chacales de Mondoñedo» aceptaron tomar parte, al menos, en el entrenamiento de la mañana siguiente para medir sus fuerzas.

OceanofPDF.com

XI

La mañana de aquel domingo andaban los ánimos tan excitados en el colegio que parecía como si al tropezar los alumnos unos con otros fuesen a saltar chispas. Cuando se cruzaban con alguno de los jugadores que tenían que tomar parte en la competición de por la tarde les dejaban paso, reverentes, como si en lugar de compañeros suyos fuesen vacas sagradas de la India fabulosa.

Había gran alboroto y griterío en los patios, y por las escaleras los muchachos subían y bajaban mil veces para asegurarse de si se habían dejado cerrados los grifos de los lavabos, puesto que, en su nerviosismo, se sentían capaces de cualquier distracción culpable.

Regularmente, los emisarios de Garciarena y Márquez hacían visitas a la enfermería, para tener al tanto a los dos atletas dados de baja, de la marcha de los acontecimientos y del estado de la moral del propio equipo.

Por si fuera poco, esa misma mañana se hacía la colecta de limosnas para las Misiones y, a excepción de los jugadores, que no debían gastar en balde sus fuerzas, todos los alumnos del colegio habían de recorrer casas y calles con sus huchas y sus brazaletes. Aunque no se trataba de un colegio de religiosos, el rector había ofrecido la cooperación de sus chicos para la obra misional.

Francisco fue elegido, con un compañero, para visitar las casas próceres del pueblo. La elección recayó sobre él por ser el más serio, el mejor trajeado y el que tenía más facilidad de expresión.

Francisco acogió la noticia con enorme satisfacción. Le gustaba darse tono, codearse con la «crema» de la localidad y, al finalizar la jornada, entregar las limosnas más fuertes.

—Partamos para las casas patricias —dijo a Mariano, su acompañante, un chiquillo canijo con cara de mosca.

Así hablaba siempre Francisco, y no por broma, sino por natural afectación, por lo que Javier, que no lo podía tragar, llamaba «congénita idiotez».

—Allegaremos a la gran obra misional fabulosos socorros con los que desterrar del Asia la idolatría y la barbarie y, de paso, darles en la cabeza a nuestros compañeros, que no traerán más que cuatro penas gordas.

—¿Tú crees?

—¡Seguro! La marquesa nos entregará un donativo pingüísimo. «Noblesse oblige».

—¿Qué? —preguntó el canijo, que no había entendido las palabras francesas.

—Nobleza obliga —y para aclararlo aún más agregó—: Es una frase célebre de La Rochefoucauld. —Pues Francisco opinaba, y no sin cierta razón, que todas las frases célebres las había pronunciado La Rochefoucauld.

Y diciendo esto tiró de la campanilla de una puerta de madera reluciente enmarcada por cerco de piedra.

Se trataba de la casa de los ricos chocolateros Borrell, la gente más acaudalada del pueblo y los contribuyentes más fuertes del distrito.

—Comencemos por la dorada industria para continuar por la alta burguesía y concluir con la nobleza.

La dorada industria los sacó de allí poco menos que a puntapiés. Por un error al marcar los itinerarios, debido tal vez a que la casona de los Borrell se hallaba en el cruce de tres calles, el caso fue que se la incluyó en la ruta de varios grupos y Francisco y su acompañante resultaron ser los cuartos en llamar a aquella puerta con la pretensión de sacar al Asia de la idolatría. Como los dueños de la casa estaban ausentes y al portero, reumático y proveyecto, le costaba un trabajo ímprobo levantarse de su sillón y bajar los siete escalones para abrir el portal, y, por otra parte, le tenía sin cuidado el porvenir espiritual del Asia, cuando vio delante de sí a dos nuevos jovenzuelos armados de huchas y de fina dialéctica evangelizadora, los arrojó a empujones, con un vigor tan inesperado en su avanzada edad que de milagro no cayeron allí mismo descalabrados los pedantes apóstoles de la caridad.

Mariano propuso abandonar el campo; pero Francisco por nada del mundo se hubiese presentado con las manos vacías en el colegio.

—La alta burguesía también tiene porteros —insistió el canijo acompañante, lleno de sentido práctico.

Francisco no hizo caso y continuó la ruta marcada. Mientras se dirigían hacia la alta burguesía —que no sólo tenía porteros, sino perros guardianes—, en el colegio se estaba procediendo al reparto de las últimas huchas.

Javier no entraba en ello por ser capitán de uno de los equipos contendientes. Pero se sentía tan nervioso, se le hacían tan pesadas las horas hasta las cinco de la tarde, que pidió ser incluido en el reparto de huchas.

Quedaba sin cubrir el barrio comúnmente designado como el «hueso» del itinerario. Se trataba del grupo de casas cercanas al pequeño puerto, cuyos habitantes hacían vida independiente con relación al resto del pueblo. Su café, sede de broncas y de borracheras, muy rara vez era frecuentado por los pacíficos moradores de la otra parte del pueblo.

Pero, pese a la sordidez de su única calle y al mal porte de todos los del barrio de la «isla», tenían fama de adinerados; si bien se sospechaba, no sin razón, que sus dineros les venían más de trampas y de contrabando que de honrado jornal. Réprobos y ateos, no conocían ni por asomo el camino de la iglesia. De su opulencia creciente daba fe el haberse instalado, poco tiempo atrás, en su bar «La Igualdad», un lujoso fútbolín.

El rector del colegio opinaba que era una temeridad mandar allí a un par de chicos con la pretensión de que aquellas gentes contribuyesen a una obra pía. Era exponer a los muchachos a que los recibieran a pedradas —como ya había pasado una vez—, y, aún en el caso de que no hubiera agresión, le parecía improbable conseguir la más pequeña limosna.

Ya se había desistido de mandar un destacamento a «la isla» cuando Javier pidió su hucha y solicitó el permiso de ir precisamente al barrio de los réprobos. Javier era tan alto para su edad, tan ancho de espaldas y con tal cara de bruto, que no inspiraba gran temor enfrentarle con un ambiente hostil.

—Todo será que no traigamos ni un real —dijo el muchacho, dirigiéndose al compañero que había elegido para la empresa.

—Traeremos más dinero que nadie. Más, incluso, que el propio Francisco —le contestó el mencionado compañero que, por cierto, era el pequeño Andrés.

Y ambos se encaminaron al temido barrio de «la isla», llamado así porque era, en efecto, como una pequeña isla avanzada sobre el mar y unida a la costa por una estrecha lengua de tierra.

—Jonás también vivió algún tiempo en el vientre de una ballena —dijo Andrés.

—¡No sé qué tiene que ver eso ahora!

—Sí tiene que ver y nos puede servir de estímulo. Si un chico de otros tiempos pudo hacer una cosa tan extraña y salió con vida, no hay razón para que nosotros no salgamos también con vida. Fíjate en la isla, tiene forma de ballena. Pero antes de entrar ahí nos debemos quitar los brazales.

—¿Y eso? Es antirreglamentario.

—Lo que es antirreglamentario es provocar al enemigo y exponernos a que nos den una zorra. No hay razón para coger a dos niños inocentes y servírselos en bandeja a esos caníbales. Nuestro deber nos obliga a defender a los chicos cristianos los encontremos donde los encontremos, incluso si se da la coincidencia de que los chicos cristianos seamos nosotros mismos.

Se quitaron los brazales y entraron en el vientre de la ballena.

OceanofPDF.com

XII

La primera impresión que recibieron al arribar al temido barrio fue la de que sus habitantes dedicaban la mañana del domingo a dormir. Se veía muy poca gente por la calle y en más de una casa las persianas permanecían echadas.

Algunos chiquillos descalzos —de los que no se podía esperar socorro económico para los infieles del Extremo Oriente— correteaban por el arroyo. Interrumpían un momento el juego para mirar con curiosidad a Javier y a su acompañante y, después de reírse sólo lo justo de su porte chistoso de niños pudientes, volvían en paz a lo suyo.

Ya en la plaza comenzaron a vislumbrar grupos de hombres mal encarados, como de película francesa, que se reunían en corros o entraban y salían del bar.

Si nos figuramos a un pintor imaginario al que encargasen con urgencia un cuadro representando la Última Cena y en su apuro no contase con más modelos que los que se congregaban aquel domingo en la plaza de la «isla», no podremos por menos de lamentar su inevitable fracaso. No doce, ni siquiera un solo rostro noble y de rasgos apacibles hubiese hallado el infeliz. Incluso para el Judas habría tenido que ir a buscárselo a otra parte, porque Judas fue un villano con barba —circunstancia que tanto disimula la villanía— y aquí se trataba de villanos afeitados o a medio afeitar.

—¿Crees que nos lincharán? —preguntó Javier con loable sangre fría.

—No me parece —replicó Andrés—. Eso de los linchamientos es cosa de sitios más civilizados que este pobre pueblo.

Se acercaron al cafetín y, por la vidriera, vieron cómo jugaban al mus y se cruzaban apuestas de bastante fuste.

—Ya me habían dicho a mí que aquí había mucha riqueza —observó Javier—. Lo malo es que no la aflojarán. ¿Te parece que tienen cara de conmovirse porque en la India o en China haya niños sin bautizar? ¡Qué les importa a ellos de los infieles!

Andrés, por su parte, no era nada pesimista:

—No hay necesidad de hablarles de infieles. Son gente inculta que no entenderá esas cosas. Habrá que poner el asunto un poco a su altura.

—Son gente impía —insistió Javier, derrotista.

—También la gente impía se saca su dinero del bolsillo cuando le da la gana.

—¡Sí, claro, lo que pasa es que no les dará la gana de que les saquemos sus cuartos para el Papa!

—No veo que haya la menor necesidad de mencionar al Papa. Es más, por lo poco que he visto me parece que éste es uno de los sitios donde menos oportuno puede resultar el mencionar al Santo Padre.

—¿Entonces...?

—Podemos emplear una cierta estratagema. Por lo pronto creo que sería imprudente comenzar nuestra campaña en este bar. Ir a buscar al enemigo a la sede del vicio y la corrupción sería temerario. Además, en caso de batalla, yo creo que nos favorecería el que se desarrollara en campo abierto.

Javier aprobó las medidas tácticas de Andrés y ambos se dirigieron a la fuente de la plaza, donde algunos vecinos, en su mayoría mujeres, se acercaban a llenar sus cacharos.

—Podemos probar a pedirles agua, para tantear si entre esta gente hay algún buen Samaritano.

No, no era el estilo buen Samaritano lo que predominaba entre los habitantes de «la isla». Con modales más o menos destemplados, aconsejaron a los dos muchachos que, si tenían sed, bebiesen «al caño». No tenían sed ninguno de los dos, pero juzgaron que beber al caño era un gesto democrático que, a la larga, les favorecería y así lo hicieron.

—¿Cuándo va a empezar la famosa estratagema? —preguntó impaciente Javier, viendo que su compañero continuaba en una actitud pasiva y expectante.

—Vamos ya. Pero tienes que dejarme hablar a mí.

Habían escogido, para su primer contacto con el enemigo, a un grupo de ancianos que tomaban el sol en un banco de piedra. Parecían acomodados, por su vitola bastante decente, y dentro del aire de facinerosos común a toda la gente del barrio, los cabellos blancos que les asomaban bajo las boinas ponían una ligerísima nota de nobleza a sus semblantes.

—Señores —dijo el pequeño Andrés adelantando su hucha al grupo de viejos—. ¿Querrían dar una limosna para los ateos extranjeros?

Javier miró a Andrés boquiabierto.

—¿Qué dices, muchacho? —interrogó uno de los ancianos, bien porque no oía bien, bien porque no se le alcanzaba el significado de la demanda.

Andrés hizo más explícita su petición:

—Un socorro, señores, para los pobres de izquierdas.

Pronto se vio que la estratagema era excelente. Al poco tiempo ambas huchas rebosaban de calderilla, e incluso de algún que otro billete grande.

Animado por el giro favorable de los acontecimientos se encaminaron al bar «La Igualdad». Había que derrotar al enemigo en su cuartel general.

En el bar el triunfo fue definitivo. Los llamaban de mesa en mesa para darles limosnas.

Salieron a la plaza henchidos de satisfacción.

Al tomar el camino de regreso les salió al encuentro un enorme perrazo de color pardo.

—¡Gris, Gris! —le llamó Andrés, familiarmente.

El animal corrió a lamerle las manos.

—¿Le conoces? —preguntó sorprendido Javier.

—Sí. Hace tiempo.

—¿Pero es que habías estado tú alguna vez en «la isla»?

—No, nunca. Hoy es el primer día. Pero eso no tiene nada que ver. «El Gris» no es un perro de aquí ni de ninguna parte, ni de ningún tiempo determinado. Vivía ya hace un siglo.

—¿Qué estás diciendo?

—Sí..., déjame hacer memoria. Vivía ahora hace más de cien años. En 1852.

—¡No digas idioteces!

Siguieron el camino de regreso. Antes de cruzar el istmo que separaba aquel barrio del resto del pueblo «el Gris» los abandonó.

—Escucha —dijo Javier, cuando ya estaban cerca del colegio—. Me parece que hemos hecho mal en engañar a esa gente. Le hemos sacado su dinero con mentiras.

—¡Nada de eso! —protestó Andrés algo enojado—. Al contrario. Les hemos hablado claramente y en un idioma comprensible para ellos. Lo que hubiese sido un verdadero engaño era el pedirles, como tú decías, para el Papa. Ni el Papa ni los cardenales de Roma se comerán ni una sola miguita de pan regalado por las gentes de «la isla». Su socorro irá a parar a los herejes, a los ateos, a los paganos, a las gentes como ellos, que no creen en Dios, a unos tipos por el estilo de éstos, sólo que del Asia, de la India, de la China. Yo les dije aquello de «pobres de izquierdas» para que entendiesen justa y claramente lo que tenían que entender y no hubiese el menor engaño.

OceanofPDF.com

XIII

Llegaron a la puerta del colegio al mismo tiempo que Francisco y su acompañante. Al estudioso grandullón le complació la coincidencia. Poder avasallar a su adversario le encrespaba el orgullo.

Tácitamente se reconocía dentro de la escuela la existencia de dos partidos rivales, capitaneado el uno por Francisco y el otro por Javier. Desde los lejanos tiempos de la clase primaria hasta los presentes, en los que el empollón había logrado adelantar un curso sobre su compañero, cada vez se habían ido acentuando más las hostilidades entre los dos bandos enemigos. Eran como Güelfos y Gibelinos, como Capuletos y Montescos, para el lenguaje culto de Francisco.

—¿Qué tal se ha portado la chusma? —preguntó sarcástico Francisco, que aunque había comenzado con mal pie su expedición, al fin logró atrapar un billete de cien pesetas, donativo de la marquesa, en cuya esplendidez había hecho bien en confiar, puesto que la señora era muy caritativa, adinerada y, por si fuese poco, su abuela.

Javier iba a contestar cuando Andrés le atajó la palabra a tiempo, con el presentimiento de que tras las palabras se despeñarían inevitablemente hacia los bofetones, como pasaba casi siempre.

—Más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico por las puertas del Paraíso —dijo solemnemente el pequeño Andrés.

Sabía que la frase, vista desde su ángulo mordaz, colmaba las aspiraciones de represalia por parte de Javier y, por otra parte, su índole sagrada los ponía a salvo de nuevos ataques.

Tensos los ánimos, erguidos los cogotes como los de dos gallos de pelea, se encaminaron al rectorado ambos campeones de la caridad cristiana y de la competencia de equipo, acompañados de sus ayudantes, para someter sus huchas al escrutinio.

Durante mucho tiempo se dijo en el colegio que en aquella ocasión se le habían producido a Francisco cálculos en el hígado del tamaño de patatas, que se le veían hasta por encima de la ropa. La versión pecaba de

exagerada, pero en puro sentido simbólico así fue. Con los ojos desorbitados y la tez pálida como una servilleta, contempló aquel «río de oro» —tal le pareció a su envidia y a su encono— que brotó de la hucha de Javier. Tal vez fue entonces cuando comenzaron a larvarse en el alma del excelente estudiante ciertas ideas decididamente hostiles a la oligarquía.

Javier, con su gran boca de dientes separados abierta en enorme sonrisa de triunfo, gozó unos momentos de la embriaguez de su victoria. Pero fue sólo fugazmente. En seguida abandonó la expresión triunfal para volverse a sumir en una tremenda depresión. ¡Era tan comprometido el encuentro de por la tarde! ¡Había tan pocas probabilidades de ganar a los de quinto! Un negro pesimismo se adueñó de su espíritu. Se maldecía mil veces por aquella imperdonable debilidad que le había llevado a acceder al alineamiento de los «Pipos». Le daba escalofríos recordar el desastroso entrenamiento de los nuevos jugadores, que durante todo el tiempo rodaron por el campo como dos sacos y que ni una sola vez lograron, tan siquiera, rozar el balón con sus botas. Había sido particularmente desalentador el espectáculo de los «Pipos» embutidos en su atuendo de deporte. Los calzones les quedaban tan ceñidos que parecían dos globos dispuestos a surcar el espacio al menor viento favorable.

Javier hizo partícipe de sus inquietudes al pequeño Andrés.

—Descuida —le tranquilizó éste—. Ahora iré a verles. Me parece que lo único que precisan es elevar un poco la moral. Eso déjalo de mi cuenta.

Confinados en su habitación, sentados cada uno en su cama y con los ojos fijos en el pavimento, los «Pipos» no levantaron la cabeza cuando se abrió la puerta y entró Andrés. Se hallaban presos de esos estados de espíritu que, al absorber totalmente las potencias del alma, producen una especie de inhibición del mundo circundante. Acababan de entrar en ese período del miedo en el cual se pierde incluso el oído.

—¿Qué tal van esos ánimos? —exclamó con acento entusiasta el pequeño Andrés.

Su voz sonaba como la de un animoso doctor en la sala de un hospital de incurables.

El frío cortante del silencio fue la única respuesta.

—¡El día está magnífico! —siguió Andrés, como si no hubiese notado los semblantes sombríos de sus compañeros—. ¡Hemos tenido suerte con el tiempo!

Cuatro ojos mortecinos se clavaron en él como acusándole. Con esa mirada dislacerante querían decir que toda la noche se la habían pasado haciendo rogativas desesperadas para que lloviese, para que nevase, para que se desencadenasen trombas y tempestades, terremotos y huracanes que impidiesen la realización del partido. Por lo tanto, cualquier alabanza banal dedicada al buen tiempo, no podía por menos de sonar a sus oídos como un cruel sarcasmo.

El silencio se hacía cada vez más denso, más plumizo, como esos silencios patéticos que se producen antes del doble salto mortal de los acróbatas.

Andrés pensó que su labor de levantar la moral se presentaba mucho más ardua de lo que creyera en un principio. Comprendió que debería usar las armas más audaces.

—¡No será que os hayáis arrepentido de jugar esta tarde! —les dijo, como si semejante cosa le pareciese lo más inesperado del mundo.

Los «Pipos», en aquella ocasión, creyeron que se habían reído y, en efecto, abrieron la boca con esa intención, pero en lugar de una sarcástica risa de despecho, que era lo que se proponían, emitieron un a modo de estornudo, semejante al que producen las focas cuando el domador les pega un latigazo.

Por la ventana abierta entraba el vocerío infantil, el jocundo alboroto de los días de fiesta. ¡Qué contraste con la pesadumbre que reinaba en el cuarto de los «Pipos»!

—No tenéis por qué ser pesimistas —les dijo Andrés—. ¡Cualquiera diría que vais a jugar con caníbales!

Ése era justamente el punto de vista de los dos hermanos.

—Esos bestias nos reventarán a patadas —dijo Rafael.

—¿Ah, de modo que es eso lo que os preocupa? —exclamó Andrés, en tono más bien jovial—. ¡Pero qué tontería! ¡Si precisamente en los partidos de campeonato no hay nada que temer! ¿No veis que está el árbitro? Él se

encarga de evitar que el juego sea demasiado duro. Y, aparte del árbitro, ¿para qué creéis que está el ángel de la guarda?

—¿Qué dices? ¿Pero tú te crees que los ángeles de la guarda juegan al fútbol?

—¡Bastante mejor que muchos internacionales!

La noticia pareció animar a Pedro, pero no así a Rafael.

—Mi ángel será como yo —dijo—, será gordo, y le costará trabajo correr, como a mí.

—¿Para qué había de correr si puede volar?

Una suave ráfaga de aliento pareció cruzar la habitación. Fue como si, en efecto, un ala sobrenatural surcara el aire volviéndolo más ingrátido.

Andrés, pasado un momento, lanzó un gran suspiro antes de decir:

—Me apena ver que habéis abandonado con tanta cobardía el camino del martirio.

—No es eso —dijo decidido Rafael.

El chico tenía su particular punto de vista sobre el asunto. Dejarse sacar la piel a tiras por unos desconocidos podía constituir lo que llamaríamos un martirio agradable; pero prestarse a ser aporreado por los de quinto en presencia de todo el colegio, ya pasaba la raya.

—¿Qué raya? —preguntó Andrés.

—La raya que separa la santidad de la idiotez.

—No hay tal raya —exclamó Andrés con firmeza.

—¿Cómo que no?

—En el sentido en que tú lo dices no existe ninguna diferencia entre un idiota y un santo. Los mártires del África se dejan maltratar voluntariamente por negros, por pigmeos, por razas todavía más inferiores y repugnantes que los de quinto.

Los «Pipos» se reanimaron. Considerados sus contrincantes como raza inferior las cosas cambiaban bastante. No fue que dejaran de sentir miedo. Pero, de pronto era un miedo sublime.

XIV

Veinte minutos antes de comenzar el partido se hallaban abarrotados todos los puestos disponibles para presenciarlo. No sólo las gradas dispuestas al efecto, sino todo balcón, tapia o árbol, desde donde se pudiera lograr alguna visibilidad. Las familias de los alumnos, en sitio preferente, charlaban entre ellos, fingiendo indiferencia, como si tomaran la cosa por un inocente juego de niños al que no había por qué dar importancia; pero en el fondo cada cual deseaba con el máximo ardor que los suyos fuesen los vencedores.

Desde los primeros momentos del juego se notó la avasalladora superioridad de los de quinto. Ellos solos se las entendían con el balón como si los otros once jugadores no tuvieran nada que ver en el asunto. Javier, jadeante, sudoroso, medio en cueros, hacía cuanto podía, pero no encontraba apoyo en sus compañeros. Quería estar a un tiempo en todos los lugares comprometidos del campo, pero siempre se encontraba a su paso el obstáculo de un niño gordo, vacilante, al que acababa por derribar de un empujón.

Actuaba de árbitro el señor Tild, un danés alto como un campanario, profesor de gimnasia, del cual pensaban los de cuarto que estaba vendido a los de quinto y los de quinto que estaba comprado por los de cuarto. Los «Pipos», por su parte, no tardaron en pensar que estaba pagado por todo el colegio para perjudicarles a ellos solos. Unas y otras versiones eran injustas. El bueno de Tild era un deportista honesto que se hubiera dejado arrancar el pellejo —y bien sabe Dios cuántas veces estuvo en un tris de tal cosa— a cambio de hacer un arbitraje justo. Pero no siempre era fácil saber dónde había habido una jugada sucia en medio de un juego en general nada limpio.

Garciarena y Márquez, desde la enfermería, constituían una quinta columna hostil a los «Pipos». Ambos habían batallado porque se suspendiera el partido hasta que ellos estuviesen en condiciones de jugar y,

despechados, destacaron a un grupo de incondicionales para que creasen un clima adverso a la intromisión de los nuevos jugadores.

Andrés se dio cuenta de que la tarde se presentaba particularmente dura. Desde Javier, que le fulminaba con ojos iracundos cada vez que tropezaba con la mole importuna de los «Pipos», hasta el último de los espectadores, todos opinaban unánimemente que había sido una sandez meter a aquellos gordos en mitad del juego. Y —Andrés lo reconocía noblemente— aquella sandez había sido idea suya. «¡Fuera los gordos!», era lo más suave que se gritaba desde el público. No, realmente no podría decirse que «los chacales de Mondoñedo» fuesen los favoritos de aquella jornada.

Acabó el primer tiempo con una supremacía de un gol a cero a favor de los de quinto. Más de pronto Andrés recibió un ligero apoyo moral. Acababa de descubrir entre los concurrentes un rostro amigo.

Sobre una tapia, que separaba el campo de deportes de una vaquería, se había encaramado Regina. La chica se disponía a presenciar el partido con gran tranquilidad, mientras se iba comiendo un kilo de melocotones dañados que le habían regalado aquella mañana y que su padre rechazó.

—Tienes que hacer de «hincha» —le dijo Andrés cuando se acercó a ella.

Regina no estaba al tanto de los vocablos deportivos y se hizo explicar la palabra.

—Se llama «hincha» al que le da la razón a los suyos aunque no la tengan.

—¡Ah, ya! ¿Y quiénes son los míos?

—¡Los de cuarto, naturalmente!

—Muy bien. Les daré la razón. ¿Cómo debo hacerlo?

—Animándoles, levantándoles el ánimo, haciéndoles tener fe en sí mismos...

Regina no comprendió bien de qué medios podría valerse para hacer sentir fe en sí mismos a los de cuarto; pero de todo corazón prometió hacer cuanto estuviese en su mano y, por lo pronto, comenzó a tirar los huesos de los melocotones a los de quinto en cuanto se reanudó el juego.

—Alguien bombardea a nuestros jugadores —se quejó Francisco desde su tribuna de preferencia.

—¡Bah, no van a ser tan blandos que les hagan daño unos huesecillos tirados por una chica! —atajó Andrés, que se había puesto discretamente a su lado para contrarrestar al enemigo.

No hubo más protestas. A esa edad los muchachos sienten un desdén tan grande por esa parte del mundo despreciable e idiota llamado «chicas», que desde luego no quisieron tomar en cuenta el sabotaje de Regina.

La chica, con un raro instinto, comprendió en seguida que si alguien necesitaba su apoyo moral eran los «Pipos» y a ellos se dedicó muy preferentemente. Cada vez que le quedaban cerca, les gritaba: «¡Hurra!», palabra cuyo significado le era desconocido, pero que, por haberla oído en películas de carácter deportivo, la juzgó muy apropiada. Sin duda contribuyó a enardecer a los gordos, que peleaban con un increíble ardor.

En realidad pocas cosas tan impresionantes como el denuedo con que «los chacales de Mondoñedo» se lanzaban al ataque —me refiero al ataque de sus contrarios— y recibían al enemigo a cuerpo limpio, sin retroceder, ni siquiera cuando en las incidencias del juego habían de pasar una o varias veces los otros jugadores por encima de su cuerpo.

El marcador con su uno a cero le recordó al pequeño Andrés su visión profética.

—Fue como el sueño de Jacob —pensó.

Pero su sueño de Jacob había de sufrir sensibles variantes.

OceanofPDF.com

XV

Habían transcurrido siete minutos del segundo tiempo cuando comenzaron a producirse los hechos extraordinarios.

Javier tiró un «penalty» y logró el honroso empate.

El partido se mantuvo en la tensión del uno a uno durante varios minutos. Luego sucedió lo portentoso.

Uno de los «Pipos» —nunca se supo cuál— corrió hacia Manolo Ordóñez para quitarle el balón. Era como un pasaje bíblico. Semejaba el encuentro de David y Goliat, si David hubiese sido gordo. El público en masa se estremeció. Por mucho que se diga de la falta de sensibilidad que aqueja al mundo de nuestros días, esta falta de sensibilidad no puede llegar al extremo de ver con indiferencia la inmolación de un inocente. Manolo Ordóñez era como una montaña, como el Etna o el Vesuvio, una de esas terribles montañas que albergan fuego en su seno. Andrés cerró los ojos. Las plegarias le iban brotando del corazón a borbotones, confundidas unas con otras, en un torrente desesperado. De pronto un murmullo ensordecedor llenó el campo. El balón había entrado en la portería de los de quinto lanzado por un formidable cabezazo de uno de los «Pipos» —nunca se supo cuál—. Los «chacales», sudorosos, chorreando sangre, rugían como auténticas fieras. Se habían dado cuenta de que si bien sus pies no les servían para nada, poseían, en cambio, un par de cabezas robustas como peñas, capaces de lanzar la pelota como un tiro de cañón.

Terminó el partido con la victoria de los de cuarto por dos a uno.

Hay que decir que los padres de los «Pipos» habían ido a la fiesta del colegio de muy mala gana. El hecho de que sus hijos no hubiesen obtenido en aquel trimestre más que un tres como nota máxima, les tenía seriamente disgustados. La madre, más tolerante con la holgazanería de sus hijos, siempre y cuando estuviesen saludables, ya había repetido hasta el infinito ese nocivo proverbio latino de «mens sana in corpore sano» (proverbio que tanto ha fomentado el analfabetismo en las costas del Mediterráneo). Pero incluso ella misma había llegado a reconocer que ya estaba bien de

«corpore» y que era hora de empezar a tomar en serio la «mens». En consecuencia, padre y madre acordaron anunciar a los chicos que si no aprobaban el curso los castigarían aquel verano sin ir a la playa.

Terminado el partido, sin embargo, tan drástica decisión había sufrido sensibles modificaciones.

—Este verano os compraremos un balón —dijo el padre.

—Para que juguéis en la playa —concluyó la madre.

Pero los «Pipos», con serena entereza, no aceptaron.

—No iremos a la playa —dijo el más pequeño.

—¿Cómo?

—No —afirmó el mayor de «los chacales de Mondoñedo»—. Este año hemos pensado veranear en el desierto.

* * *

Pasado el fragor entusiasta de los primeros momentos, en los que los «Pipos» no daban abasto recibiendo felicitaciones, se restableció un poco la calma y Andrés pudo hablar con los dos campeones a solas.

—¿Qué tal? —les preguntó.

—Muy bien.

—¿Os duelen las heridas?

—Sí.

Codos y rodillas habían quedado ocultos por varias capas de algodón y esparadrapos.

—¿Pero estáis contentos de verdad, no es eso? —insistió el pequeño Andrés.

—Sí, claro que estamos contentos —respondió el mayor de los hermanos.

—Me alegro. Ahora ya sabéis en lo que consiste el martirio. Es una mezcla de dolor físico y de luz en el alma. ¿Lo comprendéis ahora que os sentís satisfechos aunque os duela todo el cuerpo como si os hubiesen pegado una paliza?

—Nos la han pegado —afirmó el más pequeño.

—Pero no os importa —siguió Andrés enardecido—. Lo mismo, exactamente lo mismo, sintió San Sebastián atravesado por las saetas.

Manaba sangre a chorros por todas sus heridas, pero sonreía mirando al cielo.

«Los chacales de Mondoñedo» miraron al cielo y sonrieron.

—¿Comprendéis ahora aquello de la carne podrida? No importa que reviente la carne si el corazón está contento. Cuando vi que teníais el arrojo suficiente como para enfrentaros con esa bestia de Manolo Ordóñez me acordé de San Jorge desafiando al dragón. Lo que habéis hecho por defender los colores del equipo de cuarto, que en el fondo os tiene sin cuidado, ¿no estaríais dispuestos a hacerlo por defender la fe de Cristo frente a una tribu de caníbales?

Los «Pipos» no respondieron. Según su modo de ver, la pregunta sobraba. Aparte de que la ferocidad de Manolo Ordóñez era sin duda superior a la de una tribu de caníbales, parecía como si Andrés se hubiese olvidado de que hablaba con mártires.

Javier se acercó al grupo. Resplandecía. Su rostro, algo tumefacto, tenía, sin embargo, cierta semejanza con la del joven Perseo de Benvenuto Cellini mostrando la cabeza de Medusa.

—¡Bravo, «Pipos»! —exclamó golpeando a los héroes efusivamente en la espalda—. ¡Sois unos jabatos!

Los «Pipos» no tuvieron palabras con qué agradecer tan estimulante calificativo.

—Ahora tenéis que alinearos en el «juvenil».

—No. Ya no jugarán más —dijo entonces Andrés—. Esto ha sido sólo una prueba para medir sus fuerzas.

—¡Toma, pues, por eso lo digo! ¡Porque se ha visto que hay madera!

—No me entiendes —cortó Andrés, algo impaciente—. Se trata de otras fuerzas y de otra madera.

—¿Qué decís vosotros a eso? —interrogó Javier, asombrado, a los hermanos.

—Que se trata de otras fuerzas y de otra madera —afirmaron los «Pipos», con las mismas palabras de Andrés, primero el uno y después el otro.

—¡Que el diablo os entienda!

—Ten por seguro que el diablo sí que lo entenderá.

Otros grupos se acercaron a festejar a los «Pipos» y se interrumpió la conversación.

Andrés se fue a buscar a Regina para agradecerle su apoyo moral, pero no la encontró. La chica había salido corriendo para su casa porque vinieron a avisarle que su padre se había puesto repentinamente peor. Pero esto no lo supo Andrés hasta el día siguiente.

Cuando estaba anocheciendo, Javier y Andrés se encaminaron, juntos, al campo de deportes, vacío a la sazón. Ambos habían sido encargados de desmontar los mástiles que sujetaban los gallardetes con las insignias del colegio y otros adornos circunstanciales.

Mientras llevaban a cabo su labor, Javier hizo una pregunta al pequeño Andrés, una pregunta que pugnaba por hacerle desde por la mañana, pero que la marcha atropellada de los acontecimientos no le había dejado lugar a formularla.

—¿Qué fue lo que dijiste sobre el perro aquel del barrio de la isla?

—¿Te refieres al «Gris»?

—Sí. Dijiste que tenía un siglo o no sé qué idiotez.

—Claro que dije que tenía un siglo; pero no es ninguna idiotez. «Gris» era un perro misterioso que aparecía siempre al lado de Dom Bosco en los momentos comprometidos. Acompañaba al santo cuando tenía que volver de noche por barrios peligrosos, como el de la isla, y le defendía si le atacaban. El nuestro era el mismo «Gris», estoy seguro.

—¡Qué había de ser! Los únicos animales que viven tanto son las carpas. No los perros. ¿Pero cómo puedes creer que esté vivo un perro de hace un siglo?

—Es más fácil creer que un perro misterioso viva cien años que no el que un perro vulgar y desconocido venga a saludarnos moviendo la cola. Para los perros misteriosos no hay nada imposible.

Hubo un corto silencio durante el cual Javier calculó que era una lástima que un chico tan servicial y tan buen seleccionador de fútbol como Andrés, tuviese esas fallas en su inteligencia.

—Tú ya sabes que yo no creo en milagros —dijo como punto final de sus reflexiones—. Y me río de esas cosas.

—Ya lo sé. Tú eres como las moscas.

—¿Eh?

—Las moscas tampoco creen en milagros.

—¡Mira que si me llamas mosca te sacudo!

Javier tenía poco aguante. Precisamente se había hecho famoso en el colegio por su poco aguante. Si alguien lo hubiese visto enarbolando uno de los palos que acababa de arrancar y amenazando al pequeño Andrés, le hubiese aconsejado a éste que echara a correr como un conejo. Pero Andrés, muy tieso, no se movió.

—¡Mosca y más que mosca! —replicó obstinado—. Si tú te crees con derecho a reírte de los milagros, yo tengo perfecto derecho a reírme de las moscas.

El mástil, en manos de Javier, hizo una curva en el aire. Ya iba a caer sobre la cabeza del pequeño Andrés, cuando se oyó un ladrido amenazador.

—¿Quién ha ladrado? —preguntó Javier, lívido.

—Un perro. No creerás que quien ha ladrado ha sido una mosca.

Pero por allí no había ningún perro.

Ambos muchachos se miraron en silencio durante unos segundos.

—Te hubiese roto la cabeza si no llego a pensar a tiempo en que eres más pequeño que yo.

—Ya sabía yo que lo pensarías a tiempo. Si no habría echado a correr —dijo el pequeño Andrés, muy tranquilo. Y continuaron en paz su trabajo.

OceanofPDF.com

XVI

Cuando le avisaron a Regina que fuese a su casa, porque su padre estaba muy mal, echó a correr por la playa como ciega. El rugido del mar le parecía como si le saliera de su propio pecho, y veía el cielo negro, nocturno, en mitad del día. Por primera vez en su vida experimentaba la pena atroz, desgarradora, de sentirse culpable. ¿Por qué lo había dejado solo? ¿Por qué lo había dejado agonizar entre gentes extrañas mientras ella se divertía? Y, sin embargo, aquella mañana no había amanecido peor que otros días, y hasta comió con apetito. Parecía incluso mejorado porque no había echado juramentos ni estuvo de mal talante, sino, por el contrario, de humor tranquilo. ¡Qué inmenso le parecía el camino por la playa hasta llegar a su casa! No se acababa nunca. Le hacía el efecto de correr en sueños, como si no fuese ella misma. Tenía la boca seca por una sed abrasadora.

Al llegar a su barrio, los que la veían pasar ya sabían por qué llevaba el espanto en los ojos y corría de ese modo.

—Es la chica de Dimas. ¡A saber si le llega a ver vivo!

—¡Corre, mujer, que está en las últimas!

—¡Date prisa para recibir su bendición!

La niña seguía corriendo, sin detenerse, casi sin aliento, con sabor a sangre en la boca, empapada en sudor frío y con aquella sed áspera que le quemaba los labios. Apenas reconoció a las mujeres que le hablaban. No sabía quiénes eran. Le parecía no haber visto nunca esas caras. Era la voz de la muerte que la cercaba, que la acosaba por todas partes.

En la puerta de su casa la esperaba un grupo de vecinas. La viuda Sandrach, muy diligente, iba disponiéndolo todo y hasta había iniciado una colecta para el entierro, sin esperar a que expirara el pobre hombre. Ella fue la que se abrazó a Regina, llorando, y la llevó así, abrazada, al cuarto de su padre.

El infeliz Dimas había adelgazado tanto en los últimos tiempos que apenas abultaba bajo la colcha. Cuando su hija entró en el cuarto, los ojos

opacos del moribundo se fijaron en Regina, movió los labios y dijo algo ininteligible.

—No se le entiende —exclamó una vecina.

—Así lleva un rato y no se sabe qué es lo que quiere.

—Tiene sed —dijo Regina. Y acercó al moribundo un vaso de agua.

Dimas bebió unos sorbos con ansia y Regina notó que al mismo tiempo se le aplacaba a ella su propia sed.

Apoyó Dimas la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Llegaron juntos el médico y el cura. Las vecinas se arrodillaron mientras se le administró la Extremaunción al moribundo. Regina, pálida, con los ojos muy abiertos, no podía llorar, pero en la boca sentía el sabor salobre de las lágrimas.

El médico no hizo sino confirmar lo que todos sabían. Aquel desgraciado se iba a morir de un momento a otro. Le fallaba el corazón. Después de dar un golpe en el hombro de la chica y otro a la Sandrach, a la que tomó por pariente, se marchó.

Pasaron algunos minutos. No se oía más que el débil estertor del agonizante y, lejano, el bramido del mar. De pronto Dimas abrió los ojos, miró a su hija y dijo una sola palabra:

—Chica.

Era así cómo llamaba a Regina siendo ella pequeña. Cuando en aquella casa había reinado el bienestar y la paz. El nombre de «Chica» evocaba la vida de la madre, los días prósperos, la felicidad.

Un sollozo profundo sacudió el pecho de Regina. Las vecinas se miraron entre sí complacidas porque ya veían a la hija sufrir como Dios manda.

Regina se acercó al lecho y se abrazó al padre, alzándolo de la cama, pasándole ambos brazos por la escuálida espalda y acercándolo a su pecho.

—¡Padre, padre! ¡Hijo mío! —le gritó, mientras la cabeza del pobre Dimas, ya muerto, se apoyaba en el hombro de su hija, como la de un niño dormido.

XVII

Pocos días después de acaecer los hechos que acabamos de narrar, el pequeño Andrés fue llamado inesperadamente durante el recreo. Alguien le aguardaba en el locutorio. Hacía varios meses que el chico no había visto a su tío, y al verlo ahora, al fondo de la sala de visitas, alto y flaco, le pareció que había envejecido mucho.

Se sentaron frente a frente y Alejo Vidal comenzó a hablar con cierto embarazo. Andrés le escuchaba como en sueños, sin conseguir prestarle atención.

Alejo Vidal pertenecía a esa clase de gentes a las que les humilla confesar que no tienen dinero. Le resultaba más fácil privarse de algo necesario que pasar por el apuro de dar una propina exigua a un camarero. Acostumbrado a oírse alabar por su generosidad respecto al hijo de su hermana, se le hacía muy cuesta arriba declarar que se había quedado prácticamente sin un cuarto y no podía afrontar, como hasta entonces, los gastos de su educación.

A medida que hablaba se le iban encendiendo las mejillas y la voz se le enronquecía. Y aún no había dado con la fórmula exacta para notificarle a su sobrino, en buenas palabras, que estaba arruinado. Sacó del bolsillo un pañuelo de batista finísima, zurcido, y empezó a limpiar las gafas. Así, viendo entre la niebla de su miopía las facciones desdibujadas del chico, le fue más fácil entrar en materia.

—Últimamente he emprendido algunos asuntos con poca fortuna... No sé si a tus años estarás en condiciones de comprender estas cosas...

Andrés casi no le oía, sumido en un tremendo aburrimiento.

—Sí, tío, te comprendo muy bien.

Alejo seguía hablando. El chico recordaba con pena la época en que su tío había sido un hombre agraciado, de buen porte y bien vestido, y lo veía ahora, disimulando la pobreza a través de sus acostumbrados gestos mundanos.

Caía la tarde. La sala de visitas, poco a poco, se iba sumiendo en las sombras. El diente de oro de Alejo Vidal brillaba en la penumbra. Andrés cada vez se encontraba más incómodo, más aburrido. Para distraerse empezó a calcular jugadas de ajedrez en el enlosado del pavimento.

—De momento —dijo el tío para poner punto final a su enojosa conversación—, de momento, querido Andrés, es preciso hacer economías. Es sólo cuestión de unos meses de tregua hasta que pueda yo restablecer el equilibrio de mis asuntos. Por lo pronto me veré obligado a sacarte de este colegio. La pensión es excesivamente cara, y un chico aplicado como tú no necesita de una disciplina tan rigurosa. Podrás estudiar libre.

La palabra libre sacó de su distracción a Andrés. Pero no la relacionó para nada con el estudio, sino que la paladeó en sí misma, jugosa y magnífica. ¡Libre, libre! Se vio frente a los caminos del ancho mundo con poder para tomar por el que le apeteciese. Se sintió dueño de toda la tierra, como los vagabundos, como los peregrinos. ¡Libre!

Miró de frente a Alejo Vidal y le dijo simplemente:

—Gracias, tío. Muchas gracias.



Cuando, media hora más tarde, Alejo Vidal se marchó del colegio, Andrés no pidió permiso para bajar a la playa.

En la lejanía, sentada en una roca, descubrió a Regina. Estaba de luto, como cuando la conoció, y parecía más delgada con su traje negro, mal teñido, que verdeaba a la luz del atardecer. Se acercó a ella y le dijo, con una luz de felicidad en los ojos:

—Soy pobre, Regina. Soy pobre como el pastor que espera el alba en la montaña, pobre como San Francisco, como la sílfide Carlota Pelín, que dejaron abandonada a la puerta de las Bernardas. No tengo ninguna cadena. Soy libre. ¿Sabes tú lo que eso quiere decir, Regina?

La chica le miró fijamente. Ella también era pobre. ¿Eso significaba que también era libre?

—Sí. La tierra es redonda, y al otro lado del mar hay gentes infieles que no creen en el Salvador.

Regina seguía mirándole, desde la profundidad diáfana de sus ojos, con entera sumisión.

La playa estaba desierta. Ya era casi de noche. La luna llena clareaba el horizonte, y los cuerpos de los niños, sobre la roca más alta, recortaban su silueta sobre el mar y se veían pequeños, infinitamente pequeños, en la inmensidad de la tierra, bajo la inmensidad de la noche de plenilunio.

—Vamos —dijo el pequeño Andrés.

Y Regina se puso en pie y marchó a su lado.

Innumerables conchitas marinas, recién venidas del misterio del mar, crujían bajo sus pisadas, pero ya no se agachaban a recogerlas. Les salpicaba los pies descalzos la espuma fresca de las olas.

—¿A dónde vamos? —preguntó Regina.

—Al otro lado del mundo, al Asia, a convertir infieles.

Se cogieron de la mano y avanzaron por la playa hacia la orilla. La luz de la luna, blanca y pesada, cayó sobre los dos niños descalzos. Entonces el mundo parecía más grande y el cielo más alto, y Andrés y Regina más pequeños y débiles. Pero siguieron adelante y se perdieron en el horizonte de la noche, andando sobre las aguas.

